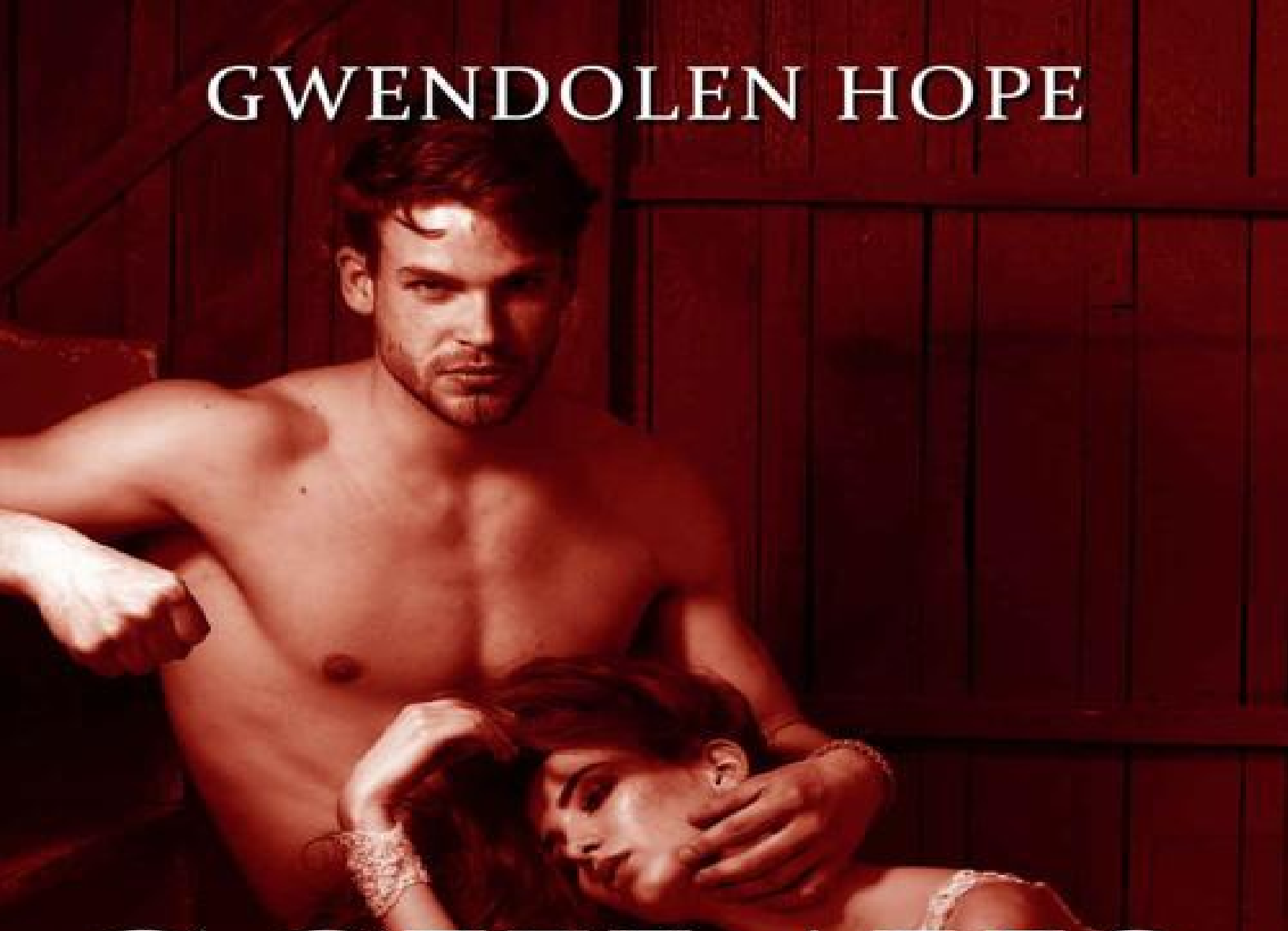
GWENDOLEN HOPE



SCHIAVO DELLA PASSIONE

LA HISTORIA DE LA FAMILIA CARUSO

Schiavo della passione

La historia de la familia Caruso

Gwendolen Hope

Copyright © 2024

Traducción: Tra Parole Traduzioni

All rights reserved.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Agradecimientos
Capítulo 1

Capítulo 1

Kenneth

Aún faltaban treinta minutos para que comenzara la ceremonia. En teoría, tiempo más que suficiente para escuchar a esos malditos de John y Mitch Leone.

Que les dieran. Si hubiera podido, me habría levantado del escritorio para posicionarme lentamente a sus espaldas, siguiendo los ojos arrogantes pero atemorizados de ambos, y habría comprimido esos inútiles cuellos entre mi bíceps y mi antebrazo. Con fuerza, hasta hacer que perdieran el conocimiento. Incluso quizás hasta hacer que se asfixiaran. Por completo.

Si tan sólo hubiera podido.

Estábamos en mi estudio, en Villa Caruso, yo detrás del escritorio y ellos sentados frente a mí. Ambos sudaban profusamente, a pesar de que el aire acondicionado estaba a tope. Uno parecía la versión joven de Danny De Vito, el otro tenía una cara que recordaba la de un ratón. Los pies de John no tocaban el suelo, mientras que las piernas de Mitch eran demasiado largas aún cuando estaban cruzadas. Acaricié de nuevo la idea de eliminarlos a ambos en lo inmediato.

Pensándolo bien, podría haber usado el cuchillo o la pistola. Sin embargo, habría sido inoportuno crear un desastre de cuerpos y sangre precisamente el día de la boda de mi hermano. Quedaba excluido. Mi esposa nunca me lo habría perdonado.

Alguien llamó a la puerta y, sin esperar a que yo dijera “adelante”, entró. Sabía ya quién era, la única que podía permitirse tal libertad. Cualquier otra persona hubiera esperado, con deferencia, la autorización para pasar. Pero no ella. Ella no pedía permisos.

¿Cómo era posible que cada vez que la viera me dejara sin aliento?

Y ese día, ella estaba aún más hermosa que de costumbre, más excitante y más fascinante que todas las mujeres que alguna vez había visto. El vestido, que era una verdadera obra de arte

de color verde esmeralda, la abrazaba de tal manera que me pregunté cómo hacía para respirar.

Pero, por otro lado, el efecto era devastador. No hubiera sabido describir de otro modo la sensación que me producía tan solo admirarla. Se podía ver exactamente dónde comenzaba y terminaba su pecho florido, dónde el vientre se degradaba hacia abajo. Sin bragas, definitivamente, no había ningún indicio. Significaba que su coñito terso y húmedo estaba libre y listo. Me tensé. Tenía que dejar de pensar en ella en esos términos o no llegaría al final de la velada.

Mya era pequeña, incluso demasiado pequeña para mi cuerpo sólido y macizo. Me encantaba dominarla, tal como me encantaba cuando era ella quien tomaba el mando. Era suficiente que lo quisiera, le habría dado cualquier cosa, todo tipo de juego, en cualquier momento del día o de la noche. Si hubiera entrado por esa razón, habría tenido una excusa aceptable para echar a sus molestos primos. Pero sabía que no estaba ahí por el sexo.

—Te estaba esperando —dije, mientras seguía sus movimientos con la mirada. Avanzaba hacia mí. Se inclinó para poner su cara a la altura de la mía y depositó un beso con sus labios cerrados en mi boca. Luego dirigió un saludo cordial pero frío a sus primos. La tentación era hacer que se sentara en mis piernas, justo sobre mi palpitante polla, pero me contuve con enorme esfuerzo.

Las formas eran sustanciales. Si les hubiera dado a entender a los Leone que Mya era un juguete sexual para mí, habría disminuido su importancia frente a ellos. En cambio yo, quería darle importancia, porque la merecía. A mis ojos siempre la había tenido y no habría permitido que nadie la considerara menos de lo que realmente era para mí. Mya conducía a la familia Leone. Lo habría hecho con todos los derechos hasta que se abriera el testamento de su padre. Tras ese evento, nadie sabía lo que pasaría. La voluntad del viejo seguían siendo un misterio.

Dos semanas antes había sido convocada al estudio notarial, pero el notario había caído enfermo. La apertura del testamento se había pospuesto hasta el día después de la boda de Víctor. En menos de veinticuatro horas conoceríamos los últimos deseos de mi difunto y odiado suegro. Y en consecuencia, el destino de su familia.

Me puse de pie y le cedí el sillón, luego me ubiqué a sus espaldas. Cada gesto era una metáfora silenciosa pero elocuente. Siempre estaría detrás de ella, sin importar lo que pasara, Mya podría contar conmigo. Siempre.

—¿Qué es tan urgente? —dijo con un tono que me puso la polla en posición de firmes. Por fortuna, el alto respaldo del sillón me ocultaba, pero no pude evitar lamerme los labios. La reacción de sus primos fue, en cambio, de temor mezclado con repentino asombro. No estaban acostumbrados a que una mujer estuviera a cargo.

—Vinimos por el asunto de la mina de Cortez.

Cortez era un punto de extracción muy interesante dentro del Estado. Mya no me había mencionado que lo tuviera en la mira.

—No es nuestra prioridad en este momento. —Su respuesta estaba en línea con lo que yo sabía.

—No es directamente para nosotros. Pero los De Blasio quieren una parte del pastel y tendremos que apoyarlos.

Mya se mantuvo con la espalda recta y la voz firme, aunque estaba seguro de que ese comentario debía haberla irritado bastante.

—No le daremos nuestro apoyo a los De Blasio antes de haber comprobado cuáles son todas las demás partes interesadas. —Era obvio que se refería a mí y a mi familia. Cortez era un sitio bastante codiciado y, además, se encontraba en un territorio en el límite entre los controlados por los Caruso y los De Blasio.

Mitch hizo un ruido desdeñoso. —Esa clase de tratativa puedes hacerla esta noche en la cama con tu marido. Tenemos que decidir rápidamente si dar nuestro apoyo…

Inmediatamente dejé de escucharlo. ¿De verdad ese cretino creía que podía permitirse decir algo así? ¿En mi casa? Casi sentí pena por su absurda ignorancia.

—Te aconsejo que moderes tu lenguaje —intervine. Bastaron esas pocas palabras para verlos palidecer a ambos. Pero el miedo, aún siendo un eficaz disuasivo, no pudo sofocar su arrogancia. Esa siempre emergía, a pesar de todo. Estaban allí por un motivo y no se rendirían

fácilmente.

Fue John quien habló. —No queríamos faltar el respeto, Kenneth, es sólo que es obvio que llegareis a acuerdos entre vosotros, después de todo estáis casados. Pero con Frank De Blasio y su hijo nos hemos expuesto, no podemos retirar nuestro apoyo. No sin tener una razón válida para hacerlo.

—Os habéis expuesto antes de saber con seguridad quién mandaba. Y, como por el momento mando yo, digo que no. —La voz de Mya era firme. Su actitud me llenó de orgullo. Cuando actuaba así, la reconocía como mi leona.

—No está dicho que seas tú quien deba continuar tomando las decisiones. —Mitch había perdido una buena oportunidad para guardar silencio.

—¿Me estás amenazando en mi casa?

—No, sólo digo que será la voluntad de tu padre la que decida por la familia y que pronto lo sabremos. Mis respetos.

Mitch se puso de pie y lo mismo hizo su primo. Los encontraríamos poco después en la ceremonia, pero ya no se hablaría de negocios.

Se marchaban insatisfechos. Eso era evidente. Sin embargo, se trataba de una pulseada que no involucraba únicamente a la mina de Cortez. Esa era la punta del iceberg. Si Mya no hubiera vencido esa primera batalla, habría sido difícil continuar con la vida dentro de la familia Leone. Lo único seguro era que, tras ese breve intercambio, era intuible que estuvieran en su contra.

Cuando abandonaron la habitación, Mya liberó el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo. Su expresión cambió de repente. De combativa y amenazadora se volvió triste. Era como si acabara de quitarse de encima el peso de un fardo enorme. No soportaba ver esa sombra de preocupación en su rostro.

—La apertura del testamento es mañana. Todo podría cambiar, en un minuto podría perder el control de mi familia. —Era su cruz. No saber qué ocurriría estaba consumiendo sus nervios.

Hice rotar el sillón giratorio hasta que la encontré frente a mí, luego me agaché para que mi cara estuviera a la altura de la suya. Mya tenía una belleza que siempre me hechizaba. Ella tan

delicada, yo tan rudo. Ella tan decidida, yo tan impulsivo. Éramos hielo y fuego, una combinación explosiva. Y la amaba, desesperadamente, como un loco. Habría hecho cualquier cosa por mi esposa y agradecía al cielo cada mañana que ella de alguna manera hubiera aparecido nuevamente en mi vida. Creerla muerta durante tanto tiempo me había vuelto un completo desastre. Hubo días en los que nunca creí que alguna vez vería la mañana siguiente. Desde que ella regresó, yo también renací.

—Yo siempre seré tu casa, tu familia, pase lo que pase.

Mya sonrió de una manera que me dejó completamente indefenso. Era capaz de matar a un hombre a sangre fría y con mis propias manos, pero ante la sonrisa de mi esposa estaba desarmado. Completamente. Ella era la única capaz de hacer lo que quisiera conmigo. La única en el mundo.

Sentí la caricia de su mano en mi rostro. Amaba cuando me tocaba. Una vez, incluso, había dejado que me abofeteara, con tal de sentir su toque. Ese momento había quedado grabado indeleblemente en mi memoria. Acercó su rostro al mío y me besó. La dejé hacerlo por sólo unos segundos, luego tomé el control de ese beso. No pude resistirme. Sujeté su nuca y exploré su boca con avidez, estropeando su labial. Nunca tenía suficiente de ella, la deseaba siempre, continuamente.

—No me estropees también el peinado —me regañó sonriendo.

Gruñí con frustración. Si no hubiera sido por la boda de mi hermano, habría girado la llave de la puerta del estudio y nos hubiéramos tomado una hora de diversión solo para nosotros. Pero Víctor finalmente se casaba con Gemma. Me puse de pie, de modo que el bulto en la entrepierna de mis pantalones quedara justo a la altura de su cara.

—Mira lo que has hecho —le dije, observándola desde lo alto. Por toda respuesta, me apretó lo suficiente como para procurarme la dosis justa de placer perverso. Inspiré mirándola a través de mis ojos entrecerrados. Estaba literalmente loco por ella. Mya sabía sostener mi corazón exactamente como estaba empuñando mi pájaro en su mano en ese mismo momento. Era delicada y al mismo tiempo decidida.

—Me ocuparé de eso luego —respondió con picardía, dándole otro buen apretón. Quería gruñir, aullar a la luna, hacer cualquier cosa que implicara usar lo que tenía entre mis piernas. En lugar de ello, debería haberlo dejado todo para más tarde. Después de la ceremonia, después de la recepción. Pero la noche llegaría y entonces…

Capítulo 2

Pen miraba a su alrededor en busca del mejor lugar. Era difícil encontrarlo en el jardín de la casa Caruso. Se trataba de una propiedad muy vasta, pero ese era un día especial, había una boda que celebrar y todos estaban en plena efervescencia.

El parque que rodeaba a la Villa era un hervidero de camareros, floristas, personal que iba y venía con copas, bandejas y todo lo que podía servir para un montaje impecable. Hacía calor, pero el sol se ocultaría pronto, dando paso a un atardecer más fresco y agradable.

—¡Aquí! —dijo en dirección a Chris. El muchachote la siguió, estoico. Hubiera ido a donde fuera con ella. La amaba, después de todo.

En ese momento, sin embargo, se sentía contrariado. No por Pen, nunca podría haberlo estado por ella, sino por el smoking que se había visto obligado a llevar. Era guardaespaldas, pero aún así tenía que estar elegante en la boda del jefe. Excepto que, esa chaqueta que ceñía sus hombros le estaba dando urticaria y lo mismo los pantalones que le apretaban los musculosos muslos. Cuanto antes pudiera quitarse todo, mejor sería.

—¿Dónde?

—Detrás de este seto. Nadie nos verá.

El lugar que Pen había encontrado estaba tan apartado como podía estarlo detrás de un seto en un parque que pronto estaría repleto de gente. Pero ella era así, le gustaba el peligro, el riesgo. Esa delgada línea que corría entre el estar a salvo y el ser descubiertos era un detonante para ella. Amaba el sexo en los lugares más osados y Chris estaba más que feliz de satisfacerla. Habría hecho cualquier cosa para hacerla feliz.

—¿Aquí? —preguntó sólo para confirmar que el sitio fuera el correcto.

—Sí —respondió ella sonriendo como una niña pequeña el día de Navidad.

Pen era adorable, con sus veinte años y el cabello rosado, su flequillo alisado y un vestido

de tul y capas color rosa pastel. Los labios ya no estaban hinchados por productos extraños. No había vuelto a sentir la necesidad de inyectarse nada en ellos, no después de que Chris le hubiera repetido mil veces lo hermosa que era, lo mucho que le gustaba su boca al natural. Como si fuera la más hermosa que alguna vez hubiera besado. No es que hubiera besado mucho en su vida, de hecho todo lo contrario. Pen, en cambio, había besado mucho pero nadie le había hecho un cumplido a sus labios naturales, no con la intensidad y la sinceridad con la que Chris lo había hecho.

Era esa la parte que más le gustaba. El asombro genuino con el que la adoraba.

Pen se arrodilló en el césped.

—Te vas a ensuciar —le dijo con voz ronca, imaginando lo que estaba a punto de pasar.

—Pasaré las manos por mis rodillas y será como si nada hubiera ocurrido. Además, este césped está tan bien cuidado… —las palabras se apagaron cuando posó una mano en la entrepierna de los elegantes pantalones de Chris. El pene, ya parcialmente erecto, creció y se engrosó bajo la presión de aquella caricia audaz.

—Ah, Pen… —exhaló sin aliento. Era un tipo de pocas palabras, pero cuando ella hacía eso, las pocas palabras que le quedaban se evaporaban por completo.

—¿Te gusta? Porque a mí me gusta…

Continuó masajeando mientras hablaba y lo miraba a los ojos. Estaban nublados por el deseo y su boca permanecía entreabierta. Con un movimiento lento pero seguro desabrochó el cinturón, abrió el botón y bajó la cremallera. Luego metió la mano y sacó el miembro erecto de Chris. Era grande, con una base gruesa rodeada por un denso bosque de vello rubio oscuro. Lo adoraba. Con una mirada lasciva acercó la boca a la punta y le dio una lamida traviesa. Luego pasó a chupar, como si fuera una fruta madura que saborear. Ejercer poder sobre él era algo que la volvía loca. Nunca había sucedido. Los chicos con los que había estado siempre habían tratado de forzarla, de empujarla hacia un sexo que en el fondo no quería. Recordaba manos ásperas que casi la obligaban. Pero no Chris. Él estaba completamente cautivado por ella y le habría concedido cualquier cosa.

Pen lo atrapó con la mano y comenzó a masajearlo mientras lo tragaba. Era maravilloso poder hacerlo allí, donde podrían haberlos sorprendido en cualquier momento. Y era maravilloso que él no pensara que, por esa excentricidad suya, Pen debía ser etiquetada como una puta. Al contrario, amaba ese aspecto de su chica.

La respiración de Chris comenzó a tornarse más dificultosa y ella no le dio tregua. Normalmente, habría resistido por mucho tiempo, pero ese no era el lugar adecuado para probar su tenacidad. Cuando vio que estaba mostrando los primeros indicios de ceder, Pen intensificó el movimiento y succionó con más fuerza. Lo escuchó correrse con un gruñido bajo mientras abría la boca en busca de aire. Pen lo ordeñó hasta la última gota. Luego se puso de pie y lo besó en la boca.

—Chris —murmuró en sus labios.

—¿Qué?

—¿Crees que hay algo malo en mí, porqué me gusta mucho hacer estas cosas? —Lo miró avergonzada, aunque no era la primera vez que sucedía. No obstante, era la primera vez que ella sentía la necesidad de preguntarlo. Él siempre le había demostrado de mil maneras que no la juzgaba, pero de repente, escucharlo de su voz, le pareció de vital importancia. Había hablado impulsivamente, sin pensar, y ya casi se había arrepentido.

—No —respondió él, sorprendido de que pudiera haberle hecho una pregunta así. Pen sonrió porque sabía que era sincero. Chris la amaba, amaba todo de ella, incluso sus peculiaridades.

—Está bien. Entonces crees que si me tendiera aquí en el césped y abriera las piernas…

—Oh, sí —respondió él sonriendo.

Y se sumergió en ese delicioso placer durante unos buenos veinte minutos.

Capítulo 3

Gemma

Estaba lista. Y estaba sola.

Me volví hacia el espejo vertical de mi dormitorio. Era como mirar un cuadro. El marco estaba hecho de hojas doradas, el reflejo en su interior daba la idea de una figura antigua y elegante. Era yo.

Acababan de retocarme el maquillaje y el cabello. En términos generales, lo que estaba observando era la versión más refinada de mí que jamás había alcanzado. Parecía una mezcla mía y de Jennifer Lopez. Desde que estaba comprometida con Víctor había participado en eventos, había tenido la oportunidad de ser engalanada de formas que nunca en mi vida había experimentado antes de él. Pero jamás como ese día.

¿Realmente era yo? ¿Estaba segura de ello? El cabello recogido en un moño, pequeñas flores blancas y perlas enhebradas entre los mechones, maquillaje ligero que resaltaba mi piel ámbar. El vestido era romántico, un maravilloso despliegue de encantador tul blanco cubierto de encaje. Lo único que faltaba era el velo.

Me sentía tan llena de alegría y emoción que no estaba segura de saber cómo controlarme. Me encontraba a punto de casarme con mi amor, el hombre que había entrado en mi vida por casualidad y había permanecido en ella por elección. De ambos. Un hombre difícil, peligroso, pero a quien amaba con todas mis fuerzas.

Había pedido un momento para mí, solo para mí. Una especie de pausa para la reflexión.

Pensé en Rachel. Si hubiera estado allí con nosotros ese día, le hubiera gustado como me veía. Ella, siempre tan elegante, aunque únicamente fuera para estar en casa. Quién sabe qué habría elegido para asistir a la boda de su adorado nieto. Sólo podía imaginarlo. Se había

marchado, buscando a algo o a alguien, y tal vez ni siquiera se había enterado de nuestra boda.

Estaba a punto de dar el gran paso. El anillo de compromiso que había mantenido en mi dedo hasta ese momento sería reemplazado por una anillo de oro macizo proveniente de la mina de Goldstrike. En su interior estarían grabados el nombre de Víctor y la fecha de nuestra boda. Pensé nuevamente en cómo había cambiado mi vida en tan poco tiempo. Había conocido a un hombre terrible y maravilloso. No, no era correcto decir que lo había conocido. Él se había introducido a la fuerza en mi vida, sin pedir permiso, había ocupado todo el espacio disponible en mi corazón. Simplemente había tomado posesión de él y ahora no podía imaginar una vida sin su presencia.

Escuché que llamaban a la puerta. Hablé sin girarme, tocando el lóbulo de mi oreja para comprobar que el pendiente estuviera bien enganchado. Lo único que faltaba era que perdiera esas perlas tan delicadas y preciosas.

—No puedes entrar, Víctor, trae mala suerte ver a la novia antes de la ceremonia.

Pero el pomo giró de todos modos. Al momento siguiente, cuando aparté la vista de mi figura, vi en el espejo quién estaba entrando. Sentí que toda la sangre en mi cuerpo fluía prepotentemente desde la cabeza a los pies. No era Víctor.

En el vano de la puerta se destacaba la figura alta y esbelta de Magdalena De Blasio.

El presentimiento de que se avecinaba una catástrofe me golpeó como un rayo en medio de la frente. No tenía ningún motivo para presentarse en mi habitación, ni siquiera sabía cómo había hecho para llegar hasta allí. La idea de invitarla casi había sido descartada, pero luego habíamos considerado que excluirla no era una jugada muy diplomática. ¡Sin embargo, atreverse a introducirse en mi dormitorio antes de la ceremonia era demasiado! Estaba ahí para hacerme daño. El presentimiento era tan fuerte que era casi una certeza: algo terrible sucedería, algo que no podría controlar y que habría puesto mi vida de cabeza.

Con el estómago y el corazón encogidos, la miré a los ojos esperando que hablara. Era como si me estuviera preparando para una batalla. Repentina y sangrienta.

—Estás hermosa —pronunció con seguridad y con una voz que nunca hubiera querido oír

de nuevo.

Sus palabras me dejaron congelada. Fue cómo lo dijo, ese tono de triunfo de quien tiene la victoria en la mano y sólo estaba esperando el momento adecuado para revelar sus cartas y disfrutar de la cara de asombro de su oponente. Su cumplido era el primer paso hacia una estocada mortal, estaba segura de ello.

—¿Qué haces aquí?

No me importaba ser grosera. Estaba segura de que quería hacerme daño, lo sentía en mi interior, en lo más profundo de mi corazón. No éramos amigas, definitivamente ella no quería regalarme ningún amuleto para la buena suerte ni darme ningún discurso motivacional.

—Sólo tener una pequeña charla.

Aparté la mirada de ella y me concentré en comprobar que el otro arete de perlas estuviera bien cerrado, solo para evitarla.

—No es el momento, estaba a punto de bajar, estoy esperando que vengan a arreglarme el velo.

—Pero es importante —insistió con voz fría. Importante, ¿para quién? Ciertamente no para mí. Seguramente para ella, para darme algún golpe bajo.

—Los regalos los has recuperado, creo. Excepto eso, no tenemos nada que decirnos. Puedes volver abajo y disfrutar de la fiesta, hablaremos luego.

Si hubiera sido por mí, ni siquiera la hubiera invitado. Pero Víctor había dicho que se trataba de una cuestión de diplomacia. Era un momento delicado. Russel De Blasio estaba involucrado con los Leone, no era prudente cometer desplantes en aquellas circunstancias.

—Sabes que nunca me han importado los regalos —respondió con la astucia reflejada en su rostro.

Por supuesto que lo sabía. Así como sabía que mientras más tiempo permaneciera allí conmigo, más probable sería que las cosas acabaran mal.

Avanzó en la habitación, cuanto más se acercaba, más rápido latía mi corazón.

—Esperaba el momento adecuado para hacerte una confidencia y debo decir que no hay

mejor momento que este. —Su mirada brilló de una manera que hizo que me pusiera tensa.

—Hablaremos más tarde, he dicho —la liquidé, alejándome del espejo para ponerme los zapatos. Bajaría sin velo, si me veía obligada a ello. No sería el fin del mundo. Magdalena no dictaría los ritmos de mi vida. Pero en el momento en el que pasé a su lado, ella atrapó mi brazo. Fue algo sorpresivo.

—Ahora. —Me miró con ojos fríos y despiadados. No se iría antes de disparar su flecha envenenada y tuve la impresión de que esa flecha se clavaría directo en mi corazón.

—Tengo que hablarte de Víctor, como podrás imaginar.

Me quedé helada. Por supuesto que lo imaginaba, pero no quería oírlo. No quería que ella estropeara ese día tan importante de ninguna manera.

Me zafé de su agarre con una sensación de fastidio. Que hablara, si tenía intención de hacerlo. Me mantuve inmóvil enfrentándola mientras esperaba que dejara caer la bomba.

—Seguramente no te habrá puesto al corriente de que, en la época de nuestra relación…

Jugueteó con el doble collar de perlas que colgaba de su cuello, disfrutando con la expectativa que creaba.

—...él me embarazó.

Abrí ligeramente los labios por el asombro mientras intentaba comprender el significado de sus palabras. Luego de la sorpresa, una nota de dolor punzante penetró mi pecho a la altura de mi corazón. ¡Era imposible que fuera cierto!

—Sí, has oído bien. En los tiempos de nuestra relación follábamos. ¿O creías que no lo hacíamos? —Sonrió, yo por el contrario no era capaz de mover ni un músculo de mi cara. Claro que imaginaba que se acostaban, pero que ella haya estado embarazada… Mi cabeza empezó a dar vueltas. ¿Por qué Víctor nunca me lo había dicho? ¿Y qué había sido del niño? Su bebé…

—Quedé embarazada. Él no estaba contento, pero habría asumido su responsabilidad. Yo estaba en el séptimo cielo. Podía ser mío para siempre, lo había atado con doble nudo a mí. Excepto que luego…

Se interrumpió mientras yo sentía que mi corazón había dejado de latir. Tenía ganas de

vomitar. Magdalena me miraba pero estaba segura de que se encontraba perdida en el pasado. Sus ojos estaban como ausentes, proyectados a lo lejos.

—...perdí espontáneamente al bebé antes de cumplir siquiera los tres meses de embarazo.

Dio unos pasos por la habitación, mirando a su alrededor como si verdaderamente estuviéramos conversando en forma casual y no como si estuviera haciendo que todo mi mundo colapsara.

—...Víctor estaba aliviado, no tenía dudas de ello. Incluso si no lo demostraba y nunca lo dijo. Pero yo lo sentía. Luego, después de que te conoció, me dio una suma de dinero para que nunca te lo contara.

La voz salió de mi garganta a duras penas.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Por qué, por qué, por qué… —especuló. De repente su mirada había vuelto a estar alerta y la vulnerabilidad que había dejado entrever poco antes, se disolvió por completo.

—Hay tantas razones, así que sólo me queda elegir. ¿Porque Víctor mandó al demonio su matrimonio conmigo para casarse contigo? ¿Qué opinas? ¿Tiene sentido? ¿O porque eres tú quien le dará hijos y no yo? ¿O porque mi familia me considera responsable de nuestra ruptura? Tú eliges. Para mí es indiferente. —La mirada de Magdalena era glacial.

Mi mundo se estaba desmoronando. No podía asimilar esas palabras. No era tanto el hecho de que hubiera quedado embarazada y perdiera al bebé. ¡Pero que Víctor le hubiera pagado para que nunca lo supiera! Mi cabeza literalmente dio vueltas mientras mi corazón se desplomaba hasta el fondo de mi estómago.

¿Eran esas las premisas en las que se basaría mi matrimonio? ¿Mentiras y traiciones? Si mi futuro marido consideraba que era correcto compartir secretos de ese calibre con una extraña, una enemiga, y no con su esposa, ¿qué tipo de relación debería haber esperado? Mis orejas empezaron a zumbar cuando la certeza de que todo era verdad me envolvió como una mortaja.

—Ahora adelante, ve a casarte.

Las palabras de Magdalena, su expresión de triunfo, fueron como una lápida cayendo sobre

mí.

Capítulo 4

Víctor

Se suponía que el día de tu boda debía ser el más hermoso de tu vida. Como siempre, lo que era válido para una persona común y corriente, no lo era para mí. Era intuitivo. Había sido estúpido haber podido creer en ello, aunque sólo fuera por un momento.

Eran las once de la noche y no había habido ninguna boda.

Bebí un sorbo de mi vaso. El Few Rye quemaba mi estómago, sin embargo no podía prescindir de él. Me volví con la silla giratoria hacia la ventana. Con una iluminación de cuento de hadas, dada por mil lucecitas blancas, el personal de servicio estaba desmontando el gazebo bajo el cual debería haberse oficiado la ceremonia. El arco de delicadas flores acabaría en el cubo de la basura, al igual que todos los demás adornos que Gemma había escogido personalmente.

Mya se encargaría de donar el buffet y la tarta de boda a organizaciones benéficas. Por mi parte, no hubiera querido ni una migaja de eso, habría sido veneno. Tal como me sentía en ese momento, tenía la convicción de que no volvería a comer por el resto de mi vida. Hasta que muriera. Jodido día.

Los últimos invitados se habían marchado hacía ya un par de horas. Seríamos el centro de cotilleos y charlas durante al menos un mes. Pero, sobre todo, saldríamos debilitados de un modo del que sería difícil recuperarnos. Un hombre que no podía mantener a raya a su propia mujer, en nuestro entorno, era un hombre débil, un pusilánime. También había sido mi forma de pensar, antes de conocer a Gemma y disfrutar del sabor único de tomar decisiones juntos, de compartir elecciones.

Todo había sido borrado de un plumazo.

Tendría que pensar en algo para recuperar el terreno perdido. Pero en ese momento no podía pensar en ninguna estrategia. Yo, siempre frío y organizado, no tenía un plan de respaldo para el

fiasco de mi boda.

Y no lo tenía simplemente porque, por primera vez en mi vida, los negocios ocuparon el segundo lugar en la escala de valores, como siempre ocurría cuando Gemma estaba involucrada. Ella era la única capaz de hacerme olvidar las minas, la familia, las enemistades, la sangre.

Lo único que tenía frente a mis ojos era el rostro bañado en lágrimas de Gemma cuando entré en nuestra habitación para comprobar qué estaba pasando. Los invitados llevaban mucho tiempo esperando y el habitual retraso de la novia se estaba alargando demasiado.

La encontré sentada frente al espejo, inmóvil, rígida, con la mirada perdida en el vacío. Mi entrada había interrumpido su estado de trance; ella se giró e inmediatamente se puso de pie, de un salto, como si tuviera que enfrentar a un enemigo.

Sus ojos estaban rodeados de negro, pero estaban secos. Tuve la sensación de que las lágrimas que debían ser derrarmadas ya se habían acabado.

No hubo rodeos. Había abierto la boca para echarme en cara las consecuencias de mis fechorías y de mi pasado. Magdalena De Blasio había ido a visitarla poco antes y le había revelado algo que debería haber quedado enterrado y en lugar de ello había resurgido nuevamente, como un cadáver arrojado al fondo del lago que emerge inesperadamente. Ella había abierto la boca para dejar salir su veneno, develando que le había dado una gran suma de dinero para ocultar el secreto que nos había unido. Durante nuestra relación había quedado embarazada y, poco después, había sufrido un aborto espontáneo. Le había pagado, cuando las cosas con Gemma se habían puesto serias, cuando comprendí que la amaba. Era mi forma de actuar, tener siempre una aseguración sobre lo que más me importaba. Excepto que, el dinero no había bastado para silenciar a Magdalena. Tenía hambre de venganza y quería nuestra ruina. Así como ella debía haber sufrido por el fin de nuestro compromiso, del mismo modo deberíamos padecer Gema y yo. De hecho, mucho más.

Sabía que ese secreto sería como una espada de Damocles sobre nuestro futuro y estaba seguro de que Magdalena quería revelárselo cuando insistió para recoger los regalos de la boda. Había localizado a Gemma en la clínica, buscándola en la capilla. Le había dicho que tuviera

presente que, independientemente de lo que Magdalena le revelara, yo la amaba.

Pero no había pasado nada. Entonces, esperé que aquel asunto estuviera ya cerrado. Pero evidentemente Magdalena solo quería darme la ilusión de que estaba a salvo. Había guardado su arma secreta para el día más hermoso de nuestras vidas y, con un solo golpe, lo había destruido.

Gemma había sido tajante y apenas me había mirado a los ojos. Simplemente dijo que no se casaría conmigo, que yo era un extraño para ella. Y no podías casarte con un extraño. Luego, se había quitado el anillo de compromiso y lo había depositado sobre la cama. Volvería a su casa, me ahorraría la molestia de iniciar una búsqueda. Estaría en su antiguo piso pero yo no debería buscarla por ningún motivo. No era bienvenido porque lo nuestro había terminado.

Apuré el vaso sin dejar de pensar en esos últimos momentos, haciendo que mi estómago ardiera, y mirando hacia afuera. No veía trabajadores que desmantelaban los arreglos de una boda que nunca se había celebrado. Veía mi vida desmoronarse por enésima vez. Gemma era la única persona que me importaba en el mundo, y sin embargo, era la única persona a la que había conseguido decepcionar. Sólo me importaban su estima y su amor, pero había perdido ambos.

El pasado era como un pantano, un barro fangoso por el cual siempre sería absorbido, simplemente porque provenía de allí . Ese era mi lugar de nacimiento y no había nada que pudiera hacer para liberarme de él. El legado de mi educación, que siempre me había llevado a utilizar el poder y los chantajes para manejar mi vida y la de los demás, era mi marca registrada. Pero también habría sido mi mayor límite.

—Ya casi han acabado.

Escuché la voz de mi hermano y después sus pasos silenciosos sobre la alfombra. Se dejó caer en el sillón de cuero, que emitió una especie de silbido bajo su peso. Luego suspiró.

—Qué demonios, Víctor.

No respondí. Kenneth sabía lo que había sucedido. Le había hecho un breve resumen, al final del cual no había abierto la boca, ni para recriminar, ni para sorprenderse de lo que le contaba. Él era como yo, era el único que podía comprender mi forma de actuar. Había sido él, junto con Mya, quienes se habían encargado de despedir a los invitados con excusas plausibles.

Excusas que en los próximos días se revelarían mentiras a los ojos de todos.

—¿Qué piensas hacer?

—Por el momento, nada —respondí sin dudarlo. Era mi única certeza; no tener nada que pudiera oponer a aquella catástrofe, por el sólo hecho de que me representaba plenamente. Sobornaba, pagaba a las personas por su silencio y llevaba a cabo muchas otras acciones despreciables porque ese era mi mundo y mi estilo de vida. Negarlo hubiera sido un esfuerzo agotador e inútil, además de deshonesto para con todos. Gemma en primer lugar.

—¿Cómo, *nada*? ¿Sabes a dónde fue?

—Dije *nada* sólo por el momento. Está en su piso. Si me apareciera allí ahora no obtendría ningún resultado. Ya no confía en mí, Kenneth. No puedo permitirme ningún movimiento arriesgado.

—Tienes que ir a recuperarla.

—Esta vez hice un desastre. ¿Y sabes qué es lo peor? Que no hay solución. El pasado siempre me perseguirá. Siempre habrá algo que haya hecho o dicho que pondrá en peligro nuestra vida en común. Tal vez la verdad es que no soy el hombre que cree. Siempre dijo que me aceptaba pero en el fondo eso es una mentira. Nadie puede aceptarnos por lo que somos, Kenneth, hay demasiada maldad en nosotros. Debería contentarme con saber que ella está lejos de mí y es feliz.

—Nunca lo conseguirías.

Kenneth tenía razón. Enloquecía de solo pensarlo.

—¿Se han ido todos?

—Sí.

El silencio que siguió hacía eco al vacío que había en mi corazón. Kenneth no se iba aún, tenía que haber más.

—Sé que no es el mejor momento para hablar de ello, pero hay otros asuntos.

—¿Qué?

—Pensaba hablarte de esto después de la boda pero…

—Kenneth… —lo reprendí con impaciencia. No estaba de humor para rodeos.

—No podemos postergar más el asunto de los Espinoza. Debemos enviar una señal fuerte. Infiltraron a uno de sus hombres en nuestra familia y atentaron contra tu vida. Hemos esperado demasiado. Ahora que tu matrimonio se vino abajo, nuestra credibilidad caerá en picada. Las familias no tardarán en descubrir que no se trataba de una indisposición de la novia. Debemos reafirmar nuestro poder, preparar una contraofensiva al atentado en el Luna Rossa.

Kenneth tenía razón. En nuestro mundo, perder terreno podía ser fatal. Habíamos pospuesto todo hasta después de la boda, pero no había razón para seguir postergando las cosas.

—Tomaremos Cananea.

Llevaba tiempo pensando en ello pero nunca me parecía el momento adecuado. Se trataba de un objetivo ambicioso, Cananea era una de las minas de oro más grandes de México. El proyecto era audaz, desencadenaría una guerra entre clanes, sin embargo en ese momento me parecía que ya no tenía nada que perder. Sentía nostalgia del sabor de la sangre en mi boca.

Kenneth me miró fijamente.

—¿Quieres ir a su casa, a joderles su oro, delante de sus propias narices?

—Sí —respondí—, pero a largo plazo, no será una operación rápida. Por el momento enviaremos cuatro hombres. Tienen que eliminar a dos de los suyos y tienen que saber que fuimos nosotros. Hemos dejado pasar demasiado tiempo. Nos reuniremos por la mañana para planificar los detalles. ¿Hay más?

—Eric me pidió que nos encontráramos.

—Bien, ¿cuándo?

—La próxima semana. Tendremos mucho de qué hablar.

El asunto con Eric había estado en punto muerto durante meses. Había tenido la oportunidad de recuperarse y nosotros necesitábamos saber de qué parte había decidido alinearse.

—¿Alguna noticia de Rachel?

Mi abuela siempre estaba en mis pensamientos. Aunque sabía que era perfectamente capaz

de cuidarse sola, su ausencia me pesaba y no saber exactamente dónde estaba me preocupaba.

—El rastreador que pegué en su maleta la registra en Australia.

—¿Australia?

—Sí, pero no podemos monitorear nada más. Tenemos que esperar a que se acerque un poco para reducir el campo y considerar poner un hombre a pisarle los talones.

—Siempre y cuando alguien no se haya cargado su maleta y ande por ahí.

—Víctor, la abuela tiene más recursos que nosotros y es más despiadada que tú y yo juntos.

Kenneth tenía razón. Cualquiera que se metiera con Rachel Caruso tenía mucho que temer. Ya sea en Australia o en cualquier otro lugar, Rachel poseía los recursos y el ingenio para cumplir su misión. Fuera cual fuera.

—Me gustaría tanto saber a quién diablos fue a buscar y por qué.

Yo también había pensado mucho en ello, pero no había querido afrontar aquella posibilidad. No hasta que tuviera indicios concretos de que la cosas eran como creía.

—Podría tener una idea y no me gusta nada.

Capítulo 5

Víctor

Pasé la peor noche de mi vida. La cama estaba vacía, como mi corazón.

Vacío no daba bien la idea. Era más un abismo, el que sentía dentro. Era como si alguien me hubiera abierto brutalmente el pecho y arrancado con ferocidad mi corazón desde dentro. Sentía que no tenía latido, ni compasión, ni ganas de vivir.

La mayor parte de la noche la pasé mirando el techo. Sólo al amanecer caí en un sueño culpable y desesperado. El despertar había sido traumático. Hubo una fracción de segundo, cuando apenas abrí los ojos, en el que sentí un dolor en el pecho sin saber por qué. Pero sólo había sido un momento. Al siguiente, recordé inmediatamente qué era ese hierro candente que estaba atravesando mi alma.

Fue mi gran error, el que me había llevado a perder a Gemma para siempre.

Me lavé y me rasuré. Me puse uno de mis trajes elegantes y bajé a la cocina. No había el habitual aroma en el aire, el café no estaba hecho. Sin Rachel y Gemma, nadie se había ocupado de ello. Tenía una cita en Goldstrike y se suponía que Chris debía llevarme. El trabajo continuaba, a pesar de todo, y yo no era de los que se quedaban en casa lamiéndose las heridas. Era alguien que luchaba y ganaba siempre sus batallas. Vencería también esa, sólo tenía que descubrir cómo.

Lo encontré en el parque frente al Escalade negro brillante, listo como siempre.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días —respondí, subiendo al coche. No era un buen día en absoluto, pero estaba seguro de que Chris, como buen hombre de confianza, fingiría que nada había ocurrido, no me haría preguntas, no abriría la boca excepto por cuestiones de trabajo.

Pero era yo quien debía decirle algo esa mañana.

—Tendrás que ir a México, pronto, hay un mensaje que entregar a los Espinoza.

Asintió, sin decir nada más. Un mensaje, en nuestra forma de comunicar, nunca era una nota, siempre era una efectiva demostración de fuerza.

—Te daré más detalles esta noche, después de hablar con Kenneth.

Asintió y nos quedamos en silencio. El coche arrancó y salimos de la propiedad. Recorrimos un largo trayecto de carretera sin decir una palabra, ni él ni yo.

Pero algo quemaba en mi lengua y, hasta que no lo hubiera dicho, no tendría paz. Miré fijamente al frente, a la cinta gris de asfalto, mientras hablaba con una cierta dificultad.

—Necesito una cosa más de ti.

—¿Qué?

Era el peor momento, el más difícil. Estaba acostumbrado a mandar y siempre sobre asuntos relacionados al trabajo y la familia. Mi esfera personal siempre había sido así, tal vez porque nunca había existido una esfera personal. Pero ahora era diferente. Ahora estaba en juego mi vida y habría cambiado todas las reglas con tal de tener otra oportunidad con Gemma.

—Te pido que hables con Penélope, para que convenza a Gemma de reunirse conmigo. Necesito hablar con ella pero no quiere verme.

Siguieron pocos instantes de silencio y luego la respuesta que nunca habría esperado.

—No puedo, jefe.

Me volví hacia él, era la primera vez que escuchaba a Chris rechazar una tarea. Su expresión era la misma de siempre, seria, como si estuviera cumpliendo una tarea de suma importancia. Era yo quien me sentía devastado.

—Anoche, cuando llevé a Pen a casa, me dijo que Gemma no quiere tener nada que ver contigo y que ella nunca haría nada para convencerla de que te diera otra oportunidad. Estaba segura de que me lo pedirías. Lo siento, jefe.

Su respuesta me heló el alma. Chris ni siquiera sintió la necesidad de añadir más justificaciones. Ambos sabíamos que obedecería cualquier orden que yo le diera. Pero no esa. Simplemente no podía hacerlo.

—No te preocupes, encontraré otra manera —respondí mirando por la ventanilla.

Claro que la encontraría. Así como estaba seguro de que no me rendiría. Nunca.

Capítulo 6

Mya

Estaba nerviosa y tenía todos los motivos para estarlo. Había estado corriendo por la propiedad durante aproximadamente unos cuarenta y cinco minutos, mi manera de liberar la tensión. Como si no hubiera sido suficiente la apertura del testamento prevista para ese día, la boda cancelada la noche anterior también se había interpuesto en el camino. Nos habíamos quedado hasta la medianoche coordinando al equipo que desmantelaba todo el montaje que había sido dispuesto en el jardín. Por no hablar del clima fúnebre que se había respirado en casa desde el momento en el que Gemma se había subido hecha una furia al coche más pequeño disponible en el garaje, para alejarse a todo gas de Villa Caruso. La suya había sido una fuga discreta, a resguardo de los ojos curiosos de los invitados que esperaban en el jardín, sospechando ya algo por el excesivo retraso. A nosotros nos había tocado contar la mentira de la indisposición y acompañar a los invitados a sus autos, recibiendo los amables augurios de pronta recuperación de algunos y las miradas suspicaces de otros.

Víctor se había encerrado en el estudio y Kenneth había sido el único que había tenido el valor de cruzar el umbral de esa puerta para hablar con él. Estaba segura de que no había ido para consolarlo, no era su estilo. Seguramente estaba tratando de distraerlo con cuestiones de trabajo.

Omnipresente trabajo.

Después de todo, los negocios de la familia Caruso nunca se detenían, ni siquiera con motivo de una boda fallida. De la vida que se estaba desmoronando, de hecho, porque por lo que me había contado Kenneth y, si conocía al menos un poco a Gemma, ella no perdonaría a Víctor por haberle mentido. Y no me sentía capaz de culparla.

Entré en casa por la puerta de servicio y atravesé la cocina para llegar al vestíbulo. Subí la gran escalera con la mirada fija en mis pies y luego caminé directo hacia la puerta abierta del

dormitorio.

—¿Preocupada?

Dos manos cálidas rodearon mis hombros y di un respingo.

—¡Kenneth, me asustaste! —Me llevé una mano al pecho, como si hubiera podido detener a mi corazón acelerado. Estaba sudada y jadeante. Kenneth había aparecido de repente detrás de la puerta haciendo que me sobresaltara.

—¿Estás nerviosa por lo de hoy? —Sus labios descendieron sobre mi cuello provocándome un hormigueo. Sentí la húmeda caricia de su lengua y el olor a limpio.

—Claro que lo estoy. Y también estoy toda sudada.

—No importa que estés sudada, te deseo siempre, en todo momento.

Sus palabras, murmuradas en voz baja y cerca de mi oído, me hicieron suspirar de placer. Pero, por mucho que me esforzara por dejarme llevar, estaba tensa como un arco listo para disparar. La apertura del testamento estaba prevista para esa mañana. Ya había sido postergada por un imprevisto malestar del notario. Ese día no habría más aplazamientos.

Me giré para quedar frente a mi marido. Kenneth acababa de ducharse y todavía tenía que vestirse. Crucé mis brazos alrededor de su cuello y me presioné contra él. Kenneth era mi fuerza, mi seguridad, sabía que pasara lo que pasara, él nunca me abandonaría. Desde que habíamos vuelto a estar juntos, mis ataques de pánico se habían hecho más esporádicos. Y era todo mérito de su presencia.

—Somos un equipo tú y yo. Tú eres la mente y yo el brazo, no podemos fallar.

Sonreí. No era cierto que él fuera solamente la fuerza bruta. Kenneth era muy inteligente, pero ciertamente yo no podía competir con su fuerza. Me liberé del abrazo y me metí en la ducha. Me lavé rápidamente y luego dediqué unos minutos más a elegir el traje. Me decidí por un tailleur azul y una camisa blanca que hacía resaltar mis ojos. Dejé el cabello suelto, porque me sentía indomable y para contrastar con la severidad de la chaqueta.

Poco después estábamos listos para la cita que siempre había esperado, la de mi redención.

***

El estudio del notario Carletti se encontraba en el interior de un rascacielos en Reno. Kenneth y yo habíamos subido en el ascensor en silencio. Habíamos hablado poco también durante el trayecto en el coche. Estaba nerviosa y con él no podía disimularlo. O mejor dicho, lo intentaba, pero Kenneth conocía lo que hacía pasar por frialdad y que, en cambio, era miedo. Lo importante era que no lo sospecharan mis primos. Si me hubiera expuesto ante esas serpientes, habría sido el fin. Si tan solo hubieran olido mi inseguridad, no me habrían considerado digna de ningún papel en la familia. Tenía que guardar cada miedo dentro de mí.

Pero mis manos estaban sudorosas y cuando Kenneth entrelazó sus dedos con los míos, debió darse cuenta. Lo miré suplicando, ni siquiera yo sabía qué, y él, por toda respuesta, me guiñó el ojo.

Salimos del ascensor en el piso treinta y nos encontramos en un amplio espacio tan iluminado que casi lastimaba los ojos. Fuimos interceptados por una solícita asistente que se presentó y nos hizo tomar asiento en la sala de espera.

El mobiliario era básico, sólo cuatro sillones y una mesa de café. El plato fuerte era la vista. El panorama urbano de Reno era un espectáculo más que respetable. De mis primos no había rastros, sin embargo la hora era la indicada. Regresó la solícita asistente y nos escoltó hasta la oficina del notario. Misterio revelado. Mitch y John estaban allí dentro. Ya sentados.

Levantaron simultáneamente la cabeza en dirección a mí. Se encontraban visiblemente tensos, embalsamados en sus trajes gris claro y negro. El notario Carletti estaba sentado en la cabecera de la mesa, con una joven asistente a su lado. Era un hombre de edad avanzada, con un bigote blanco, poblado y bien cuidado y una cabellera del mismo color, peinada hacia atrás y vaporosa.

—Pasa, Mya, bienvenida. Señor Caruso…

El notario me llamaba por mi nombre, al fin y al cabo, me conocía desde que llevaba trenzas. Era un hombre de confianza de mi padre y había estado varias veces en Paradise, en nuestra casa, para brindar asesoramientos presenciales a domicilio.

Me senté frente a mis primos y Kenneth tomó asiento a mi lado.

Ambos balbucearon un saludo, pero estaban demasiado tensos para fingir que se sentían felices de verme. Podía entenderlo, experimentaba también yo más o menos la misma sensación. Con la diferencia de que ellos tenían mucho más que perder. Si era recompensada, tendrían que someterse a mí, una mujer, y eso los habría desestabilizado. Si, en cambio, hubiera perdido esa partida, habría sido la enésima demostración de que mi padre siempre me había considerado como un peón y nada más.

Si resultaba perdedora en ese desafío, regresaría a casa con el único objetivo de olvidar mis orígenes y a toda mi familia. Y no sería para nada fácil.

El notario Carletti nos puso al corriente de los aspectos formales del encuentro. Intenté permanecer concentrada, pero por muy simples y claras que fueran sus palabras, no podía seguirlas. Observaba las expresiones de mis primos, sus miradas, trataba de calmar el latido de mi corazón que no me daba tregua.

El notario, entonces, tomó de manos de su asistente un sobre amarillo lacrado. Mi corazón comenzó a latir aún más de prisa. Me volví hacia Kenneth y lo encontré con el rostro serio mirando la escena. No dejaba traslucir ninguna emoción pero yo, que sabía leer atentamente sus expresiones, noté la ligera curva de su labio hacia arriba. Luego sentí su musculoso muslo rozar el mío y una sensación cálida invadió mi pecho. Kenneth estaría de mi lado, pasara lo que pasara, y era optimista. Todo lo contrario a mí.

—Procedamos. Inicio la lectura.

El notario se calzó las gafas cuadradas y comenzó. —Yo, el abajo firmante, Carmine Leone, en plena posesión de mis facultades mentales…

Mi corazón latía con fuerza mientras el notario leía la parte preliminar con la fórmula ritual.

—...dejo a mi hijo Luca todo mi patrimonio y su administración, a excepción de una renta anual de ochenta mil dólares que se pagará a mi hija Mya…

Estaba preparada para esa parte. Mi padre había nombrado a mi hermano como único heredero y yo recibiría una asignación. Era obvio que fuera su primera elección. Luca era el único hijo varón, el heredero de la familia. Pero era igualmente obvio que había previsto también

otras situaciones.

—...en el caso de que mi hijo no me sobreviva…

Me humedecí los labios. Ya casi estábamos.

—...todo el patrimonio y el manejo de las actividades irán…

Mi corazón estaba a punto de salirse de mi pecho.

—...a mi hija Mya…

Me volví rápidamente hacia Kenneth, incapaz de contener una expresión de sorpresa. Yo. Mi padre me había destinado a ser su heredera.

—...quien los administrará bajo una condición específica. Tal condición es que se divorcie de su marido Kenneth Caruso y que ya no mantenga ninguna relación de carácter amoroso ni sentimental con él.

Parpadeé. Incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Era como si después de una caricia me hubieran dado una solemne bofetada en la misma mejilla.

Sucedieron una serie de cosas a la vez.

El notario Carletti se detuvo y me miró a los ojos, como para tomar nota de eventuales reacciones que era previsible que hubiera.

Kenneth se levantó de un salto y su silla cayó hacia atrás. A su reacción siguió la de mis primos, quienes también se pusieron de pie.

—¡Qué carajo significa esto! —Toda la compostura y la calma que mi marido había conservado hasta ese momento se habían evaporado. Sólo quedó la furia.

Lo había preguntado en voz baja y amenazadora, dirigiéndose al notario. Yo estaba demasiado turbada para reaccionar, pero puse una mano en su brazo en un vano intento de calmar su rabia. El notario Carletti, si tuvo miedo, no lo demostró. Se quitó las gafas y respondió con aplomo.

—Exactamente lo que leí, señor Caruso, y le ruego que se recomponga, si no quiere…

—Si no quiero, ¿qué? Perdí a mi esposa dos veces. No la perderé una tercera porque Carmine Leone era un psicópata —rugió.

—El testamento es claro —rebatió el notario algo disgustado.

Hubo un impasse que duró un segundo. Kenneth seguía de pie, mis primos, en cambio, se habían vuelto a sentar. Todos me miraban. El notario, con la mirada ansiosa por la mole amenazante de Kenneth. Mis primos, intentando ocultar una expresión complacida bajo rostros serios.

Kenneth, aún más furioso que antes, hizo volar los papeles de la mesa con un manotazo. El notario se levantó y esta vez retrocedió asustado. Mis primos hicieron lo mismo.

—Estos son los deseos testamentarios del difunto Carmine Leone, no necesariamente la señora Mya tiene que aceptarlos —se defendió el notario.

Ese fue el momento en el que me puse de pie, a mi vez, y hablé por encima de todas las demás voces.

—Creo que soy la única cuya voluntad cuenta para algo aquí, ¿digo bien, notario?

—Por supuesto, Mya.

—Entonces, acepto —dije.

Y se hizo un silencio de muerte.

Capítulo 7

Gemma

No podía creerlo, era demasiado para digerir.

Y no porque no quisiera hacerlo, Dios sabía que lo quería. Fingir que nada había pasado, archivar el pasado como tal y pensar sólo en mi nueva vida, sin Víctor.

Pero nunca lo lograría. Por la sencilla razón de que cerrar los ojos no haría que las situaciones y el dolor desaparecieran, no haría que Víctor fuera diferente, no haría que nuestra relación fuera diferente.

Todo había estado mal, desde el principio. ¿Qué podía pensar que traería abrir las puertas de mi corazón a un hombre que respetaba exclusivamente su propia ley? Sólo mentiras, embustes, traiciones. Porque esa era la base de su vida, la base sobre la que descansaba toda la familia Caruso.

¿Cómo pude haber pensado, sólo por un momento, que yo, que me ganaba la vida ayudando a la gente, alguna vez podría conciliar mi estilo de vida con el de un hombre que vivía al margen de la ley?

Cambié el suero a la paciente y regulé su flujo. Era una mujer anciana que dormía profundamente y que ni siquiera había notado mi presencia. Mejor, ese día no estaba de humor para charlar. Incluso había apagado mi teléfono y lo había dejado en casa. Total, no tenía nadie con quien hablar y ningún deseo de hacerlo. Después de conducir como una loca hasta mi antiguo piso, había pasado la noche llorando en el sofá, con una taza de té de manzanilla entre las rodillas. Pen estuvo conmigo hasta la una de la madrugada y luego la había enviado a casa.

Ese día me había despertado con los ojos hinchados como un boxeador golpeado y había ido al trabajo protegida por unas gafas de sol. Las llevaba incluso estando adentro, aduciendo la excusa de una conjuntivitis, pero las novedades se difundían rápidamente y Simon, el responsable de los enfermeros me había mirado con lástima en los ojos.

Víctor y su familia eran muy conocidos en Henderson y la noticia de que el matrimonio no se había celebrado había corrido de boca en boca.

Intenté trabajar con el cerebro apagado. Como si no fuera yo, como si fuera una cáscara vacía que sólo debía cumplir con sus tareas. Si me hubiera detenido a reflexionar, me habría paralizado por el dolor. No podía dejar de pensar para siempre, pero podía dar un paso a la vez e intentar completar al menos esa jornada de trabajo. En el día siguiente pensaría después, no tenía suficiente energía para elaborar ni siquiera el más simple de los planes. Un poderoso y repentino ataque de náuseas hizo que cerrara los ojos. Presioné la mano contra mi vientre esperando que pasara rápidamente.

—Ha habido unas quince llamadas telefónicas desde esta mañana. Ya no sé qué inventar. —Simon se había unido a mí en la habitación de la anciana paciente dormida.

—Lamento estas molestias —lo liquidé al tiempo que intentaba recomponerme. No quería ser descortés pero no me apetecía hablar. Era predecible que Víctor estuviera apelando a todos los medios posibles para ponerse en contacto conmigo. El primero y más sencillo era llamar a la clínica. El segundo habría sido presentarse personalmente, estaba segura de ello.

—Si quieres hablar de lo que suce…

—No. —Detuve de inmediato a Simon mientras arrojaba la bolsa vacía al contenedor para residuos especiales—. Gracias —agregué enderezándome y mirándolo fugazmente a la cara. Salí de la habitación y fui directo a la enfermería, más precisamente al botiquín, para coger un analgésico para un paciente.

—Está bien, pero sabes que si lo necesitas, te escucharé.

Me giré con la ampolla en la mano.

—Gracias, Simon es que estoy demasiado… —ni siquiera podía encontrar las palabras. ¿Conmocionada? ¿Turbada? ¿Hecha pedazos? ¿Mi mundo se ha derrumbado? Nada daba bien la idea de cómo me sentía. Él levantó una ceja.

—¿Es para la paciente de la cama treinta? —me preguntó frunciendo el ceño.

Miré la ampolla. ¡Mierda! Había cometido un error. No era un analgésico sino un

antibiótico.

—No estás lo suficientemente concentrada para trabajar, Gemma.

Tenía razón. ¿Cómo pude haber estado tan distraída como para tomar la medicación equivocada? No tenía justificación.

—Perdóname, ¿puedes hacerlo por mí? —balbuceé. No esperé una respuesta y salí corriendo de la habitación con los ojos ahogados en lágrimas.

No podía vivir, no así. Recorrí el pasillo con la cabeza gacha, mirando los uniformes de los demás compañeros que caminaban en dirección contraria a mí, sin tener el valor de levantar la vista. El paso era tan rápido que estaba convirtiéndose en una carrera. Sentía que me ahogaba.

Me encontré frente a las puertas batientes de la capilla. Las empujé y entré. Me quité las gafas y dejé escapar un suspiro para tratar de hallar algo de alivio a esa tremenda opresión que sentía en el pecho. Estaba sola. La penumbra del pequeño ambiente estaba iluminada únicamente por velas y la luz roja al lado del sencillo altar. Poco a poco mi respiración recobró su ritmo regular y me sequé las lágrimas.

Había un tiempo para sufrir y uno para reaccionar. Excepto que, yo al tiempo de reaccionar no llegaría, moriría antes. El tiempo de sufrir me absorbería dejándome sin fuerzas, sin vida. Había tomado un riesgo, había hecho una apuesta y había perdido.

Solo que, ojalá hubiera perdido únicamente yo. Llevaba una criatura en mi vientre. Estaba embarazada de Víctor y él no lo sabía. No lo sabía porque se lo había ocultado.

Después de nuestra primera pelea a causa de sus secretos, me había guardado la noticia, prometiéndome revelárselo en nuestra noche de bodas. Pero mi vida se había desmoronado. Ahora yo también custodiaba un secreto, aunque el mío era de una naturaleza completamente diferente. Era algo de lo que alegrarse. ¿Qué haría con el bebé? Me toqué el vientre. LLegaría un momento en el que tendría que decírselo y, entonces, ¿qué pasaría? Víctor nunca aceptaría hacerse a un lado. Lucharía con todas las armas a su alcance para tener a su hijo. Incluso me lo arrebataría, si fuera necesario.

Me estremecí ante ese pensamiento y curvé mi espalda.

Pasaron unos minutos en los que busqué un poco de paz intentando no pensar en nada. Era extraño no tener perspectivas, sólo un agujero negro en el interior.

Respiré hondo y reuní las pocas fuerzas que tenía para salir de la capilla y al menos terminar mi turno, sin dañar a ningún paciente.

Al salir de la capilla fui literalmente embestida por una camilla que era llevada rápidamente hacia el final del pasillo, el que conducía a urgencias.

Alguien del pequeño grupo que la escoltaba me llamó, tal vez fuera el médico.

—Enfermera, rápido, al box dos.

—Sí —respondí prontamente— ¿qué tenemos?

Lo ideal para distraerte de tus pensamientos era trabajar.

—Un imbécil que se pegó un tiro en la rodilla.

Capítulo 8

Mya

—¡Se trata de una farsa, Kenneth, basta! —Siseé venenosamente a un palmo de su cara. Estábamos en la calle, bajo el rascacielos del notario Carletti. Su rabia no había mermado, al contrario, era como si un viento hubiera soplado sobre las cenizas azuzando las brasas. Sus ojos transparentes destilaban una furia que sólo le había visto en los peores momentos, las venas de su cuello palpitaban peligrosamente.

—Me importan una mierda las maniobras de tu padre, que incluso muerto intenta separarnos. No volverá a suceder.

Vi que mis primos abandonaban el edificio justo cuando nosotros estábamos en plena discusión. Aunque a la distancia, podía distinguir los rostros de ambos, satisfechos y presumidos. Esperé a que se hubieran alejado lo suficiente para seguir discutiendo con Kenneth. Porque de eso se trataba, de una escena en toda regla.

—No se trata de lo que yo quiero o de lo que tú quieres. Se trata de conveniencia y deberías estar más familiarizado que yo con esto.

—Nunca entregaría a mi esposa por ningún motivo de conveniencia.

Sus ojos de hielo me buscaron y me hicieron pedazos sin piedad. Su respuesta inmediata, lista, me dejó sin palabras. Creía que ni siquiera me estaba escuchando, ofuscado por la furia como estaba. Sin embargo, había prestado atención a mis palabras y las estaba contrarrestando una tras otra.

—No estoy entregando nada, Kenneth, ni a ti, ni a nuestro matrimonio. Sólo quiero recuperar a mi familia. Es todo mío, ¿lo entiendes, Kenneth? ¡No puedo dejárselo a ellos!

No estaba segura de que lo entendiera. La familia Caruso siempre había sido completamente suya. Nunca había tenido que luchar para liderar. Nadie nunca había discutido su autoridad. Y, si

durante un tiempo no había estado en el centro de las actividades, había sido su elección. Había delegado en Víctor lo que él no se sentía capaz de asumir.

No podía entender lo que sentía.

Kenneth no respondió y siguió mi mirada. Se dirigía a mis parientes que se estaban subiendo a un sedán negro.

Nosotros también nos subimos al Lamborghini sin abrir la boca. El trayecto en coche fue casi insoportablemente silencioso. Era una calma aparente, en realidad estaba llena de amenazas, como una nube negra que sólo podía traer tormenta. Llegamos a Henderson, a Villa Caruso y bajé del coche dando un portazo.

El viaje me había dado la oportunidad de reflexionar sobre lo que había sucedido. No tenía que pedir permiso para hacer nada. Era mi vida y yo era perfectamente capaz de decidir. Si hubiera sido al revés, nadie hubiera pretendido lo mismo de Kenneth. Era capaz de sacar adelante mi matrimonio y al mismo tiempo de tomar mi lugar en la cima de la familia Leone.

Caminé directamente hacia casa sin preguntarme si Kenneth iba detrás de mí.

Estaba demasiado furiosa para seguir discutiendo.

La casa parecía desierta, de hecho lo estaba. Subí la escalera, corrí hacia nuestro dormitorio y desde allí directo al vestidor. Saqué mi maleta y comencé a llenarla. Ni siquiera sabía lo que estaba metiendo, simplemente arrojaba prendas a la buena de Dios. Lo único que sabía era que, a pesar de lo que Kenneth pensaba, tampoco yo estaba dando saltos de alegría por esa situación. Yo también estaba enfadada con mi padre, que una vez más había puesto patas arriba mi vida y la había complicado más allá de lo imaginable. Pero no acabaría como él preveía, porque encontraría la manera de cambiar las cosas a mi favor. Kenneth debería comprenderlo, apoyarme, ayudarme en esa batalla para vencer la guerra. ¿Por qué le costaba tanto entenderlo?

Había transcurrido apenas un cuarto de hora, durante el cual me había calmado parcialmente. Había terminado de llenar la maleta con menor exaltación y mi respiración se había regularizado. La cabeza me estallaba pero estaba decidida a mantenerme firme. Por primera vez en mi vida tenía un objetivo que alcanzar y no desistiría hasta tomar las riendas de

mi familia. Entonces, todo se arreglaría.

Al volverme vi a Kenneth apoyado con un hombro en el marco de la puerta. Era inmenso y la llenaba prácticamente por completo. Tenía un vaso en la mano. Hacía siglos que no bebía por la mañana, aunque era casi la hora del almuerzo, y eso no me gustó nada. Olvidé por un momento la maleta y avancé unos pasos en su dirección, lentamente. Kenneth me dejó hacerlo sin mover siquiera un músculo. Era como si me estuviera desafiando a acercarme. Tenía el aspecto de quien está hambriento. Hambriento y cabreado. Como una mona.

Le quité el vaso de las manos y me incliné para colocarlo sobre la cómoda. Luego tomé su rostro y lo atraje hacia mí. Su cuello estaba tenso y tuve que ponerme de puntillas para rozar sus labios con los míos. Eran suaves pero se mantenían cerrados. Estaba enfadado, furioso. Pero su cuerpo era algo completamente diferente y lo sabía. Era territorio mío, una fortaleza que sólo yo podía doblegar. La sangre comenzó a correr más rápido por mis venas mientras me presionaba contra su rígido cuerpo. Había decidido ponerme las cosas difíciles. Pasé mi lengua por la ranura de su boca cerrada y se le escapó un ligero gemido. Involuntario.

—No nos pasará nada —susurré contra sus labios.

—Lo prometo —agregué suspirando, antes de que Kenneth abriera la boca y me absorbiera en un beso de esos que me sacaban todo de la cabeza. No dijo nada, sólo bajó su boca hasta mi cuello y luego abrió mi camisa dejando al descubierto mi pecho. Lo sacó del sujetador de encaje y me chupó. Adoraba cuando se arrodillaba para hacerlo, para llegar a mi altura y luego bajar entre mis piernas. Pero esa vez no lo hizo. Después de alejarse de mí, se desabrochó los pantalones y los bajó, quedando desnudo y erecto ante mis ojos. Lo miré. Sus labios estaban brillantes por nuestro beso, sus ojos transparentes ardían y el tatuaje en su cuello se movía cada vez que tragaba. Sabía lo que quería. Me arrodillé y le di placer con mi boca y con mis manos. Al contrario de lo que siempre sucedía, Kenneth no emitió ni un sonido. Con la boca llena de él, levanté la vista para espiar su expresión y lo pillé con la cabeza inclinada hacia abajo viendo a su miembro desaparecer entre mis labios. Los suyos, sus labios, estaban atrapados entre sus dientes, para no dejar escapar ni siquiera un gemido de placer. En ese momento él era mío pero no

completamente mío. Estábamos compartiendo nuestros cuerpos, pero no nuestras almas. Me dolía pero tenía que aceptarlo.

Kenneth me levantó con la fuerza de sus brazos y me llevó hacia la cama. Hizo que me inclinara hacia delante con gestos parcos y silenciosos y, en esa posición, me bajó los pantalones. No era común que lo hiciera así. Solía perderse entre mis piernas hasta hacerme gozar, antes de hacer el amor. Pero no ese día. Entrecerré los ojos, un poco por la excitación y un poco por el miedo. Con los párpados cerrados, sentí una suave caricia entre mis labios íntimos. Estaba comprobando si estaba lista. Una pequeña consideración que hizo que mis ojos escocieran por la emoción. Pero la ternura duró poco. Al momento siguiente Kenneth estuvo dentro de mí y se empujó rápidamente hasta el fondo. Me quedé sin aliento. Una embestida, luego otra y otra más. Kenneth tomó un ritmo veloz, el que él quería. Tras la sorpresa inicial, me di cuenta de que era lo que yo también quería. Me agarró por las caderas de forma ruda y comenzó a moverse dentro de mí con dureza, una dureza que hizo que me derritiera por dentro. Sentí que lo necesitaba y que no hubiera querido otra cosa en ese momento. Estaba segura de que no metería su mano entre mis piernas para hacerme llegar primero al orgasmo, lo haría yo. Sin embargo, sucedió algo sorprendente e inesperado. Sentí que su volumen aumentaba cada vez más dentro de mí. Esa vez no me daría la prioridad como siempre, lo sentía. Tomaría su placer primero. Pero fue en ese preciso momento cuando sentí una sensación devastante creciendo en forma inesperada y, unos instantes después, fui arrasada por un orgasmo abrumador, justo cuando oía los jadeos que marcaban el fin de su placer.

***

Kenneth llevó mi maleta al coche y la cargó en el maletero. Lo cerró con tanta fuerza que temí que pudiera sacarlo de sus goznes. Durante toda esa operación nunca me miró, ni una vez. Después del sexo habíamos vuelto a vestirnos sin hablar. Había sido extraño. Satisfactorio, quizás una de las veces en las que había experimentado las sensaciones más fuertes. Pero, si nuestros cuerpos habían estado muy cerca, no podía decir lo mismo de nuestras almas.

—Hablamos esta noche —susurré besándolo. Me dejó besarlo pero no respondió. Subí al

coche, sola, consciente de que esa noche no volvería a casa.

Casa. Por el momento ya no debería considerar a Villa Caruso como tal.

Ver su figura hacerse cada vez más pequeña a medida que me alejaba fue una de las pruebas más dolorosas que jamás había tenido que soportar. Me obligé a no llorar.

Capítulo 9

Kenneth

El coche de Mya desapareció más allá de la cancela. Mi estómago se puso duro como una roca mientras un sentimiento de impotencia que no podía controlar se apoderaba de mí. Mya quería hacer las cosas a su manera y podía entenderlo, aunque no podía aceptarlo. Mi manera hubiera previsto una emboscada esa misma noche a los dos imbéciles de sus primos, garrote incluido, para poner fin a sus miserables vidas. Esa era la única forma de tomar el poder, no había otras.

El testamento del viejo me importaba un pimiento. Tenía tanto patrimonio propio que no necesitaba nada más. Ni dinero, ni negocios. Podría haber ayudado a Mya a coger su porción de poder de ese modo "no convencional". A quién le importaban, después de todo, los convencionalismos. Excepto que ella nunca lo habría aceptado. A pesar de que estaba involucrado en la partida, no era el único jugador. Mi esposa quería hacer las cosas de una manera diferente y yo no podía hacer nada más, excepto ceder.

¡Pero, joder, era complicado! Entré nuevamente en la casa, fui directo hacia mi estudio.

Me detuve frente a la habitación donde Rachel trabajaba todas las mañanas. Puse una mano en la puerta. Mierda, echaba de menos a mi abuela, demasiado. Echaba de menos todo de ella, incluso sus reproches. Especialmente sus reproches. Pero Víctor y yo la estábamos manteniendo vigilada, lo mejor que podíamos. Después de todo, también ella era del tipo de persona que no aceptaba que le dieran órdenes y no podríamos haber empezado a hacerlo a su edad.

No teníamos certezas absolutas sobre su paradero pero por las últimas noticias que habíamos recibido era probable que estuviera en Australia. ¿Qué coño había ido a hacer allí? Víctor parecía sospechar algo pero no quería hablar de ello. En ese momento había problemas

peores que afrontar, tanto para mí como para él.

Seguí hasta mi habitación y traté de concentrarme de lleno en el trabajo para no pensar en qué estaría haciendo Mya, lejos de mí.

***

Eran las ocho de la noche y había mirado mi teléfono como mínimo veinte veces. Lo había ubicado en el escritorio junto al ordenador, de manera que pudiera verlo bien. Le había enviado varios mensajes a Mya y luego la había llamado, pero no había habido ninguna respuesta. Ese silencio estaba haciendo que me saliera de mis casillas. No tenía un carrito de licores en mi oficina, tal vez había llegado el momento de hacer que trajeran uno. Tomé el teléfono, salí de la habitación y recorrí todo el corredor, hasta el vestíbulo, luego de nuevo el pasillo que conducía al estudio de Víctor. Entré.

Estaba vació. Extraño no encontrarlo allí. Después del desastre que había ocurrido con Gemma, pensé que pasaría sus días allí dentro trabajando y bebiendo. Me serví una dosis generosa de licor y tomé un largo sorbo. Mi estómago ardía con una sensación familiar y al mismo tiempo casi olvidada.

El teléfono sonó en mi bolsillo. Ahí estaba, finalmente podía escuchar a Mya.

No, joder, no era ella, era Víctor.

—¿Si?

—Kenneth.

—¿Qué sucede?

—Estoy en la clínica Nevada Health Centers.

—Gemma se convenció de darte una oportunidad. Bien por ti.

—No precisamente.

—¿Qué significa eso?

—Que estoy aquí como paciente.

—¿Estás herido? —¿Una emboscada? Mi corazón pareció detenerse por un momento, mientras mi mente viajaba rápidamente entre los peores escenarios.

—Nada parecido. Me disparé en una rodilla y pedí que me trajeran aquí.

No estaba seguro de haber oído bien.

—¿Qué coño hiciste?

—No contestaba al teléfono y se hacía negar. Era la única forma de verla, pero aún tengo que hablar con ella. Estoy en la sala de espera y el analgésico está haciendo efecto.

—Joder, Víctor, ¿perdiste la cabeza? ¿No había otra manera?

—No, pero no te he llamado por eso. De Blasio me llamó para darme la noticia.

Pasé una mano por mi cara. Durante cinco segundos había conseguido no pensar en ello, distraído por la enorme idiotez de la que mi hermano había sido capaz. Pero inmediatamente me asaltaron el sentimiento de angustia y la rabia.

—No tuve tiempo de advertirte. Mya se marchó a la hora del almuerzo…

Y he estado como un idiota esperando su llamada toda la tarde, mirando fijamente mi teléfono. No tuve fuerzas para hacer nada, excepto esperar a que me llamara.

—¿Cómo pensáis manejar esto?

Buena pregunta. Mya lo estaba manejando a su manera, una manera que me estaba volviendo loco.

—Mya dice que tenemos que ganar tiempo y cumplir con lo que el testamento estipula. Por el momento hizo la maleta y se marchó a Paradise.

Víctor no hizo comentarios. Conociendo a mi hermano, no estaba muy feliz y no me diría que era un buen plan sólo para consolarme.

—¿Habéis hablado del desastre que hizo Magdalena?

La voz de mi hermano se volvió cavernosa. —Le dije que esa mujer nunca más debía acercarse ni a mí ni a mi familia, de lo contrario la estrangularé con mis propias manos.

No dudaba de que sería perfectamente capaz de cumplir la promesa.

—Más que generoso de tu parte.

—Trajo sus disculpas, por lo que pueden valer, y dijo que le ha cortado los víveres. Pero no confío en ellos. Anoche mismo habrán descorchado una botella de champagne, seguramente.

—Franck De Blasio y su hijo Russel son aliados de los Leone. Tienen los ojos puestos en la mina de Cortez, quieren una gran tajada y esperan conseguirla con el apoyo de los Leone. Dicen que están de nuestro lado pero, en lo que a mí respecta, están jugando un doble juego. Quieren debilitar a nuestra familia en varios frentes. —Estaba seguro de ello, habría puesto ambas manos en el fuego por esa hipótesis.

—No lo conseguirán.

Cuando colgué el teléfono sentía que hervía de rabia. Volví rápidamente a mi estudio y saqué del cajón pistola y silenciador. Miré mi teléfono una última vez, sólo para comprobar que no había llamadas ni mensajes.

Cogí las llaves del Lamborghini y conduje hacia Paradise. Mientras devoraba la carretera pensé en todo lo que podría haber impedido que Mya me llamara.

Cuanto más lo pensaba, más llegaba a la conclusión de que había sido un estúpido al quedarme de brazos cruzados esperando una llamada. Quise secundar sus deseos para no volver a discutir, pero debería haberme impuesto. Imaginé que le habían tendido una trampa tan pronto había llegado. Eliminarla hubiera representado una gran ventaja para ellos. El patrimonio de los Leone habría ido a parar a manos de esos dos apestosos primos, sin ningún otro obstáculo. Sentí que un río de sudor frío bajaba por mi espalda.

Aceleré.

Si hubiera llegado tarde, nunca me lo habría perdonado.

Si pensaba que había desperdiciado una tarde entera trabajando en mi estudio, cuando podría haber hecho algo, ¡cualquier cosa! ¡Comprobar personalmente, enviar a alguien a hacerlo! Había estado tan cegado por el dolor y el orgullo que no me di cuenta de las implicaciones de ese gesto imprudente de ir sola a ese nido de serpientes.

***

No me descubriría entrando por la puerta principal. Dejé el coche estacionado a una distancia prudencial y me adentré en el bosque adyacente a la propiedad. Era de noche y lo poco que se podía ver era gracias a la luz de la luna. Llegué hasta el muro perimetral. Examiné mi

arma y trepé. Los perros no ladraron y eso me alegró, de lo contrario, a mi pesar, tendría que haberlos eliminado para no arruinar la sorpresa. Avancé furtivamente por la parte posterior de la propiedad. Había hombres en el sector trasero. Eran dos y estaban fumando y riendo. Lancé una piedra lejos de donde me encontraba para llamar su atención. La trampa funcionó y logré atraparlos por detrás. Dejé fuera de combate a uno rodeando su cuello con mi brazo, mientras que al otro le apunté con mi pistola.

—Si respiras, te conviertes en fertilizante.

Solté el cuerpo inerte de su compañero. Al que se había rendido le di un golpe con la culata del arma, haciendo que se desplomara en el suelo. Ambos dormirían un largo sueño. Me acerqué a la puerta trasera. Estaba abierta. Había estado en esa casa varias veces en tiempos de mi compromiso relámpago con Mya, sabía cómo moverme. Llegaron voces desde el salón principal. Típicos sonidos de vajilla. Se estaba celebrando una cena.

Hice mi entrada con el brazo extendido y la pistola en posición horizontal.

Todos los que estaban presentes y sentados en la mesa se giraron hacia mí y desenfundaron sus armas.

Mis ojos parecieron sangrar mientras enfocaba la escena y mi estómago hirvió con una sensación de desconcierto que nunca antes había experimentado.

Mya estaba en la cabecera de la mesa, con una copa en la mano, levantada, y… se reía. Al menos hasta que me vio aparecer. Junto a ella estaba Russel De Blasio y su padre Frank. Luego, sus dos primos: Mitch y John Leone. Completaban el cuadro otros dos hombres elegantemente vestidos a quienes no conocía.

Yo, con el brazo extendido y la pistola apuntada, de repente me sentí ridículo. Lo bajé. Igualmente me sentí ridículo mientras una sensación de rabia, vergüenza y frustración me cubría de pies a cabeza.

—Kenneth, ¿qué estás haciendo? —Mya se puso de pie, dejó su copa sobre la mesa y vino hacia mí. Su voz fue como un disparo directo al corazón.

Las palabras murieron en mi garganta.

Creía que estabas en peligro, creía que te habían matado, creía que no llegaría a tiempo para encontrarte con vida.

Fue De Blasio quien intervino, Russel.

—¿No crees que es la forma incorrecta de respetar los acuerdos, Kenneth?

Sus palabras llenas de sentido común fueron tan bienvenidas por mí como el chirrido de unas uñas en una pizarra. Lentamente me giré hacia él, el enojo era tanto que ni siquiera podía enfocarlo bien.

—Tú no tienes una mierda que ver con nuestros acuerdos —respondí esforzándome por mantener quietos mis brazos, además de mi voz.

El hecho de que estuviera cerca de Mya lo convertía en candidato a recibir un balazo en la cabeza.

—No puedes venir aquí y…

Mya interrumpió a su primo antes de que continuara ese discurso suicida.

—¿Me permitís un momento? Necesito hablar con Kenneth a solas.

Hubo un murmullo confuso. Sillas que se arrastraban en el suelo, hombres que se alejaban de la habitación, dejándonos a mi esposa y a mí algo de privacidad.

—Kenneth, ¿se puede saber en qué estabas pensando? ¡Presentarte aquí, armado con una pistola! ¿Estás loco?

—No estoy loco. ¿Por qué no contestas a mis llamadas?

Su expresión se endureció, como si no me debiera explicaciones.

—Tuve cosas que hacer. Iba a llamarte después de la cena.

Era la respuesta más absurda e inadecuada que alguna vez hubiera escuchado. A pesar de eso, me esforcé por mantener una pizca de calma.

—Trata de encontrar algo de tiempo para tu marido también, considerando todo lo que está ocurriendo.

Puso sus manos en sus caderas.

—Eres ridículo, ¿no te das cuenta de lo que estoy enfrentando?

Sus palabras eran tan absurdas que me costó trabajo encontrar una respuesta coherente. —¡Me doy cuenta de que vengo aquí para ver si estás viva o muerta y te encuentro bebiendo y brindando con tus familiares y con los De Blasio, que arruinaron la boda de Víctor!

—Pidieron disculpas, fue todo una iniciativa personal de Magdalena, ya están tomando medidas.

—¿Qué harán? ¿Enterrarla viva? Ni siquiera eso sería una compensación suficiente.

—Kenneth, ¿crees que es fácil para mí?

—Me parece que sí.

La sangre hervía en mis venas. No me importaba si para ella era fácil o difícil. Simplemente sabía que estaba mal, de principio a fin, y eso era todo.

—Encontraremos otra manera de conseguir lo que quieres, pero ahora vuelve a casa conmigo, Mya.

No le suplicaría, pero quería que volviera conmigo. A mí. No podía soportar la idea de dejarla ahí, con esos hombres, lejos de mi cama y lejos de mí. Era peligroso, imprudente, contrario a todo principio moral.

—No regresaré, Kenneth. Tengo que acabar lo que comencé. Y no vuelvas a venir con la modalidad que has usado esta noche, de lo contrario me veré obligada a tomar decisiones más dolorosas. Lidero otro clan, que no es el de los Caruso, y tengo que defenderlo. Ya no puedo permitirte hacer lo que hiciste esta noche.

Por un momento me faltó el aire.

Amenazado por mi esposa, por la persona que más me importaba en el mundo. Y lo más ridículo era que, si yo hubiera querido, podría haberle hecho daño en diez segundos. Si tan solo hubiera querido. Lo sabía yo y lo sabía ella. No quería pelear conmigo, ambos sabíamos que perdería. Quería mi capitulación, completa, absoluta y total.

Excepto que yo no estaba listo para capitular, nunca lo estaría, lucharía con todas mis fuerzas y con todas las armas que tenía a mi disposición, convencionales o no.

Le di la espalda y me fui, saliendo por la misma puerta trasera por la que había entrado.

Mya me estaba tratando como a un enemigo, no me quedaba más que regresar a casa.

Capítulo 10

Gemma

Estaba detrás de la puerta de su habitación y, aunque no hubiera querido, habría escuchado de todos modos la voz profunda y autoritaria de Víctor.

—Quiero ver a la enfermera Gemma Martin.

—No está asignada a esta área, señor Caruso.

—No me importa, maldita sea. Asignadla a esta área, de inmediato, mejor dicho asignádmela a mí.

—Tiene que hablar con el director. —El tono de Kara había vacilado ligeramente. Podía comprenderlo e incluso sentía pena por ella. Era una chica bastante cerrada e insegura, no era justo que Víctor se dirigiera a ella de esa manera, intimidándola.

—Hablaré con mucho gusto con él. ¿Cómo se llama usted?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Kara, señor.

—Kara, le conviene escucharme. Haga que el director me llame al teléfono.

—Iré ahora mismo, señor Caruso.

Kara salió de la habitación.

—¿Qué sucede? —pregunté, aunque ya lo sabía. Era Kara quien parecía ser una de las pocas que quedaban sin saber que Víctor y yo habíamos estado a punto de casarnos tan solo la noche anterior. Kara con frecuencia estaba por su cuenta, era amable con todos pero no tenía amigos en la clínica.

—El paciente con el proyectil en la rodilla es una persona insoportable. Te quiere a ti. Quiere hablar con el director. Tiene el aspecto de alguien que no amenaza en vano.

—Iré, no te preocupes. No hay necesidad de que llames al director, ya me encargo yo.

Abrí la puerta sin estar mínimamente preparada para el encuentro. No quería ver a Víctor pero no podía permitir que hiciera lo que quisiera en mí clínica. De acuerdo, no era mi clínica, más bien podría haber sido suya, considerando que era uno de los principales financistas y que el director lo había obedecido ciegamente cuando le pidió que me despidiera. Pero no podía soportar ese tipo de manipulación. Mejor enfrentarlo.

—¿Has terminado con esta actuación?

A mi pesar, ver a Víctor fue un golpe inesperado al corazón. Si pensé que poner distancia física entre nosotros habría sido suficiente para olvidarlo, quedaba confirmado que había sido una verdadera ingenua.

No olvidarlo, no pretendía tanto, pero al menos atenuar el efecto que tenía en mí. No fue así. Las consecuencias de aquel encuentro tuvieron repercusiones devastadoras en todos los propósitos que me había formulado hasta ese momento. Tenía la camisa desabotonada sobre el pecho lleno de vello oscuro. La tela de los elegantes pantalones había sido cortada a la altura de la rodilla, para dejarla al descubierto. La rodilla era un desastre. El vendaje estaba empapado de sangre y no tenía dudas de que a pesar de los calmantes, le dolía. Tendría que afrontar una cirugía en poco más.

Me miró como si mi regaño fuera un cumplido o una caricia. Una sonrisa se extendió lentamente por su rostro, una sonrisa encantadora, llena de complacencia. Si creía que bastaría protestar un poco para hacer que corriera a él, estaba muy equivocado.

No tenía intenciones de darle más oportunidades.

—Ya vienen a buscarte para la cirugía.

—¿No vas a estar allí tú también?

—No me ocupo del quirófano —farfullé mientras salía y cerraba la puerta a mis espaldas. Mi corazón latía enloquecido, estaba completamente a merced de él, del poder que ejercía sobre mí, de ese maldito encanto que me había cautivado desde el primer día y que aún continuaba atándome a él. Era obvio que no había terminado con la escena. Acababa de empezar. Si no

hubiera estado más que decidido a ganar, nunca se hubiera pegado un tiro en la pierna.

Respiré.

No moriría con esa clase de herida y también estaba segura de que había apuntado bien. Suficientemente bien para no hacerse papilla la articulación y quedar inválido, pero lo suficientemente bien para ser operado. Era un paciente como cualquier otro. Ese expediente no le serviría para acercarse a mí, ni para moverme a la compasión.

Me lancé de lleno al trabajo, intentando no pensar que estaba a punto de entrar al quirófano. Era una intervención sencilla, bastaría una hora para remover el proyectil. Hice mi ronda de pacientes, dos veces seguidas, para mantenerme ocupada. Después de dos horas de actividad casi frenética, Kara vino de nuevo a mí con expresión derrotada.

—El señor Caruso salió del quirófano y fue trasladado a la habitación privada del segundo piso.

—Bien —comenté secamente. En lo que me concernía, él podría irse a una clínica privada de lujo y quedarse allí.

—Fui a comprobar cómo se encontraba pero te quiere a ti.

La vergüenza me abrumó.

—No sé cómo hacerlo entrar en razón.

La interrumpí, ansiosa por poner fin a esa conversación. La pobre Kara no tenía por qué sufrir las consecuencias del carácter despótico de mi fallido marido.

—No te preocupes, yo iré.

Cogí las escaleras, necesitaba moverme para calmarme. Recorrí el pasillo y me detuve frente a la puerta de la única habitación paga ocupada en ese momento. Respiré hondo. Víctor era testarudo. Y podía ser un bastardo.

Debía olvidar que habíamos sido pareja. Debía ser fría y distante.

Abrí la puerta e inmediatamente mi determinación se derrumbó.

Estaba recostado en la cama, de cara a la ventana. La habitación era mucho más cómoda que aquella a la que había ido a buscarlo previamente, daba casi la impresión de estar en un hotel

discreto. Víctor ya no llevaba su ropa sino una simple camiseta negra que lo hacía más sexy que nunca. En lugar de los elegantes pantalones de vestir cortados tenía calzoncillos suaves que dejaban al descubierto sus piernas. El vendaje, limpio y cambiado, rodeaba la rodilla. Sus rizos negros estaban algo desordenados y sus labios ligeramente fruncidos. Kara debía haberlo ayudado a quitarse la bata quirúrgica y a vestirse.

—Necesitas que te midan la temperatura y la presión arterial y deberás hacerlo con Kara. No seré tu enfermera.

Pronunciar esas palabras me pareció absurdo incluso a mí. Mientras lo decía, sentía que no tenían significado, que era la mentira más grande que jamás podría haber dicho. Debería haber sido mucho más para él en ese momento, si las cosas hubieran salido como debían. Si nuestra boda no se hubiera ido al garete trágicamente, en ese momento podríamos haber estado revolcándonos en la cama, satisfechos y felices. Él también debió pensar lo mismo; lo revelaban sus ojos oscuros, nublados de deseo y posesión.

—No quiero a Kara, te quiero a ti.

Respiré hondo para ahuyentar la potencia de los sentimientos y las sensaciones que esa frase evocaba en mí.

—Lo que quieres dejó de ser importante en el momento en que decidiste que mentirme sería la mejor táctica para sacar adelante nuestra relación.

—No te mentí. —Su voz no vaciló y sus ojos nunca dejaron los míos.

Tragué, presa de un dolor que desgarraba mi alma.

—¿Cómo lo llamas, omitir la verdad?

—Gemma, hay tantas cosas que aún no sabes de mí, que no por eso deben considerarse mentiras. Ambos tenemos una vida que pertenece a un pasado que no podemos cambiar.

Detuve esa conversación que amenazaba con abrumarme. —¡No trates de manipularme, Víctor, concebiste un hijo con esa mujer! ¿No crees que tenía derecho a saberlo? —Pronunciar esas palabras en voz alta fue como darle forma a una pesadilla, hizo que nuestro drama fuera condenadamente real. Sentí que mis ojos se ahogaban en lágrimas, aunque lo último que deseaba

era llorar.

—No es como dices. Lo haces parecer la decisión de formar una familia y ese no es el caso. Fue un accidente en el camino. Y el embarazo se resolvió solo, Magadalena abortó espontáneamente. Todo esto incluso antes de que nos conociéramos.

Me pellizqué el puente de la nariz y cerré los ojos para recuperar un mínimo de calma.

—¡Pero tú le pagaste para que nunca me lo dijera!

¿Cómo no podía comprender la gravedad de ese gesto?

—No quería hacerte sufrir.

—Y no pensaste que podía sufrir aún más, pensando que habías confabulado con ella a mis espaldas.

—Creí que nunca lo descubrirías. Creí que no serviría de nada que supieras algo así. Sólo quería mantenerte a salvo.

Al menos era sincero. Pero no era suficiente, no para mí. No era ese el tipo de protección que estaba buscando, no quería que me mantuviera a salvo con mentiras.

—No funciona así, entre dos personas que deciden estar juntas, casarse…

Un repentino ataque de náuseas me asaltó. Sentí el irresistible deseo de vomitar. Miré a mi alrededor buscando una vía de escape, al tiempo que mi estómago continuaba rebelándose. Encontré refugio en el pequeño baño de la habitación y fui directo al váter. Un par de arcadas fueron suficientes para aliviar mi estómago. Cuando me levanté, la imagen que me devolvía el espejo era la de un rostro pálido, los ojos enrojecidos y con círculos negros a su alrededor.

Me enjuagué la cara, la sequé con una toalla y regresé a la habitación de Víctor luciendo la mejor expresión indiferente que tenía a mi disposición.

—Debo haber comido algo que me sentó mal anoche.

Inmediatamente me arrepentí de esa necesidad de justificarme. Víctor había salido de mi vida o mejor dicho, me estaba esforzando para hacerlo salir de mi vida y de mi corazón y mentir de una manera tan torpe me había hecho sentir avergonzada incluso conmigo misma.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Sus palabras, pronunciadas con deliberada calma, cayeron como rocas, anclándome a una realidad para la que no estaba preparada.

—¿Qué? —chillé.

—¿Que estás embarazada? —replicó lentamente pero sin apartar sus ojos de los míos.

Se me secó la boca y mi cabeza empezó a dar vueltas.

—¿Cómo se te ocurre algo así?

La mirada que me dirigió fue dura y seria. Él sabía. Tuve la certeza de ello en ese preciso momento. Sus ojos negros revelaban que sabía que esperaba un hijo de él.

—Tuvimos sexo todos los días, Gemma, y yo soy un tipo muy atento. A estas alturas deberías conocerme. —Fue lapidario. Tanto que me quitó el aliento y al mismo tiempo también las fuerzas para mentir de nuevo. Me senté en el borde de la cama, no pude evitarlo. Si no hubiera encontrado un sostén, me habría desplomado en el suelo.

Lo notó. Que no tuve mi período. Lo notó y no me dijo nada. Pero él sabía. Siempre lo supo.

Me temblaron las piernas incluso estando sentada.

—Estaba buscando el momento adecuado, antes de que esto sucediera. —Era la verdad.

Víctor no estaba sorprendido. Simplemente estaba siendo frío. Había tenido tiempo y oportunidad de digerir esa noticia. De repente me sentí golpeada por una extraña sensación. No era esa la forma en la que había soñado con decirle que esperábamos un bebé. No era esa la atmósfera que había en mis sueños. Todo estaba mal. Y no era justo, yo merecía más, mucho más.

—Sabes que esto cambiará todo entre nosotros. Ahora más que nunca no puedo dejarte ir, Gemma. Lo entiendes, ¿verdad?

¿Lo entendía?

Lo temía, eso sí, pero entenderlo no.

La idea de que me considera de su propiedad me encendió de furia. Yo no lo era. Yo era mía y el niño que llevaba dentro de mí no era algo con lo que él pudiera atarme.

—Inténtalo —le dije mirando a esos ojos negros que de repente ya no me parecían solo seductores sino también peligrosos y despiadados.

Su reacción fue la más absoluta frialdad. Víctor tenía el poder de transformarse en mi peor enemigo, el que todos sus adversarios temían.

—No solo lo intentaré sino que lo conseguiré, puedes estar segura de ello.

Capítulo 11

Víctor

La cirugía había sido un pequeño efecto secundario de todo ese asunto.

El niño era lo que más me importaba. Y con él, Gemma.

Había notado de inmediato que su ciclo había sufrido una demora, así como había notado que el retraso se había prolongado. Pero la sospecha no era una certeza. Se había convertido en tal esa tarde, cuando había corrido a vomitar en el baño de mi habitación en la clínica. Y luego se había apresurado a convencerme de que había tenido una indigestión.

Un hijo cambia tu perspectiva, en muchas cosas. En todo. El matrimonio se volvería indispensable. Mi hijo crecería dentro de una familia legítima, verdadera y respetada. El hecho de que Gemma ya no me quisiera en su vida era sólo un obstáculo a superar y yo lo superaría.

Tocaron suavemente a la puerta.

—Adelante —troné.

Deseaba que fuera Gemma, con todas mis fuerzas. La echaba muchísimo de menos. No sólo su presencia sino su amor. El sentimiento que tenía por mí era una energía que me permitía seguir adelante. Sin ella, era como una planta privada de la luz. Estaría destinado a marchitarme en espíritu. Pero no podía ser Gemma, ella no llamaría, abriría la puerta y entraría hecha una furia insultándome. Y yo la dejaría hacerlo porque aceptaría todo de ella.

Levanté la mirada y sentí una dolorosa desilusión.

Apareció la última persona que hubiera esperado ver en esas circunstancias. Eric Preston, con su esposa Bárbara.

Bárbara pasó inmediatamente junto a él y vino a la cabecera de mi cama para besarme. Una estela de perfume floral me embistió, al tiempo que una nube de cabellos blancos y suaves entraba en mi campo visual.

—¡Víctor! ¿Pero cómo es posible? ¡Manejas armas desde hace tanto tiempo y accidentalmente dejaste escapar un disparo!

Bárbara no era una mujer ingenua. Vi brillar en el fondo de sus ojos una chispa de malicioso entendimiento. Lo sabía pero no iba a avergonzarme. Le agradecí ese gesto de misericordia hacia mi orgullo herido.

—Demasiado estrés juega malas pasadas —respondí.

Miré a Eric que estaba detrás de ella. Mi otrora amigo y aliado parecía encontrarse de nuevo en buena forma. Había adelgazado y llevaba una barba apenas visible en el rostro que durante toda mi vida había visto rasurado. Algo había cambiado también para él.

—Hola, Víctor.

—Eric, me da gusto verte mejor.

Sondeé el efecto que mis palabras tuvieron en él. Era importante para mí saber de qué lado estaba y el hecho de que se encontrara allí era una prueba de que pronto lo descubriría. Eric se sentó y dejó que Barbara me contara todos los cotilleos que circulaban acerca de mi fallida boda. Alguien había aventurado maliciosamente una crisis entre Gemma y yo, pero la mayor parte de los rumores se orientaba todavía a la indisposición de la novia. Bárbara no dijo cuál era su opinión, pero era demasiado inteligente para no oler la mentira.

La dejé hablar, incluso cuando se quejó sutilmente de que Gemma no le contestaba el teléfono. Después de todo, tenía su mismo problema, no podía darle consejos.

Tras pocos minutos de conversación, Eric envió a Bárbara a buscarme algo fresco para beber y le estuve realmente agradecido. El sonido de la puerta cerrándose detrás de ella interrumpió ese ambiente de visita de cortesía.

Miré a Eric a los ojos. Ambos sabíamos por qué estaba allí. Había llegado el momento de hablar de lo que había ocurrido. De lo que Kenneth le había hecho. No me andaría con rodeos y no desperdiciaría el tiempo.

—No hubiera querido que sucediera, Eric.

Era necesario pero sufrí por ello.

Eso es lo que me hubiera gustado agregar, pero no lo hice. Mi condición de jefe de familia no me permitía ceder demasiado. Sin embargo quería que supiera que había sufrido, por él.

—Cometí un error y pagué las consecuencias —respondió con su mirada firme en la mía. Era exactamente lo que esperaba que respondiera, pero aún así sentí un profundo alivio. Era como si alguien estuviera vendando una herida que aún no había cicatrizado.

Asentí. —Necesito saber si aún puedo contar contigo.

Pasaron unos pocos segundos interminables en los que se decidiría su destino y el nuestro.

—Sí, siempre —fue su firme respuesta. Y en ese momento, mirándolo a los ojos, supe que estaba diciendo la verdad.

Asentí de nuevo.

—He venido aquí para cerrar este asunto de una vez por todas, para ofrecerte mi lealtad, Víctor, a ti y a tu familia, ahora y para siempre.

Lo miré fijamente a los ojos.

Sabía que estaba diciendo la verdad y el alivio y el orgullo llenaron mi pecho.

Eric abrió la palma de su mano frente a mí y la mantuvo abierta. Con la otra sacó una pequeña navaja de su bolsillo. Ante mis ojos, hizo salir la hoja y lentamente cortó su carne.

Su expresión no mutó mientras la sangre brotaba de la diminuta herida.

Cerró su palma sangrante sobre mi puño y apretó lo suficiente como para hacer que su sangre impregnara mi piel.

—Juro que acabaré con los Espinoza.

En ese momento supe que podría contar con él, que Eric estaría de mi lado en la lucha contra esos malditos bastardos que habían intentado matarme.

Capítulo 12

Mya

No era sencillo. Para nada. Nunca pensé que pudiera serlo, pero esperaba que Kenneth estuviera de mi lado. En cambio, se estaba comportando de la peor manera posible, una mezcla entre un marido celoso y un jefe de familia rival. Me estaba poniendo palos en las ruedas. Todo necesitaba en ese momento, excepto tener que ocuparme también de él.

Cuando regresé a casa ya no había nadie sentado a la mesa. Sólo quedaban los restos abandonados de una cena que no había llegado a su fin, platos sucios y copas aún medio llenas. Algunos comensales se habían marchado, mientras que Russel y mis primos habían pasado a la sala a beber.

Me uní a ellos de mal humor. No me apetecía hablar sobre el comportamiento de Kenneth, ni tomar posición en su contra. Al mismo tiempo, no podía justificarlo. Apenas puse un pie en la habitación, sentí todos los ojos sobre mí y por un momento lamenté no tener a Kenneth junto a mí para protegerme de esos buitres. Porque eso eran para mí.

Me senté en el sofá frente a ellos tratando de mantener la calma. La cabeza de esa familia era yo, era a mí a quienes mis primos y mis hombres debían respeto. Mientras lo recordara, mantendría mi autoridad. Si también yo comenzaba a dudar de ello, habría sido el fin.

—Kenneth tiene que meterse en la cabeza cómo son las cosas ahora —atacó John rabioso.

—Ahora estás a la cabeza de otra familia, tu familia. Ya no eres de su propiedad. —Mitch había ido aún más lejos, como si fuera necesario. Sentí que hervía de rabia.

—Nunca lo fui, nunca pertenecí a nadie más que a mí misma. Y Kenneth sólo necesita algo de tiempo para acostumbrarse a la idea. No es fácil para él.

Ni para mí.

—Lo que pasó hoy no debe repetirse, de lo contrario podría comprometer el equilibrio

conquistado con tanto esfuerzo. —Mis primos no se darían por vencidos. Veían la separación entre mí y Kenneth como mi talón de Aquiles y tenían razón. Pero nunca les daría la satisfacción de verme capitular. Nunca, jamás en el mundo. Preferiría morir intentando tomar lo que era mío y ganar, por una vez en la vida.

—De Kenneth me ocuparé yo. No será un problema. Ahora, si no os importa, hablemos de negocios.

***

Me había entretenido con mis primos y con Russel durante aproximadamente una hora. Eran muchos los asuntos a discutir, pero antes que nada había que tomar nota de los negocios que mi padre y mi hermano llevaban adelante.

John y Mitch habían puesto parches como pudieron, pero no poseían la autoridad necesaria para las decisiones más importantes. Tuvieron que limitarse a la simple administración, hacer lo que era necesario para la estructura funcionando. Las actividades de la familia abarcaban desde la extracción del oro hasta los casinos. Se trataba principalmente de eso. No a los niveles de los Caruso, obviamente, pero de todos modos eran negocios muy respetables.

La familia Leone estaba en buenos términos con los clanes italianos e irlandeses y esto sin dudas habría jugado a nuestro favor en el difícil equilibrio de la división de poderes y territorios. Intenté conseguir la mayor cantidad de información posible, tomando por bueno aquello que me decían mis interlocutores. Debía dar por sentado que me eran leales en esos momentos. No tenía alternativas.

Aunque eso no me impedía mantener los ojos abiertos. No me fiaba de ellos. Seguían siendo los que habían avalado junto con mi padre, mi internación en la clínica psiquiátrica en Canadá, con tal de salvarse de la ira de Kenneth y de los Caruso. Estaba jugando un juego peligroso. Estaba de regreso en la familia, pero no podía confiar en nadie a mi alrededor. A la única persona en la que realmente podía confiar, la había alejado deliberadamente. Era una situación llena de contradicciones pero tenía las manos atadas.

—Creo que ha sido suficiente por hoy —dije poniéndome de pie pasada la medianoche. Era

una manera de despedir a todos. Estaba exhausta y no sólo por toda la información que había asimilado rápidamente en una noche. El enfrentamiento con Kenneth me había dejado sin energía. Tuve que reprimir el deseo de llorar y enfrentar el resto de la velada con la cabeza en alto como una leona, pero me había costado.

Mis primos y Russel se pusieron de pie. John y Mitch dormían en la finca, en un ala separada del cuerpo principal del edificio. Russel, en cambio, debía volver a casa.

—Discúlpame si no te acompaño, pero estoy muy cansada. De todos modos, conoces el camino —dije dirigiéndome a Russel. No era una mentira, era cierto.

—Sólo hasta la puerta, me gustaría hablar un momento contigo en privado.

Aunque quisiera, no podía escapar. Miré en el fondo de esos ojos marrones, anónimos. Russel De Blasio no me atraía. Era un hombre educado, pero sentía que debajo de esa pátina de aparente tranquilidad que mostraba había algo más. Era un ex boxeador que luego terminó en política integrando las filas del partido republicano. No sabía qué hacía mejor, si golpear, cobrar o amagar. Lo único que sabía era que no podía fiarme.

Lo escolté hasta la entrada mientras mis primos se retiraban.

—¿Qué pasa? —pregunté algo groseramente al tiempo que apoyaba mi hombro en el marco de la puerta. Él estaba fuera y yo dentro.

—Has tomado una decisión importante, que te hace digna del apellido que llevas.

Mordí el interior de mi mejilla. Adulador, debía agregar a la lista de adjetivos. Lástima que no me sintiera orgullosa y tampoco feliz de cómo habían resultado las cosas entre Kenneth y yo, así que no podía considerarme digna, como afirmaba él. La dignidad era para mí algo completamente diferente.

—A veces es necesario también tomar decisiones desagradables, que no quisiéramos tener que tomar. —Era sincera, a pesar de que él no merecía que lo fuera. Pero en ese momento, esas palabras me las estaba diciendo a mí misma. Me estaba dando el valor necesario para salir adelante, porque era muy difícil hacerlo.

—Estoy seguro de que harás todo para llevar a tu familia a la cima. Y yo estaré a tu lado,

siempre.

No me gustó esa forma de expresarse. Ya tenía una persona a mi lado, la única a la que quería. El hecho de que el testamento de mi padre me estuviera obligando a repudiarla no significaba que realmente lo haría. No tenía ninguna intención de romper con Kenneth. Nunca. Sin embargo, ciertamente no quería revelar mis cartas ante ese hombre.

—Gracias —dije, desenfundando una sonrisa a pesar del cansancio. Cerré la puerta sin esperar a que se marchara. Era peligroso. Quería acercarse, podía sentirlo, pero no le daría ningún espacio para que lo hiciera. Nunca le daría ningún tipo de luz verde. Necesitaba entender, como todos los demás, que si no podía tener a Kenneth no querría a nadie más.

Capítulo 13

Mya

Los días siguientes fueron agitados. Mis primos habían organizado presentaciones a las familias fieles a los Leone, con reuniones y tertulias que siempre veían como locación mi casa de Paradise.

Pero todo ese duro trabajo no había sido suficiente. Habían considerado necesario que hiciéramos juntos un recorrido por los casinos de Nevada que estaban dentro de nuestra jurisdicción. La idea no me entusiasmaba en absoluto, pero no quería arriesgarme a parecer una mujer que no quería salir de casa. Tenía que demostrar que estaba a la altura de cualquier situación. Por eso acepté.

La peor parte fue decírselo a Kenneth. No tenía intención de hacerlo por teléfono, me pareció que lo mejor era organizar un encuentro clandestino. O al menos intentarlo. Acordamos vernos en el Mandala Bay, en una habitación que Kenneth reservaría y donde me reuniría con él.

Había bastado un escueto intercambio de mensajes. Yo había hecho la propuesta y él había respondido con un lacónico "*Ok*". No es que Kenneth fuera un fanático de los emoji o de los mensajes escritos en general. Siempre prefería llamar. Pero ese *Ok* tipeado en forma seca, no me había hecho sentir bien.

Había despedido a la escolta que me habían asignado con una excusa cualquiera. No tenía obligación de dar cuenta de mis movimientos. Después de todo, era la jefa y todos parecían haber comprendido bien esa realidad. El hombre que tenía la tarea de vigilarme, pareció bastante confundido por el cambio de planes, pero me fue suficiente mirarlo a los ojos con cara seria para hacerle entender que negociar un pedido como ese conmigo habría sido una locura.

Llegué al Mandala Bay en taxi anticipándome ligeramente al horario pactado. Estaba tan ansiosa por ver a Kenneth que mi corazón latía con fuerza, como aquella vez que llegué a Villa Caruso y salté el muro perimetral para colarme en la casa. A las cuatro de la tarde el Strip era

transitable. La locura se desencadenaría más tarde. A esa hora los jugadores profesionales dormían, descansaban para la actuación que tendría lugar esa misma noche. Pero no faltaban los clientes, sobre todo turistas.

El vestíbulo del casino era grandioso: pisos de mármol lustrosos, arañas de cristal, plantas tan magníficas y exuberantes que parecían artificiales, estuco en las paredes. Me dirigí a la zona del hotel, a la recepción, y pregunté por la habitación del señor Caruso.

La empleada me entregó cortésmente la llave y me encaminé hacia los ascensores. Entré en la cabina completamente sola. Durante la subida cerré los ojos. La sensación de pánico en los espacios cerrados aún no había pasado del todo. Intenté inhalar y exhalar con regularidad rezando para llegar pronto al piso. Después de minutos que me parecieron interminables, el sonido del timbre del ascensor me reveló que había llegado. Salí de esa horrible caja metálica a toda prisa, llevándome las manos al pecho. Recuperé el aliento.

Estaba viva. Milagrosamente viva.

Caminé hacia la habitación. Los tacones se hundían en la suave alfombra sin hacer ningún sonido.

Llamé discretamente. En los pocos segundos que esperé, mil pensamientos se superpusieron en mi cabeza. ¿Y si no había podido venir? ¿Y si había decidido no reunirse conmigo? Y si…

Las dudas se disiparon cuando la puerta se abrió. Kenneth estaba ahí. Las piernas se me aflojaron con sólo mirarlo y mis ojos se llenaron de lágrimas. Había ido, a pesar de todo. A pesar de nuestra discusión después de que él se presentó en Villa Leone arma en mano, a pesar de que yo lo eché, a pesar de todo…

Alto, fuerte, macizo, llenaba por completo el vano de la puerta. Tenía el ceño fruncido sobre sus ojos transparentes como el hielo, sus labios tensos formaban una sutil línea de descontento. Vi el tatuaje en su cuello moverse mientras tragaba.

Todo en mí se encendió, ardió.

Sin pensar, escuchando sólo lo que mi cuerpo pedía, me lancé sobre él, rodeando su cuello con mis brazos y tirando de él hacia abajo para besarlo en la boca. Kenneth estaba tan

hambriento como yo y su energía física era el doble de la mía. Cuando nuestros labios entraron en contacto sentí que la tensión de mi vientre aumentaba y con ella una sensación de necesidad y frustración creciente. Kenneth puso sus manos en mi espalda y yo salté con mis piernas alrededor de su cintura. Escuché que la puerta se cerraba con un ruido sordo.

Devoré su boca mientras él hacía lo mismo conmigo, sosteniendo sus palmas abiertas y firmemente presionadas sobre mis nalgas. Hubiera querido decir: te he echado tanto de menos.

Pero mi cuerpo lo gritaba por mí. Pasé mis manos por su cabello, mientras Kenneth me hacía rebotar en la cama. Inmediatamente se vino sobre mí, con sus manos buscó en mi escote, abriéndolo para dejar al descubierto mis pechos. Los miró, rapaz, se lamió los labios antes de mirarme a los ojos y luego bajar a mi pezón para una larga succión.

Grité de placer. Lo había echado de menos, Dios sí que lo había echado de menos. Tan rudo y salvaje, una furia incontrolada. Me contorsioné mientras él chupaba un pecho y luego el otro. Quería más y no tenía paciencia para los juegos previos.

—Ahora —grazné presa de un frenesí insaciable. Al hacerlo lo agarré literalmente por la entrepierna de sus pantalones. Kenneth estaba duro y estaba listo y, sobre todo, era lo suficientemente grande para cumplir mis fantasías. Y yo tenía algunas bastante salvajes.

Luché frenéticamente con su cinturón mientras él apartaba con delicadeza mis manos para completar la operación con mayor habilidad. Se tomó su tiempo. Observé como hipnotizada, en cámara lenta, el movimiento de los botones al desabrocharse, de los pantalones que bajaban por las caderas casi con indolencia.

Kenneth escrutó cuidadosamente mi reacción. Quería ver sus ojos transparentes como el hielo, pero bajé los míos para mirar en cambio su miembro largo y grueso que sobresalía entre sus piernas. Extendí la mano y lo tomé, apretándolo ligeramente. Disfruté de ese contacto con la piel suave y cálida y acogí el suspiro que vino a continuación como una gratificante promesa. Levanté de nuevo la vista para no perderme la expresión de extasiado goce de sus rasgos.

—Oh, Mya…

Sus palabras, chorreantes de deseo, me encendieron. Lo masajeé hacia arriba y hacia abajo

vigorosamente, disfrutando del efecto que mis caricias tenían en sus facciones, hasta que se puso aún más duro. Entonces Kenneth se tendió sobre mí, encontrando un lugar con sus caderas entre mis piernas. Me penetró con una sola embestida, ayudado por los viscosos humores de mi intimidad. Lo acogí con sorprendente placer. Un hallazgo inesperado, una sensación mil veces mejor de lo que recordaba. Empecé a balancearme debajo de él, mientras él empujaba dentro de mí. Nuestros cuerpos entrelazados, al igual que nuestros ojos, no podían dejar de moverse. Era como si el placer que producíamos juntos alimentara más y más placer, en un crescendo infinito.

No había habido tiempo para los preliminares, necesitábamos el uno del otro con una urgencia que era casi dolorosa. La mano de Kenneth bajó entre mis piernas y dictó el ritmo de mi orgasmo. Lo hizo largo, casi interminable. Me pareció alcanzar un placer nunca experimentado, una mezcla de una desesperada sensación de muerte y vida juntos. Me desplomé debajo de él exhausta, incapaz de mover un sólo músculo.

Pensé que habíamos terminado, no me sentía capaz de dar nada más. Pero no era así.

—Date la vuelta —dijo y enterró su rostro entre mis piernas abiertas. Vi sus labios y su nariz desaparecer, quedaron sólo sus ojos del color del hielo observándome mientras yo, a mi vez, no podía dejar de mirarlo, hipnotizada, a él, que exigía aún más placer de mi cuerpo.

Y lo tuvo.

***

Kenneth encendió un cigarrillo. Después de la primera calada, lo tomé de sus dedos y di también una profunda pitada, para luego devolvérselo.

El sexo había sido increíble pero era como una burbuja destinada a estallar. Ambos lo sabíamos y quizás los dos lo estábamos pensando en ese prolongado momento de silencio. Por supuesto, yo estaba pensando en eso. Nuestros problemas debían ser enfrentados, no desaparecerían sólo porque su cuerpo sabía hacer magia con el mío.

—Tendré que alejarme de la ciudad. Durante unos pocos días. Recorreremos los casinos y nos reuniremos con otras familias. —Me volví para mirarlo. Nuestras espaldas descansaban en

cojines que se apoyaban contra el cabecero de la cama.

Kenneth no respondió pero lo oí respirar profundamente. Odiaba sus silencios casi más que sus arrebatos de ira. No podía soportar no saber en qué pensaba. O mejor dicho, lo sabía pero prefería ir al choque, sacar chispas, que afrontar una guerra fría prolongada, hecha de palabras no dichas que consumirían mis nervios.

—Habla, prefiero que lo digas tú —espeté, después de que el silencio se extendiera durante un interminable minuto.

—Qué carajo se supone que debería decirte, ya lo decidiste todo tú.

Cerré los ojos para procesar sus palabras. No merecía ese tipo de respuesta.

—Kenneth…

—Te ofrecí mi ayuda pero la rechazaste. Aceptaste separarte de mí para cumplir con los deseos de tu padre y aún no entiendo a dónde nos llevará todo esto. La pregunta que quiero hacerte es esta: ¿qué quieres de mí, además de mi polla, Mya? Porque parece que es lo único que queda de mí que te interesa.

Lo miré completamente fuera de mí, como si no pudiera creer que se hubiera atrevido a pronunciar esas palabras tan ofensivas. Sin embargo, lo había hecho, y me miraba con un desapego que no reconocí.

Me levanté hecha una furia y comencé a recoger las prendas esparcidas por la habitación. Mientras hacía vagar la mirada por la alfombra en busca de las braguitas, dije lo primero que se me pasó por la cabeza. Intentando sazonarlo con la mayor cantidad de veneno posible, para que doliera, para que quemara como sal en un corte sangrando.

—¿Sabes algo? Creo que es la única parte de ti que realmente sirve para algo. Visto que el cerebro no lo usas para nada.

Tal vez no lo pensaba realmente o tal vez sí, pero me había lastimado y quería hacer algo para provocarle dolor. Mucho. Encontré las braguitas y me las puse a trompicones, casi cayendo en el intento. Luché para ponerme el resto de la ropa y luego tuve que perder tiempo también con los zapatos. Me enderecé tratando de acomodar lo mejor que pude mi camiseta, ya que al

deslizarla por mi torso se había enrrollado por completo en mi cintura.

—Joder, no te vayas, Mya —dijo cuando yo estaba casi en la puerta.

Su voz llegó a mis oídos cuando mi mano se encontraba ya en el pomo de la puerta. Maldición, una parte de mí deseaba desesperadamente que me llamara, mejor dicho, quería incluso que viniera a buscarme y me estrechara con fuerza entre sus brazos implorándome que no me fuera, diciendo que todo se resolvería, que superaríamos también ese obstáculo. Pero lo suyo no fue una súplica sino una orden. Ese tono amenazador que reservaba para sus enemigos me hizo enfurecer.

—O si no, ¿qué? —Me di la vuelta y lo enfrenté. Era consciente de que parecía una loca, en definitiva no era nada extraño, porque me sentía completamente fuera de mí.

Con amargura descubrí que ni siquiera se había levantado de la cama. Todavía estaba sentado exactamente en la misma posición en la que se encontraba poco antes. Fue entonces cuando una horrible certeza se abrió paso en mí, como una ducha de agua fría. Había una única realidad: hiciera lo que hiciera, Kenneth no tenía intención de venir tras de mí.

—Ya has hecho tu elección —recalcó con dureza.

Si las cosas estaban así, la discusión había terminado. No había nada más que tuviéramos que decirnos.

Capítulo 14

Kenneth

Que les dieran a los Leone.

A todos ellos, en bloque. Y también a Mya, que había cogido nuestro matrimonio y lo estaba tratando como basura.

A mí. Era a mí a quien estaba tratando como si fuéramos dos extraños.

Estaba conduciendo el Lamborghini, por la carretera que desde Goldstrike llevaba a Las Vegas y ni siquiera María Callas, con su voz divina, tenía el poder de serenar un poco mi humor. Estaba envenenado por dentro, hasta el fondo de mi alma.

Mientras habíamos estado en la cama todo había ido bien. Luego, no supe qué coño le había pasado. Era como si tuviera dos personalidades distintas. Una era mi esposa, a quien amaba con todo mi ser y por quien habría dado mi vida. La otra era la perra Mya Leone, cabeza de familia de un clan rival y dispuesta a pisotear lo que habíamos construido juntos con tal de tomar el poder. Lástima, que a ella también la amaba con locura y también por ella habría dado la vida.

Joder.

Nada había cambiado para mí, ese era el punto.

Había estado en Goldstrike para hacer algunas comprobaciones. Nada que no pudiera esperar al día siguiente. Era yo quien necesitaba mantener la cabeza ocupada y lo segundo que me había venido en mente había sido ir al sitio. Lo primero, había sido emborracharme hasta perder el conocimiento, pero lo había descartado.

Después de haber estado juntos en el Mandala Bay era difícil fingir que nada había ocurrido y pasar la página. ¿Qué había dicho? Que dejaría la ciudad por unos días para forjar alianzas con otras familias. ¿Cómo podía pensar que le permitiría exponerse de una manera tan insensata?

¡Sin mi protección! Era absurdo.

No daría un paso sin que yo le cubriera las espaldas. Estaba fuera de discusión. El de las familias rivales era un campo minado y ella no sabía nada al respecto. Para mí estaba claro como el agua y me importaba un pimiento que tuviera dificultades para entenderlo. Protegería a Mya, de cerca o de lejos, pero siempre lo haría.

Estaba de regreso en Las Vegas y la noche acababa de comenzar. Como siempre, el Strip era un hervidero de turistas que entraban y salían cautivados de los casinos. Sabía cómo funcionaba, cuanto más entrada la noche más grande se hacía la muchedumbre. No tenía ningún deseo de volver a casa. Le dejé mi coche al valet del Caesar Palace y entré en el casino atravesando la multitud. Fui recibido por una espectacular colección de estatuas de mármol y decoraciones opulentas y doradas. Era raro que entrara en el Caesar, pero también era raro que tuviera el humor que tenía esa noche. Necesitaba exceso, algo que saciara esa oprimente sensación en mi pecho que amenazaba con asfixiarme. Llegué al bar del vestíbulo. Estaba rodeado de gente lista para despilfarrar, apostar y divertirse en el lujo más desenfrenado.

Había un motivo por el que estaba allí y no en los lugares que frecuentaba habitualmente en mi período más negro, antes de descubrir que Mya todavía estaba viva. Lo cierto era que no quería toparme con ninguna de mis antiguas conocidas. Eran muchas las mujeres con las que me había acostado y, aunque todas conocían mi regla de *nunca dos veces*, no quería enfrentar la posibilidad de tener que explicarlo nuevamente. Y no porque temiera no poder resistirme, sino porque de alguna manera sentía que le estaba faltando el respeto a Mya.

Era absurdo. Ella no tenía ningún reparo en abandonar la ciudad para desempeñar su nuevo papel como líder del clan y a mí me preocupaba rechazar las insinuaciones de otras mujeres. Apreté los dientes enfadado conmigo mismo. Ordené un champagne y observé el movimiento de los clientes para matar el tiempo.

La gente iba y venía. Los turistas estaban admirados por el esplendor de aquella imponente y gloriosa estructura, tomaban fotografías, se paseaban con la boca abierta por el asombro. Ordené más champagne, esperando que el ligero aturdimiento del alcohol me ayudara a

anestesiar ese dolor absurdo que sentía en el corazón. Hubiera necesitado una botella entera sólo para empezar a extraviarme apenas. Estaba entre tanta gente, y sin embargo me sentía solo. Había escogido deliberadamente un lugar colmado de personas, con la ilusión de que observar a los demás fuera menos deprimente que estar frente a una cerveza, sentado en una mesa con la mirada vidriosa fija en una calle oscura de Henderson. Aunque había pensado mucho en esa elección, temiéndola, nunca me había sentido más solo en mi vida que en ese momento.

Miré la copa de champagne medio vacía. Era lo máximo que podía permitirme. No admitiría que esa situación de mierda me destruyera. Era mejor que un hombre que se atiborraba de whisky hasta perder el conocimiento, que se tiraba a la primera mujer con la que se topaba, con tal de no pensar en su esposa muerta.

Tendría que resistir. Debía hacerlo a toda costa.

Capítulo 15

Kenneth

Diez días después

—¿Qué coño se le ha metido en la cabeza?

Estaba hablando solo. De hecho, estaba gritando solo. Arrojé sobre la mesa el paquete que acababan de entregarme con un mensajero urgente, haciendo volar los otros papeles que descansaban sobre mi mesa de trabajo y esparciéndolos a la buena de Dios. Toda la sangre que tenía en el cuerpo fluyó a mi cerebro, mareándome. Me levanté, incapaz de permanecer sentado en el escritorio. Ese asunto se le estaba yendo de las manos, su vida se le estaba yendo de las manos, arrastrando también la mía. Y lo más lindo, mejor dicho lo más dramático, era que le importaba un pimiento si enviaba todo al demonio. Nuestro matrimonio ya no significaba nada para Mya. Tenía la prueba irrefutable de ello ante mis ojos.

Los que yacían abandonados sobre mi escritorio eran los papeles para sellar nuestro divorcio.

Mya había pedido el divorcio. Finalmente lo había hecho.

Tuve que mirar los documentos varias veces para realmente entenderlo y aún no podía creer que no fuera fruto de mi imaginación.

Después de nuestro encuentro en el Mandala Bay habían transcurrido largos días de absoluto silencio. Había resistido la tentación de buscarla, aunque solo fuera por teléfono. Estaba demasiado cabreado. Eso no significaba que no la hiciera seguir, a distancia y discretamente, por mis hombres. Había regresado de su viaje, el que había hecho para conocer nuevos aliados y nuevas familias. Había logrado que la vigilaran manteniendo un perfil bajo pero aún así, la idea de que estuviera sellando alianzas y sondeando la fidelidad de la gente sin escrúpulos como yo,

simplemente me enfurecía.

Siete largos días después de nuestro último encuentro, me había llamado por teléfono pero sólo para darme el golpe de gracia.

Teníamos que divorciarnos para darle mayor credibilidad a nuestra falsa separación. Inmediatamente perdí la paciencia y le dije que era una locura. A fuerza de fingir, todo ese comportamiento se habría convertido en algo real y nuestro matrimonio verdaderamente habría terminado.

Mya había empeorado las cosas, argumentando que tenía que convencer a sus primos y a todos los Leone de que no quedaba nada más entre nosotros. Insistía en que no podría tomar posesión de la herencia si no cumplía plenamente la voluntad de su padre.

Ese maldito. Incluso muerto era tan agradable como el palo de una escoba metido en el culo.

¿Qué era para nosotros el matrimonio? Nada. De ese modo había tratado de liquidarme. Si realmente nos amábamos, un trozo de papel no significaba nada, podríamos volver a casarnos cuando todo hubiera acabado. Pero, ¿cuándo? Su manera de razonar me enfurecía, no porque no fuera cierto, sino porque no quería ceder ni siquiera un milímetro de nosotros, ni siquiera para fingir. Había sido demasiado doloroso perdernos y luego reencontrarnos para arriesgarlo todo de nuevo. No estaba dispuesto a volver a hacerlo.

El teléfono sonó precisamente en ese momento. Era ella. Por fortuna no la tenía delante, porque de lo contrario podría haber hecho algo de lo que me habría arrepentido.

—Kenneth, ¿recibiste los papeles?

Antes de responder, respiré hondo para calmarme. Podía escuchar voces de fondo. Estaba en su cuartel general, rodeada por esas víboras de los Leone. Buitres que soñaban con darse un festín con el cadáver de mi familia. Nunca jamás lo habría permitido, incluso si eso significaba tener que comérmelos vivos, uno por uno.

—Has cruzado la línea.

Mya me ignoró por completo, concentrada sólo en su objetivo. Tenía la voz impostada,

como cuando quería convencerse antes que nada a sí misma de algo, pero yo no caería en la trampa.

—No han caído del cielo, no te los he enviado en forma sorpresiva, te advertí precisamente para evitar esta escena. Hazme llegar los documentos firmados aquí, a Paradise, lo antes posible, los abogados tienen que trabajar.

—¿Tienes tanta prisa por deshacerte de mí? —siseé con maldad. Esa pregunta salió de mi corazón provocándome una punzada de dolor.

—Basta, sabes que es necesario hacer esto.

—Lo único que sé es que este asunto se te está escapando de las manos.

—Sabes que es solo una farsa —siseó. Debía haberse alejado, ya no escuchaba las voces de fondo. Aún así, sabía que estaba corriendo un gran riesgo al hablar de esa manera. Podría haber alguien oculto escuchándola y, si los Leone tan sólo hubieran tenido la sospecha de que Mya estaba jugando un doble juego, me la habrían enviado de regreso a casa en trozos. Un escalofrío recorrió mi espalda con sólo imaginar la escena. La ira que me recorría se volvió aún más potente, ella era la única que parecía no darse cuenta de lo peligroso que era su plan. Absurdo. Suicida. Estaba cegada por las ansias de poder, esas mismas ansias que no le permitían entender que su vida corría riesgo todos los días, a cada puto momento.

—Deja de oponerte. Y envíame los documentos firmados.

—Ni de coña te los enviaré —respondí.

La dejé helada. Se quedó en silencio durante unos segundos. Ahora jugaríamos según mis reglas. Estaba cansado de servir las victorias en bandeja de plata. Si debía haber alguien que luchara para salvar nuestro matrimonio, ese sería yo.

—Tendrás que venir por ellos.

Capítulo 16

Mya

Había intentado oponerme con todas mis fuerzas a esa velada, buscando además excusas que no dejaran ver que participar de ella era el último de mis deseos. Pero no había nada que hacer. Parecía que mi presencia era indispensable y requerida, no podía escapar.

Estaba terminando de arreglarme, desganadamente. Con lo que realmente soñaba era con estar sentada en el sofá frente al televisor, acurrucada junto a Kenneth.

Kenneth, siempre él en mis pensamientos y en mi corazón.

Ver una serie de televisión, dejar que se burlara de mí porque yo amaba las películas románticas y él las odiaba. En cada escena crucial encontraba la forma de ser irónico y hacerme reír. Amaba sentir el calor de su cuerpo cuando me abrazaba. Grande, envolvente, inmenso.

Sin embargo, no habría nada de eso.

Habría un divorcio inminente, porque era eso lo que había pedido. Como simulación estaba bien, era sólo una puesta en escena. Pero firmar los papeles para poner fin a mi propio matrimonio, por mucho que pudiera ser una farsa, seguía siendo doloroso. Y no era suficiente. A ello se sumaba que debería ser fuerte por ambos, porque Kenneth no entendía. Y eso sólo bastaba para desanimarme profundamente.

Me cerré el collar y sacudí los rizos para hacerlos más vaporosos. Apliqué sólo el lápiz labial carmín y no agregué más maquillaje. Debía mostrarme segura, pero no me apetecía ponerme guapa para nadie que no fuera mi marido.

Aunque ya no lo sería oficialmente, en mi corazón ese lugar era suyo para siempre. Y, una vez consolidado el poder en mi familia, recompondría todo con Kenneth. No sabía cuánto tiempo tomaría, pero sucedería, estaba segura de ello. Y trabajaría con todas mis fuerzas para hacerlo ocurrir.

Me puse mis zapatos negros de charol. Esa noche estaba elegante, con el vestido tubo azul oscuro y tacones de doce centímetros, pero llevaba la muerte en el corazón. La estrategia que había acordado con mis primos preveía que me hiciera ver en público rodeada por mis colaboradores más cercanos y mis hombres de confianza. Y podía entenderlo. Era una forma de mostrar a todos que el clan Leone tenía una guía reconocida y que esa guía era yo. El hecho de que yo no tuviera ningún deseo de hacerlo, era algo completamente diferente.

Bajé las escaleras y encontré a John y Mitch esperándome. Estaban elegantes con sus trajes impecables. Mi look atrajo las miradas de ambos, que se detuvieron en mí un poco más de lo habitual. Sabía que era atractiva y ellos, que antes de ser mis parientes eran hombres, no podían ignorarlo. Pero estaba segura de que el hambre de poder era superior a cualquier otro hambre y, si hubieran podido elegir entre eliminarme o llevarme a la cama, habrían escogido la primera de las opciones. En cuanto a mí, empezaba a odiar esas caras, más de lo que lo había hecho hasta ese día. Eran chacales listos para saltarme a la garganta en la primera oportunidad. Nunca debería olvidarlo.

Nos subimos los tres al auto, ellos dos adelante y yo en el asiento trasero. Hablaban de negocios, yo me limitaba a pronunciar algún que otro monosílabo. Tenía el corazón hecho pedazos. Sangraba.

Saqué de mi bolso el teléfono y furtivamente envié un mensaje a Kenneth.

Lamento lo que nos está pasando.

Era lo más real que sentía. Así como era cierto que no podía hacer otra cosa. Me quedé mirando expectante la pantalla del teléfono a la espera de una respuesta, como si algo fuera a pasar con sólo mirarlo. La pantalla se oscureció. No hubo ninguna respuesta.

Kenneth me estaba ignorando y no podía soportarlo. El dolor era intolerable. Realmente nos estábamos distanciando y no era sólo culpa mía. Si hubiéramos estado en la situación contraria, estaba segura de que habría exigido mi apoyo, mi colaboración. Y yo estaba segura de que se la habría dado. Apreté el teléfono con tanta fuerza en mi mano que me hice daño. Luego, lo guardé nuevamente en el pequeño bolso, jurando no volver a mirarlo en toda la noche.

Estacionamos en The Chandler.

—¿Por qué precisamente aquí?

Había dejado que mis asuntos personales me distrajeran y ni siquiera me había tomado el trabajo de preguntar dónde pasaríamos la velada. No estaba bien. No podía darme el lujo de perder el control de la situación de esa manera, tenía que estar siempre vigilante y alerta.

—Russel ya está adentro, el lugar es de su familia.

En la reunión participaban también los De Blasio, era lógico que hubieran elegido jugar en casa.

Entramos en una sala iluminada por minúsculas luces de color violeta que formaban una especie de telón escenográfico. El efecto era el de una cascada de agua luminosa y brillante. Los invitados eran selectos, reconocí de inmediato a una serie de hombres del clan a los que ya había conocido en Villa Leone. Algunos estaban con sus esposas. Se trataba ciertamente de un evento privado, esa noche nadie podría haber accedido al The Chandler sin invitación.

Russel se encontraba dentro, listo para recibir a quien entraba. Probablemente esperando precisamente mi llegada. No me equivocaba porque su cara se iluminó tan pronto como me vio. No podía decir que sintiera el mismo entusiasmo. Pero no era un problema: el hecho de no sonreír siempre en nuestro mundo podía ser considerado un valor, un signo de crueldad. Y yo en ese momento sentía que tenía crueldad para vender.

Vino a mi encuentro besándome en ambas mejillas, demorándose con sus labios en mi piel una fracción de segundo más de lo necesario. No lo bastante para ser inoportuno, pero lo suficiente como para alarmarme.

—Mya, esta noche luces más encantadora que de costumbre.

Sus palabras me provocaron repugnancia, como una baba que se posaba sobre ti y que sólo querías enjuagar con agua fresca. Cómo pronunciaba mi nombre, además, como si le perteneciera… Era sobre todo eso lo que me fastidiaba. Hubiera querido prohibirle que lo hiciera. Si tan sólo hubiera podido.

Se me ocurrió que, si Kenneth hubiese presenciado esa escena, como mínimo habría

desollado vivo a Russel.

También estaban presentes el viejo Frank, sentado en uno de los saloncitos apartados, y su hija Magdalena. Esa puta de piel de alabastro había destrozado los sueños de Gemma y eso había sido suficiente para ponerla en mi lista negra. Gemma me gustaba, aunque al principio hubo algunos roces entre nosotras, y en cualquier caso era parte de la familia Caruso. Mi familia, a pesar de todo. Magdalena, en cambio, era una serpiente y merecería una lección por su perfidia. Confesarle a Gemma que una vez había estado embarazada del hijo de Víctor había sido un golpe bajo. Y aún más bajo agregar que él le había pagado para que ocultara esa información. Lo único que consiguió fue enviar al demonio la boda. Ciertamente no podía creer que Víctor quisiera recuperarla. Antes nevaría en el infierno.

Los observé desde lejos mientras estrechaba manos, me besaban en las mejillas y conversaba con varias personas. A los De Blasio había que tenerlos vigilados, pero no solamente a ellos. Esa velada era oficialmente mi bautismo de fuego. Estaban presentes las familias más prestigiosas de la zona, todos peces gordos que podrían haber apoyado a los Leone.

Si tan sólo hubieran querido. Y si ella hubiera causado una buena impresión.

Mi tarea consistía en presentarme de la manera más autoritaria posible. Esa gente debía comprender que yo era capaz de guiar la escalada.

Me di valor con tres copas de champagne helado mientras repartía sonrisas cuando era necesario, no demasiadas, y centraba mi atención en los invitados.

Afable pero no accesible. En ningún sentido disponible pero no inalcanzable. A decir verdad, no tuve muchas dificultades para desempeñar ese papel, por el simple hecho de que no habría dado a nadie en esa habitación más confianza de la que ya le estaba dando. Es decir, casi cero.

Estábamos a mitad de la velada y me había acercado a la barra del bar para beber un vaso de agua, cuando sentí un aliento cálido desde atrás en mi mejilla. Me tensé.

—Te ves hermosa, esta noche. Pero creo que ya te lo he dicho.

Russel debía haber reunido suficiente coraje para creer que podía pasar al siguiente nivel. Y

que yo se lo permitiría. En mi corazón todavía estaba casada con Kenneth y lo estaría para siempre. Pero no era sólo ese el punto. Russel nunca tendría una oportunidad conmigo. Jamás.

—Gracias —respondí. Me volví.

No podía decir que fuera encantador. Era corpulento, tenía la nariz y los pómulos chatos de ex boxeador. Realmente tenía cara de político. Alguien me había dicho que había sido un congresista republicano. Podría haber sido cualquier cosa, pero nunca habría sido mi tipo.

Tenía un único tipo y él no participaba de esa velada.

—Veo que toda tu familia está aquí. —Dirigí mi mirada hacia el saloncito donde había quedado sólo su padre. Magdalena debía estar por ahí, haciendo daño.

—En realidad no, falta Omar, está ocupado con una exhibición de sus cuadros en Liverpool.

Omar era el embadurnador de telas de cara cuadrada a quien le habían puesto un pincel en la mano para limitar los daños que podría haber causado con sólo respirar. No tuve nada que responder sobre la ausencia de Omar, así que bebí un sorbo de agua esperando que Russel no tuviera otros temas que discutir conmigo.

—El trabajo que estás haciendo es encomiable, Mya, debo decir que nunca hubiera sospechado que tuvieras tanto talento para el liderazgo y los negocios. —Había pasado de los piropos a la adulación. Nunca me habían gustado los halagos.

—Me tomo este papel muy en serio.

Asintió, como si fuera la respuesta que esperaba y su doble papada se movió. —Si quieres seguir contando con nuestra confianza, la mía y de las familias que están aquí, tendrás que continuar así, especialmente en lo que respecta a la relación con tu marido. ¿O debo decir ex marido? —Guiñó el ojo y me dieron náuseas.

Mi corazón sangró. Mantener una expresión neutral fue el ejercicio más difícil al que me pareció haberme sometido en mi vida. Una paresia facial habría sido menos dolorosa que la expresión relajada a la que forcé a los músculos de mi cara.

—Estamos trabajando en ello, los papeles están casi listos. En cuanto a mí, soy la digna heredera de mi padre, nada puede detenerme.

Lo dije mirándolo a los ojos. Leí en los suyos un atisbo de complacencia. Era lo que quería escuchar. Y yo estaba representando mi papel impecablemente.

—Por nosotros, entonces, por nuestra sociedad. —Hizo chocar nuestras copas. En la suya no sé qué había pero en la mía sólo había agua. Pensé en las palabras de mi padre a propósito de los brindis con agua. Nunca confiar en quienes los hacían.

Russel bebió un sorbo y luego se acercó, demasiado cerca, invadiendo mi espacio personal. Un olor a colonia y alcohol llegó directo a mi nariz. Era un hombre limpio, pero su perfume no era el correcto. No encendía nada, apagaba todo y me revolvía el estómago. Di un paso atrás y bebí yo también un sorbo sólo para tener algo que hacer. Algo que fuera no mirar de cerca a esos párpados pesados y esa nariz de punta redonda.

Pero Russel volvió a avanzar y me empujó contra el mostrador.

—¿Te gusta este lugar?

—Muy refinado —respondí.

—Es de mi familia, celebramos en él ocasiones muy especiales. Sería ideal para anunciar una.

Una campana de alarma se encendió en mi mente. —¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, un compromiso —respondió rápidamente.

—¿El compromiso de quién? —Fruncí el ceño plenamente consciente de sus intenciones. No estaba sorprendida, su interés por mí había sido tan evidente desde el principio que hubiera sido imposible ignorarlo. La verdadera sorpresa era que hubiera escogido sincerarse tan pronto.

—El nuestro, por ejemplo.

Fingí encontrarlo divertido y seguirle el juego. Mientras tanto, intentaba ganar tiempo. Pero mi cerebro estaba bloqueado por esa propuesta tan perturbadora.

—¿No te parece que vas demasiado rápido? Aún estoy casada.

—Por poco. Piénsalo. Soy la mejor combinación entre negocios y placer que podrías hacer. Nuestras familias son aliadas. De esta manera se convertiría en una unión indisoluble, nadie se atrevería a rebelarse contra ti, si yo estuviera a tu lado.

Bebí otro sorbo de agua para disimular mi disgusto. ¿Russel realmente creía que podía ser atractivo para mí? ¿O creía que yo estaba tan entregada al sacrificio que me uniría a él por la causa de la familia? Quizás consideraba que ambas opciones eran posibles.

—¿Crees que sola no soy capaz de mantener mi papel? —Pasé al contraataque. Más allá de lo absurdo de su propuesta, había algunos motivos para sentirse ofendida por esa sutil alusión a la mayor autoridad que le habría comportado ser su compañera.

—No dudo de tus capacidades sino de la lealtad de quienes te rodean.

No hacía falta ser un genio para comprender que estaba hablando de mis primos. Sus aliados. Russel De Blasio se estaba revelando como una de las personas más incorrectas que alguna vez hubiera conocido. Estaba confabulado con mis familiares y tramaba a mis espaldas. Probablemente se habría comportado de la misma manera con ambas partes, haciendo doble juego, hasta que la situación llegara a un punto de inflexión. Positivo para él, obviamente.

Estaba a punto de ponerlo en su sitio con una de mis respuestas, cuando lo que vi a sus espaldas me hizo contener dolorosamente la respiración en mis pulmones. Fue en ese momento cuando reconocí a la distancia la figura familiar de Kenneth.

Mis piernas casi cedieron, sólo de verlo.

Estaba magnífico, con una chaqueta y una camisa negra desabotonada. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, lo suficiente para dejar a la vista los tatuajes en su cuello, que amaba.

Y me miraba fijamente.

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Por un momento me pareció que ya no escuchaba ninguna voz, ningún sonido a mi alrededor. Sólo estábamos él y yo, ojos en los ojos. Y los suyos, claros y penetrantes como el hielo, me estaban desarmando.

Separé los labios, necesitaba respirar, tocarlo, sentir su carne bajo mis manos. Quería correr a su encuentro, saltar a su regazo, envolver mis piernas alrededor de sus caderas y perder mi cuerpo en el suyo en un abrazo que nos fusionara. Habría sido lo único que podría haberme salvado en ese momento.

En lugar de ello, ambos mantuvimos la distancia, y no sólo físicamente. Kenneth me parecía

inalcanzable. Y en verdad lo era. La única persona que realmente me importaba, el hombre de mi vida, y habían sido relegado a un segundo plano. Por mí.

¿Qué le estaba haciendo a nuestro matrimonio? ¿Qué le estaba haciendo a Kenneth? Era culpa mía si las cosas entre nosotros se estaban desmoronando. Me estaba comportando como una arribista ávida de poder. Podría haberme acercado a él discretamente, hablarle en secreto, disculparme por enésima vez, convencerlo de que lo que estaba haciendo era doloroso pero necesario…

Me moví hacia él para alcanzarlo. Quería hablarle, oír su voz, tocarlo aunque fuera un solo instante. Alguien me sujetó la muñeca. Mis ojos se encontraron con los de Russel. Por un momento me había olvidado de él. Su mirada estaba nublada por el alcohol, sus párpados algo caídos, tenía una sonrisa obtusa estampada en la cara. No debía haberlo visto, de lo contrario no habría estado en absoluto tan tranquilo.

—¿A dónde vas? Pedí una canción especial para nosotros.

¿*Nosotros*? ¿Cómo habíamos llegado a *nosotros*?

—Más tarde —dije liquidándolo.

Levanté la vista. Kenneth ya no estaba allí. Habían bastado unos pocos segundos para que desapareciera. Dejé a Russel solo, casi sacándomelo de encima, y me dirigí en la dirección en la que había visto a Kenneth momentos antes. Era imposible que hubiera desaparecido de esa manera. Llegué a la entrada, me asomé más allá de la salida pero él no estaba allí. La noche se lo había tragado.

Capítulo 17

Kenneth

Había jurado que nunca en mi vida volvería a emborracharme. Nunca más.

Esa noche había faltado miserablemente a mi juramento. Levanté la cara del escritorio de mi estudio. Había babeado sobre la superficie de cristal. Mi cabeza era un lío, me resultaba difícil mantenerla erguida. Tenía un martillo golpeando dentro sin parar.

Mya

Bebía cuando pensaba que estaba muerta.

Había vuelto a beber ahora que ella ya no estaba conmigo.

Después de la putada de los papeles del divorcio, quise hacerme daño solo. Chris me había advertido que los De Blasio y los Leone estaban celebrando un acontecimiento especial en The Chandler. Resistí hasta el último momento, pero al final fue más fuerte que yo. Tuve que ir. Aunque sólo fuera para verla, desde lejos. Aunque no pudiera hablar con ella, sobornando al tipo de la seguridad con un par de billetes únicamente para que dejara que me asomara en el club. Idiota.

El acontecimiento especial era la sociedad entre los Leone y los De Blasio. Entre Mya y Russel. Los celos me corroían como ácido.

Me levanté y me tambaleé hacia el baño recordando la sensación que había experimentado cuando la vi. Estaba maravillosa con ese vestido tubo azul noche que adoraba y los zapatos con los tacones más altos. Llevaba el cabello suelto como a mí me gustaba, algo salvaje, y su boca estaba roja como el pecado. Ella también me había visto y nuestras miradas se habían encontrado para permanecer conectadas. No podía dejar de mirarla. Luego, ese capullo de Russel De Blasio le había puesto una mano en la muñeca. Joder, la había tocado con sus sucios dedos. El impulso había sido el de arrancárselos con mis dientes, sin piedad. Tuve que cerrar los ojos un momento,

el tiempo necesario para hacer que esa ola de ira que me cegaba se drenara. Cada vez que algo así ocurría, era como sentirse atravesado por una corriente cálida, una sacudida de irresistible energía destructiva. Cuando había vuelto a abrir los ojos, él le estaba hablando con esa cara de imbécil que tenía. Y ella parecía estar escuchándolo.

En ese momento me hubiera gustado destruirlo todo. Hubiera querido iniciar un incendio en el club, arrasar con él hasta que no quedara nada, ni siquiera las cenizas.

Pero no hice nada de eso. El segurata había tirado de mi chaqueta. Si los organizadores hubieran descubierto que había un intruso, le habrían hecho pasar un mal rato. Ese idiota no imaginaba que, si sus jefes hubiesen sabido por quién se había dejado sobornar permitiéndole la entrada en el club, lo habrían golpeado hasta que su rostro pareciera un montón de gelatina.

Pero ya no era importante.

Mya quería divorciarse de mí.

Con una fuerza que no sabía que tenía, le había dado la espalda a mi esposa que estaba coqueteando con otro hombre y me había marchado.

Había ido directo a casa, al estudio de Víctor, había cogido el carrito de los licores y lo había empujado hasta mi estudio. Luego, había vaciado las botellas. Una a una.

El resultado era que me sentía una mierda.

Me metí bajo la ducha sin siquiera tener fuerzas para lavarme. Golpeado por el chorro de agua fría, mi estómago se revolvió. Expulsé su contenido sobre mis pies, un torrente tan copioso que casi me pareció ahogarme. Cerré el grifo. Incapaz de limpiar o de lavarme, me acuchillé en la cabina de la ducha como un desecho y me desmayé.

Cuando volví a abrir los ojos estaba en una posición tan absurda que estirar los músculos me hizo gemir de dolor. Mi cabeza seguía palpitando pero mi estómago se había calmado un poco. El hedor era casi insoportable. Limpié el desastre que había causado y me lavé, logrando incluso rasurarme.

Salí de la ducha cuando era ya entrada la tarde. Había pasado casi todo el día durmiendo incómodamente en la cabina, en medio del vómito. Me había convertido en un verdadero

desastre. Habría sido difícil encontrarme en un estado más piadoso.

Subí a mi habitación. Ver esa puta habitación que había compartido con Mya me desgarraba el corazón. La tentación era volver a destruirlo todo, como la primera vez. Pero no lo haría, no desperdiciaría energía en algo que ya no existía. Algo como nuestro matrimonio. No lo haría.

Pasaría página, ni siquiera yo sabía cómo. Viviría un día a la vez, una hora a la vez, hasta que llegara el momento de mi muerte. A esas alturas, sería mejor que llegara pronto. Mi vida sin Mya era peor que morir.

El teléfono sonó.

—Jefe, soy Chris.

—¿Qué pasa? —grazné sin siquiera reconocer mi propia voz.

—Creo que puede interesarte saber que se ha reservado una mesa para dos a nombre de Leone en el Marquee para esta noche.

Mya se movía rápido. Yo aún no había firmado los papeles del divorcio y ella ya tenía citas románticas. Apreté los dientes. Los buenos propósitos de poco antes se evaporaron instantáneamente. ¿Ir un día a la vez sin ella? ¿Cómo pude siquiera pensar que sería capaz? Saberla en una cena romántica, a ella y a De Blasio, amenazaba con provocarme una hemorragia cerebral. Además de romperme el corazón.

—Hiciste bien en decírmelo.

Cogí del armario pantalón y camisa.

La resignación no era algo propio de mí, ni siquiera aunque hubiera querido imponérmela. Yo era alguien que peleaba hasta la muerte y esa vez también lo habría hecho así. Sobre todo esa vez.

El tiempo de compadecerme, de sentir lástima por mí mismo, había terminado.

***

Estacioné en el Marquee. No conservaba un recuerdo espléndido de ese lugar, considerando que la última vez que había estado en él, Mya había desaparecido y yo había pasado un período de total desesperación buscándola. Pero no me importaba nada. Sabía que ir allí no traería nada

bueno, pero me empujaba el instinto, un impulso. Una fuerza desconocida y diabólica me había hecho salir de casa, impecablemente vestido y perfumado. De caza. Era la cruda verdad, inútil que negara la evidencia. Me estaba exhibiendo deliberadamente y sabía que mi apariencia atraería presas.

Me sentía como un maldito pervertido. Sobrecargado de ira, sentía que tenía mi conciencia casi completamente anulada. Podría haber hecho cualquier cosa. Cualquiera, con tal frialdad que habría dejado atónito a quien fuera.

El lugar era de nuestra familia ahora. Mya lo sabía. ¿Cómo debía interpretar el hecho de que hubiera reservado precisamente allí? Una afrenta, justo eso era.

Los guardias me reconocieron y me saludaron respetuosamente. Entré y pregunté al maître cuál era la mesa que estaba reservada a nombre de Leone. Todavía estaba vacía. Me dirigí a la barra para beber algo.

Aún tenía el estómago revuelto por la colosal borrachera de la noche anterior, pero necesitaba una copa. Desde la posición en la que me encontraba podía ser visto por cualquiera que pusiera un pie en la sala. Y eso era lo que me interesaba.

Si la noche anterior estaba nervioso, irritado, impaciente, en ese momento me sentía mortalmente calmo. No era una calma buena, era como una extraña frialdad, algo que me habría vuelto capaz de cualquier acción.

La ausencia de emociones me volvía letal.

—¿Qué le sirvo, señor?

—Whisky con hielo —le respondí al barman.

Podía haber más de una alternativa. No era seguro que hubiera sido Mya quien había reservado la mesa. Podrían haber sido sus primos. Sin embargo, no sabía por qué, pero estaba convencido de que era ella. Si había elegido ese restaurante tenía que haber un motivo. Sabía que era mío, sabía lo que significaba para nosotros. Sin importar por qué razón lo hubiera hecho, había sido intencional y yo estaba allí para descubrirlo.

Pensé en los papeles del divorcio que yacían sobre mi escritorio. Mya Leone siempre sería

mi esposa.

Di un sorbo a la bebida. Estaba aparentemente tranquilo, pero por dentro me sentía furioso como pocas veces. Me giré. La mesa que había sido reservada a nombre de Leone todavía estaba libre. Le di la espalda a la sala bebiendo poco a poco.

—Oye —me dirigí al camarero.

—Dígame, señor. —Era un chico joven y despierto.

—Tengo una tarea para ti —deslicé cincuenta dólares sobre el mostrador. El chico me miró esperando instrucciones.

—¿Ves la mesa detrás de mí? Dime cuando alguien llega y tendrás otros cincuenta dólares.

—Sí, señor.

Pasó aproximadamente un cuarto de hora en el que bebí mi copa y leí los correos electrónicos en mi teléfono.

—Señor, alguien acaba de llegar a la mesa. —Las palabras del barman fueron como un disparo en el pecho.

—¿Quién es?

—Una mujer joven, cabello rizado y ojos claros, una mujer hermosa, señor.

—¿Está sola?

—Por el momento sí.

Deslicé otros cincuenta dólares en dirección al chico y respiré hondo. Mya estaba a pocos pasos de mí pero había una distancia infinita entre nosotros. Un abismo que había querido pura y exclusivamente ella.

Sentía que mi pecho ardía con una sensación incontrolable. Furia, habría dicho, un magma incandescente, no hubiera sabido definirlo de otra manera.

—Está mirando hacia aquí, señor, creo que lo mira a usted.

—Está bien así —dije— puedes dejar de vigilarla.

Hervía de rabia por cualquier mirada que se hubiera posado sobre ella desde el momento en que había entrado. Y estaba seguro de que gracias a su encanto era el centro de la atención de

todos. Miré a mi derecha e inmediatamente vi lo que sería útil para mí. Dos chicas, una pelirroja y una morena, jóvenes y guapas, me señalaban desde el otro extremo de la barra y se reían. Levanté mi copa en dirección a ellas, como si hiciera un brindis. A pesar de que estaba serio, sonrieron de nuevo y se acercaron.

Llevaba una eternidad sin hacer algo como eso. Dirigirme a una mujer que no fuera Mya pertenecía a un pasado tan lejano, que incluso me parecía otra vida. Siempre me sorprendió cómo reaccionaban las mujeres ante mi presencia. Y no pensaba que aún fuera así. Al parecer, debería empezar a creerlo.

—Ey…¿solito?

Se rieron. Una de las dos observaba el tatuaje en mi cuello, mientras que la otra me miraba a los ojos. No sabía por qué querían sólo un polvo brutal. Era obvio que yo no era del tipo que podía ofrecerles mi corazón. Y no porque ya estuviera ocupado, sino porque todo en mí gritaba fuerza y brutalidad. Lo único que se podía esperar de mí, era sexo. Sin embargo, eso era exactamente lo que ellas querían.

—¿Tienes una esposita esperándote en casa? —preguntó la pelirroja observando mi anillo de boda. Bajé la mirada a mi anular, envuelto por la banda plateada que lo refrenaba. Nunca me lo había quitado. Y nunca lo haría.

—Se fue de casa —respondí, y era más o menos la verdad.

—Pobrecito… ¿Buscas compañía? —la morena le guiñó un ojo, sonriendo.

—Tal vez, depende de la compañía.

Ambas se rieron.

Me hubiera gustado tener ojos en la espalda para ver la reacción de Mya. Ni siquiera yo sabía lo que quería lograr. Lo cierto era que deseaba leer en sus ojos los mismos celos que me habían devorado a mí, quería verla arder de posesividad y rabia. Como si hacerlo pudiera compensar mi dolor.

Ordené unas copas para las chicas y seguimos coqueteando por un rato. Al menos ellas lo hacían. Era absurdo cómo yo me había vuelto totalmente incapaz de ello. Sabía follar pero no

sabía coquetear. Tras unos diez minutos de conversación, para mí atormentada, les propuse ir a un lugar más tranquilo. Me puse de pie, pagué las bebidas y, rodeado por ambas, me encaminé hacia la salida caminando por el centro de la sala.

Mis ojos se dirigieron a la mesa de Mya. Intenté comportarme de forma casual, como si no tuviera la más mínima sospecha de que ella podría haber estado allí. Cuando la vi, no mostré ningún indicio de sorpresa. La miré como podría haber mirado a un mueble.

Estaba sentada, todavía sola, más hermosa que nunca, con expresión contrariada. Observándola con atención podía notar que su boca estaba algo curvada hacia abajo, esa boca sensual que me había hecho tantas cosas. También sus ojos parecían tristes, como apagados. Y sus hombros estaban algo encorvados, como si cargara un peso exagerado. Demasiado para ella. Pasé junto a su mesa flanqueado por las dos chicas con las que acababa de ligar. Me detuve, aunque ella no me había dicho una palabra. Lo único que había hecho para llamar mi atención fue mirarme fijamente. Intensamente.

—Adelantaos, nos vemos en la salida, estaré ahí en menos de cinco minutos —dije dirigiéndome a mis más recientes conquistas. Algo se rompió dentro de mí. Quería ser cruel, pero al mismo tiempo el daño que le estaba haciendo a mi esposa lo sentía en mi piel.

Me volví hacia Mya. Ella permaneció sentada y yo la miré desde arriba.

—Firmé los papeles del divorcio. —Se lo dije saltando cualquier tipo de ceremonias. Debía creer que encontrarla allí por casualidad no despertaba ningún sentimiento en mí.

La vi tragar sin bajar la mirada. Estaba herida. Al menos teníamos algo en común. ¿Cuándo entendería que le habría bastado extender una mano para hacerme abrir los brazos? Por completo, para ella y sólo para ella.

—Puedes encontrarlos en mi estudio —agregué. Sólo para tener algo más que decir, una excusa para quedarme todavía unos segundos antes de marcharme.

—Veo que no has perdido el tiempo.

Lo había dicho con frialdad.

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—Por respeto.

Esa palabra sonaba como una blasfemia en sus labios. ¿Qué podía saber ella sobre el respeto? ¿Acaso había respetado el vínculo que nos unía? ¿Acaso me había respetado a mí? ¿El amor que sentía por ella?

—¿El mismo respeto que me muestras tú cuando haces que te folle De Blasio?

No respondió. Sentí mi pecho desgarrado por un dolor que nunca había experimentado. O tal vez sí. Tal vez había sentido ese tipo de dolor en el momento en que supe que había muerto.

Nada anticipó las profundas ganas de vomitar que me invadieron en ese momento. Ante su obstinado silencio me sentí incluso peor. ¿Qué podía ser, sino una admisión de culpabilidad? Tal vez estaba cegado por los celos o tal vez todo era verdad.

—Cuando cojas los documentos, deja las llaves de casa sobre el escritorio —le dije antes de alejarme hacia la salida.

Capítulo 18

Gemma

—No creo que sea una buena idea.

Estábamos en el Las Vegas Shooting Center, lo había elegido yo. Nos dieron dos grandes cascos de color verde ácido y luego nos ubicaron en dos puestos contiguos, separados por una pantalla de metal.

Pen había elegido una especie de ametralladora colocada sobre un trípode de aspecto amenazador. Yo, una Sig Sauer. El encargado me había dado un modelo P239, decía que tenía una empuñadura corta y estrecha, adecuada para mis manos pequeñas.

—Lo es, créeme.

Nunca quise cambiar de arma, a diferencia de Pen, que probó todas las que el encargado le propuso. Yo sólo quería practicar con la pistola. La apuntaría contra Víctor la próxima vez que intentara forzarme a algo. Luego, si tendría el valor de usarla, ese era otro asunto.

Obviamente no. Pero desahogar la ira reprimida podía ser una buena manera de superar los momentos difíciles. Había descubierto que estaba embarazada, revelándose extremadamente agudo, cosa que yo debería haber sospechado. En cambio, ingenuamente, creí custodiar un secreto que no era tal. Lo conocía, él nunca lo dejaría pasar, nunca me daría un respiro. Si lo hubiera querido, podría haberse llevado al niño. No había ningún lugar en el mundo donde pudiera esconderme para escapar de él.

Pen se asomó a través de la pantalla que nos separaba.

—Me cargué a Magdalena tres veces y a Víctor dos, ¿es suficiente?

Me reí. —Creo que sí, nos merecemos un descanso.

Salimos del edificio bajo el sol.

—¿Cómo están las cosas con Víctor?

—Sabe que estoy embarazada —admití derrotada.

—¿Qué?

—Lo descubrió solo, hizo cuentas. Luego se lo confirmé vomitando hasta mi alma en su baño.

—Joder, ese hombre si que tiene cerebro. ¿Y ahora?

—Ahora no lo sé, tengo que pensar.

—¿Quieres que tu hijo crezca sin su padre?

—¡Ese no es el punto! ¡Víctor sería capaz de coger al niño y quitármelo!

Pen negó con la cabeza. —Creo que ese hombre es incapaz de hacerte daño, Gemma.

Yo también lo creía y lo esperaba en mi corazón, pero conocía su forma de actuar y varias veces lo había visto hacer cosas terribles. Ya no estaba segura de nada.

—De todos modos, me tomé unos días libres en la clínica, para aclarar un poco mis ideas. De lo contrario, me vería obligada a estar con Víctor todo el tiempo. El director prácticamente me lo impuso. Simon rompió el calendario de turnos porque siempre estoy siendo solicitada por él.

—Pero alguien que se pega un tiro en la rodilla sólo para estar cerca de ti…

—Está loco —concluí.

—Está muy motivado, dirás. Incluso intentó pedirle a Chris que yo hablara contigo, pero él lo detuvo de inmediato. Creo que fue la única vez en su vida que le dijo que no.

No podía imaginarme a Chris desobedeciendo a Víctor.

—Ese chico realmente debe amarte.

—Es toda mi vida —respondió Pen. Reconocía el amor cuando lo veía. Y ese par era un hermoso ejemplo de ello. No podrían haber sido más diferentes de lo que eran. Lamentablemente, no eran siempre las diferencias lo que hacían fuerte a una pareja. Víctor y yo éramos un ejemplo de esto. Diferentes pero incompatibles.

—¿Alguna vez has pensado que tal vez merezca otra oportunidad?

—¿Otra? ¿Hasta que descubra el siguiente cadáver en su armario?

—No, hasta que lo aceptes tal como es. Un criminal que te ama y que lastimaría a todos en el mundo excepto a ti.

La miré como si le hubieran crecido cuernos.

—Definí a Chris, es verdad, pero todos ellos son iguales, si lo piensas bien —resopló.

—¿Ellos?

—Sí, los Caruso. También Kenneth, su abuela, Mya, Víctor. ¿No son todos así?

Suspiré. Era terriblemente cierto. Si había algo que tenían en común era su carácter sanguinario, pasional. Nunca se daban por vencidos ni siquiera cuando se enfrentaban a pruebas claras de que no podrían hacerlo. Todos ellos. Víctor a la cabeza.

—Eso lo entendí hace mucho tiempo y también lo acepté.

—No lo creo, de lo contrario no te hubieras ido.

—¿Pero tú de qué lado estás? ¿Y la sinceridad dónde queda?

Pen suspiró. —Creo que ocultarte algo que él creía que podía hacerte sufrir, era la única manera que Víctor conocía para protegerte.

Las palabras de Pen calaron hondo en mi corazón y dejaron huella en mí. De repente ya no estaba tan convencida de ser la única que tenía razón en toda esa historia.

Tal vez, me estaba equivocando.

Capítulo 19

Víctor

Apenas pude llegar al baño. Si no hubiera sido mi futura esposa y madre de mi hijo, habría hecho que desde dirección le llamaran la atención. Gemma conmigo era eficiente como un mexicano durante la siesta.

Tenía un buen plan en mente para el momento en que volviera a verla. Porque tenía que volver. Y entonces la pondría contra las cuerdas. No me había pegado un tiro en la pierna para quedarme solo en una habitación de hospital. El plan era completamente diferente. Necesitaba escucharme y darme una oportunidad.

Y luego, estaba el bebé. Mi hijo. Nuestro hijo. Las sospechas se habían convertido en certezas en el espacio de unos minutos. Eso fue suficiente para hacerme pasar de la duda a la absoluta claridad con respecto a la situación que tenía frente a mí. Gemma y yo volveríamos a estar juntos. Y no porque fuera a obligarla, sino porque teníamos algo poderoso que nos unía. Un hijo era el sello de nuestro vínculo y habría hecho cualquier cosa por tenerlos a ambos. Ya me había disparado a una pierna, joder. Haría todo lo que estuviera en mi mano para recuperar a mi mujer y mi hijo.

Al regresar del baño, despotriqué e invoqué las peores maldiciones mientras hacía equilibrio con las muletas para meterme en la cama.

Mi matrimonio se había desmoronado y sin Gemma en mi vida no me importaba lo demás. Era una debilidad, la mayor debilidad que podía tener. Pero era así. Y lo peor era que, a pesar de que me había disparado a una pierna para estar junto a ella y explicarle mis razones, no estaba haciendo ningún progreso.

Al contrario. El haber descubierto el embarazo me había hecho retroceder mil pasos. Gemma se sentía amenazada por mí, por mi poder, por lo que podría haberle hecho, incluso en

contra de su voluntad. No estaba muy lejos de la realidad con esos razonamientos. Si hubiera querido, con los medios que tenía a mi disposición podría haber prevalecido de mil maneras diferentes. Habría sido una victoria fácil, mejor dicho una derrota definitiva, para ambos. Ella me habría odiado y yo me habría odiado a mí mismo. La quería en mi vida, pero por voluntad propia.

Me acosté boca arriba en esa cama tan incómoda. La situación se me estaba escapando de las manos, tenía que reconocerlo. La mejor forma de levantarse de una derrota era admitirla. Pero aún no estaba preparado para hacerlo. Tenía una última carta que jugar y lo haría esa misma tarde o en la primera oportunidad que tuviera.

Capítulo 20

Gemma

Me tocaba el turno de la noche. Lo cual en sí mismo no estaba tan mal. Si no hubiera sido porque estaba destinada a un único paciente, al cual debía servir y reverenciar. Hubiera preferido enfrentarme al despido, si no hubiese sido porque mi trabajo era una meta que había conseguido con mucho esfuerzo, luchando con uñas y dientes. No renunciaría a mi fuente de supervivencia, sólo porque Víctor actuaba como un déspota conmigo.

Me toqué el vientre. No podía olvidar que tenía una criatura que cuidar y esa sería mi prioridad. Todavía no sentía sus movimientos y si no hubiera sido por los malestares, ni siquiera habría sentido su presencia. Pero el niño estaba y se había transformado en la prioridad sobre todo.

Entré en la habitación de Víctor. Estaba en penumbras. Lo más irritante que podría haber hecho habría sido encender de repente la luz, cegándolo. Por un momento acaricié la idea de esa pueril venganza, pero tuve que constatar con decepción que ni siquiera era capaz de ese pequeño desaire. Víctor dormía. Su espalda descansaba contra dos cojines, estaba apenas levantado, tenía un ligero indicio de sudor en la frente y los labios entreabiertos. La mirada bajó al engorroso vendaje que cubría su rodilla.

Me detuve un momento a pensar en la locura de ese hombre. Dispararse, sólo para poder estar conmigo, tener la posibilidad de hablarme. Tener una posibilidad. O estaba loco o estaba muy motivado. No sabía cuál de las dos alternativas me asustaba más. Pero había algo que también me preocupaba sobremanera y era mi forma de reaccionar a ese carácter tan determinado y teñido de esa pizca de locura lúcida. Admitirlo era como renegar de mí misma y de mis principios pero… lo amaba. A pesar de todo. Amaba su ser decidido y su saber siempre

qué hacer y cómo reaccionar en todas las situaciones. Amaba que tuviera el valor para embarcarse en empresas absurdas y que las llevara a término con una frialdad fuera de lo común. La otra cara de la moneda de aquel hombre del que estaba perdidamente enamorada era un pasado turbio con el que tendría que convivir. Nunca podría pretender que esos dos aspectos de su personalidad permanecieran separados. Víctor Caruso estaba formado por ambos. El bien y el mal combinados. No podía tomar uno sin aceptar también el otro.

Me acerqué a él y puse una mano en su frente para apartar dos rizos rebeldes que caían hacia abajo. Ese movimiento fue suficiente para hacerle abrir los ojos. Dos pozos negros, de pura oxidiana, se fijaron inmediatamente en mí. Una extraña sensación me recorrió de la cabeza a los pies. Víctor estaba en una cama de hospital pero estaba lejos de ser inofensivo. Todo en él era peligroso. Cada fibra de mi ser se puso en alerta por un instinto de supervivencia que debía estar presente en cada criatura viviente. Y no podía ser de otra manera. Él era un depredador y yo su presa. No había otros esquemas entre nosotros, las posibilidades eran sólo esas. Cogió la mano que tenía en su frente con un toque delicado y lentamente la llevó a sus labios. Sus ojos nunca dejaron los míos mientras ejecutaba el movimiento. Mi corazón comenzó a enloquecer. El contacto entre mis dedos y su boca fue como una descarga eléctrica. Sentía la necesidad de sentarme, las piernas se me estaban aflojando, pero me resistí a esa admisión de debilidad. Fue Víctor quien puso fin al hechizo.

—Necesito una ducha —dijo sin soltar mi mano.

Parpadeé con incredulidad. ¿Una ducha? ¿Qué clase de pedido era?

Aparté la mano bruscamente. —No puedes tomar una ducha, tienes la rodilla vendada, correríamos el riesgo de comprometer la herida.

—No me importa la herida.

Tragué saliva. Estaba sudado, no se trataba de una petición injustificada, pero se necesitaría mucha precaución y habría que ayudarlo. Después de todo, yo estaba allí para ello. Una habitación privada, una enfermera privada, para un paciente muy especial.

Sus ojos se clavaron en los míos. Estábamos pensando lo mismo, estaba segura de ello.

¿Podía negarme? No podía. Pero incluso si hubiera podido, no lo habría hecho. Porque lo cierto era que deseaba complacer su pedido. Anhelaba ver su cuerpo desnudo, tocarlo, sentir la potencia de sus músculos bajo mis dedos. Lo deseaba. Mi cerebro borró en pocos instantes días y días de obstinado rechazo hacia él. Todos los firmes propósitos de resistir, se habían ido al demonio ante el simple contacto de sus labios con mis dedos… ¿Qué pasaría con el pedido que me había hecho? Estaba perdida.

—No creo ser capaz —me justifiqué— en realidad siempre se desaconseja. Sería mejor esperar. —Me di cuenta de que mi voz era ronca y chillona, ya estaba presa del encanto de la fantasía de él y yo juntos.

Víctor no se lo creyó y me miró con una mirada que llegaba hasta mi alma. —Yo, en cambio, digo que sí, tienes todas las competencias de una buena enfermera. Y se da el caso de que eres la mía, mi enfermera. Personal.

—Eres terco como una mula —espeté, olvidando la distancia que me había prometido mantener y hablándole como si fuéramos la pareja que habíamos sido. Me mordí el labio mientras él curvaba los suyos en un atisbo de sonrisa. Fingí no darme cuenta de ello y le tendí la mano. Víctor la tomó, no como una persona enferma que necesitaba sostén, sino como un hombre que sujetaba la mano de su propia mujer.

Se sentó en la cama. Le ofrecí la muleta y se levantó apoyando su cuerpo sobre mí, rodeando mis hombros con su brazo mientras yo envolvía su cintura con el mío. Llegamos de esa manera hasta el baño, donde lo ayudé a sentarse sobre el retrete mientras regulaba la temperatura del agua en la ducha. La vergüenza comenzó a crecer al tiempo que el silencio entre los dos se prolongaba, un silencio cargado de tensión y expectativa. Cuando el agua estuvo lo suficientemente tibia, me volví y lo ayudé a levantarse. Debería haberlo mirado, como hacía con todos mis pacientes, pero me di cuenta de inmediato que sería una batalla perdida de antemano.

—Levanta los brazos —le ordené, más dura de lo necesario, y él obedeció. Le quité la camiseta y se quedó con el pecho desnudo. La familiar extensión de músculos y vello oscuro que cubría sus pectorales fue lo primero que ví. Estaba sudado, era cierto, pero ni siquiera eso

lograba darme fastidio.

—Agárrate de mí, cuidado, no pierdas el equilibrio —ordené expeditiva mientras me arrodillaba.

—No te agaches…

—No hay problema, todavía soy ágil —respondí molesta. Se preocupaba por mí y por el bebé, pero estaba demasiado nerviosa para aceptar esa premura. Llegó el momento de los pantalones cortos. Sabía que no llevaba nada debajo e intuía que aquello que estaba sucediendo en ese momento no le era indiferente. Lo sabría con mayor certeza en el momento en que le bajara los pantalones. Un bulto respetable tensaba la tela ligera. Era el momento de la verdad. El último en el que podría echarme atrás. Si iba más lejos, nunca nos detendríamos.

Me demoré con las manos en el elástico por un instante apenas. El instante se prolongó más de lo debido. Si cedía a su deseo, sería el final. Ya no habría habido vuelta atrás, habría sido absorbida por el sexo y las consecuencias que se habrían derivado de él…

—Olvídalo —escuché que me decía. Esa palabra fue como una bofetada, una ducha fría en pleno rostro. Había una nota amarga en su voz. Una mezcla de melancolía y determinación.

Levanté la cabeza. Víctor me miraba más guapo y seductor que nunca, con los rizos desordenados, los ojos iluminados por la excitación, casi desnudo, con los pantalones cortos tensos. Y yo, de rodillas frente a él, presa no sabía de qué sentimientos y sensaciones contradictorios.

Una vez más, supo interpretar mis reacciones y mi incomodidad. Una vez más, tomó las riendas de la situación en sus propias manos y decidió lo mejor, para ambos.

Permanecí un instante arrodillada frente a él, escuchando sus palabras.

—Tienes razón. La ducha fue una pésima idea, llévame de nuevo a la cama.

Capítulo 21

Mya

Conduje como una loca hasta Henderson. Mientras apretaba al máximo el acelerador del coche, el teléfono sonó. Eché un vistazo al asiento del acompañante, donde lo había abandonado. Russel. Había dejado la mesa cuando todavía estaba sola. Debía haber llegado, estaría preguntándose dónde me había metido. Que se fuera al demonio, él y sus molestas insinuaciones. Que le dieran. Quería recuperar a mi marido. Sin embargo, el cretino de Kenneth se había marchado con dos chicas que seguramente acababan de cumplir la mayoría de edad y lo miraban como si fuera un dios. Mejor dicho, que lo miraban como se miraba a la perspectiva de ser folladas durante toda la noche hasta la saciedad. Recordé sus ojos coquetos, la lujuria que los encendía. En mi mente vi manos extrañas y uñas esmaltadas sobre el pecho de Kenneth, bocas sensuales en su piel.

Presioné el pie con más fuerza en el acelerador. Estaba furiosa, por todo.

El portón automático de Villa Caruso se abrió luego de que la cámara de seguridad escaneara mi rostro. No debía haber nadie allí. Víctor ingresado, Gemma en su antiguo piso, Rachel desaparecida quién sabe dónde. Kenneth… follándo quién sabe con quién.

Tan pronto como entré en casa me quedé sin aliento. No había puesto un pie en Villa Caruso desde el día en que había hecho las maletas para regresar a mi casa. ¡Mi casa!

Fui directo hacia el ala de la Villa que conducía a su estudio. Estaba desordenado. Extraño, no era propio de él. Kenneth no era un fanático del orden, pero nunca hubiera tenido su escritorio en esas condiciones. Estaba lleno de papeles esparcidos y, precisamente entre esas hojas abandonadas, descubrí los papeles del divorcio. Habían sido firmados con un garabato furioso y luego abandonados sobre el escritorio. Típico de Kenneth.

Los recogí y los metí en mi bolso, desordenados como estaban. Sólo verlos, sólo ver su

firma colocada en el fin de nuestro matrimonio, me hacía sentir mal. Y sin embargo, era yo quien lo había querido. No podía culpar a nadie más, sólo a mí misma. Me giré mirando a mi alrededor derrotada. Inmediatamente vi que algo andaba mal. Maldición. No me había dado cuenta cuando entré, tal vez porque estaba demasiado furiosa.

El carrito de los licores. Kenneth no tenía uno en su estudio, debía haber cogido el de Víctor. Inspeccioné las botellas. Todas estaban más o menos vacías. La idea de que Kenneth hubiera vuelto a beber con regularidad fue como una puñalada en pleno pecho que me hizo sangrar el corazón. Sin embargo, no había otra explicación. Se había entregado al alcohol, las pruebas estaban ahí frente a mis ojos, aunque creer en ello era el más fuerte de los dolores. Me desplomé en el sofá.

El plan que había intentado seguir y que creía que me llevaría lejos, sólo me estaba alejando de la persona más preciada que tenía. Y no sólo eso. Estaba lastimando a Kenneth, de la peor de las formas. De repente, la certeza del error que había cometido y subestimado me golpeó de lleno como un tren en movimiento. Había habido demasiadas señales reveladoras de que me había equivocado, pero no las había tomado en consideración. Me había obstinado en seguir adelante con un propósito infame, ambicioso, egoísta y sin futuro. Si había alguien a quien podía culpar, era sólo a mí misma.

Estaba cansada, de todo.

Me había subido a un peligroso carrusel pensando que podía controlar la vuelta.

Había sido zarandeada de aquí para allá sólo por culpa de mi ambición. En ese momento, arrepentida, me hubiera gustado tanto bajar, pero no creía que fuera posible sin hacerme daño.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Desesperada.

***

Me desperté sobresaltada. Me había quedado dormida. ¿Cómo fue posible? La copa que había bebido por la mitad había actuado como somnífero, gracias al hecho de que por la noche descansaba poco y mal. Había sido un ruido repentino el que me despertó, estaba segura. Una puerta que se abría o se cerraba. Kenneth.

Miré el reloj. Eran las cuatro de la mañana, en ese momento estaba regresando a casa.

Enderecé el cuello, dolorido por la incómoda postura. Me puse de pie de un salto, alisándome el vestido sobre mis caderas, luego traté de limpiarme la boca del hilo de baba que había caído durante mi sueño. Dios mío, estaba impresentable. Y enfadada.

No tuve tiempo de pasar las manos por mi cabello para, mínimamente, ordenarlo. Kenneth apareció en la puerta y me paralicé. Ya me sentía débil, pero verlo me quitó la poca energía que me quedaba. Su imponente cuerpo llenaba toda la puerta. Su rostro estaba cansado, la barba apenas crecida y la camisa medio desabotonada. Bajé con la mirada hasta ver que el cinturón estaba desabrochado y también el primer botón de los pantalones. El recuerdo de cómo nos habíamos separado la noche anterior me abrumó. Una rabia ciega me inundó hasta casi dejarme sin aliento.

—¿No tuviste tiempo para vestirte después de follarte a tus amiguitas? —De repente me sentía despierta y lúcida. Estaba rabiosa, cegada por un sentimiento que no sabía controlar y que me gobernaba. El remordimiento que había experimentado la noche anterior al entrar en el estudio había sido superado por la ola de celos incontrolables que amenazaba con asfixiarme.

—¿Cómo adivinaste?

Su voz estaba pastosa. Había bebido, pero yo también lo había hecho.

—Tardaste poco en volver a tus viejos amores, el alcohol y las mujeres. Bastó que me volviera un momento…

Con tres pasos devoró la distancia que había entre nosotros y me cogió firmemente de ambos brazos. Su boca se acercó mucho a la mía y pude percibir su aliento mezclado con un toque de licor.

—No es que *te volviste un momento*, es que me diste la espalda por completo. Tú me dejaste, Mya.

Sus palabras, duras como piedras, rebotaron en mi conciencia, haciéndola pedazos. Era cierto, lo había dejado. Pero no era así como hubiera querido que fueran las cosas entre nosotros. Tenía que ser capaz de manejar la situación, ambos teníamos que poder…

—Y fuiste de inmediato a arrojarte a los brazos de dos putas…

—Después de que tú le abriste las piernas a Russel De Blasio —rugió soltándome y dando un paso atrás. Era como si recordar ese detalle le hubiera hecho comprender que ni siquiera quería tocarme.

Un frío glacial e insoportable me envolvió repentinamente.

Nos habíamos convertido en dos extraños que usaban sus más filosas armas para herirse recíprocamente y hacerse el mayor daño posible. No había quedado nada de nosotros, nada por lo que valiera la pena luchar.

Capítulo 22

Gemma

Cerré la puerta de mi piso con una enorme sensación de cansancio sobre mis hombros. Dejé caer mi bolso al suelo y yo misma me desplomé en el sofá, con las luces apagadas, abandonada como el desecho que sentía que era.

Agradecía no haberme encontrado a Pen, me sentía demasiado confundida por lo que había sucedido con Víctor y ni siquiera sabía por dónde empezar para desenmarañar ese absurdo enredo en el que se habían convertido mis sentimientos.

La atracción que sentía por Víctor era poderosa, y lo era también para él. Estaba segura de ello.

En la oscuridad de mi sala de estar, con la luz tenue de la luna filtrándose a través de la ventana, había evocado nuevamente cada momento de lo que había sucedido entre nosotros. Su toque, su rostro, yo de rodillas ante él.

El hecho de que se hubiera echado atrás en el último momento me había dejado necesitada y frustrada. Al mismo tiempo me había dado la oportunidad de comprender que Víctor no habría hecho nada para forzarme. Si nos acercábamos nuevamente no sería por un momento de cegadora pasión, sino por un deseo sólido y compartido. En eso él era mil veces más determinado que yo y su terquedad no hacía más que fascinarme. Me quería, había tenido la prueba frente a mi cara, su duro miembro bajo los pantalones cortos era una certeza inequívoca. Pero me tomaría sólo según sus términos.

Abandonada en el sofá, había deslizado la mano en mis braguitas mientras reconstruía el recuerdo de nosotros dos tan cerca de hacer el amor. Incluso me pareció sentir su olor y su dureza. El orgasmo que me procuré fue satisfactorio, pero nada comparado al que Víctor podría

haberme dado. Lo echaba de menos y no sólo a su cuerpo. Lo echaba de menos a él.

Agotada por la tensión y el cansancio ni siquiera llegué a la cama, colapsé en el sofá con la mano todavía metida en las braguitas.

***

A la mañana siguiente fui al trabajo con un humor diferente al habitual. Estaba agitada, como si aquello que había sucedido entre Víctor y yo el día anterior hubiera minado la barrera de indiferencia que con tanto trabajo había erigido. Era como si la rabia y el dolor que me habían animado hasta ese momento se estuvieran debilitando. Desmantelados por la presencia cotidiana de Víctor en mi vida. Había intentado alejarlo de mí sin éxito. Él había encontrado una manera cruenta y completamente acorde con su estilo para introducirse en mi mundo. Y lo había conseguido. Y lo que más me acostaba admitir era que por la noche, cuando iba a casa o cuando terminaba mi turno, siempre pensaba en él, en el momento en que lo volvería a ver.

No había vuelto a tocar el tema del bebé, o más bien no había vuelto a amenazarme con utilizarlo como un arma de extorsión contra mí, y yo sólo podía sentirme agradecida por eso. Incluso si, no sabía cuánto duraría esa magnanimidad.

Llegué a la clínica con un deseo espasmódico de verlo. Estaba casi emocionada por la idea de pasar tiempo con él y eso me asustaba. Pero eran sensaciones que no podía controlar.

Esa mañana el programa para él preveía comenzar el gimnasio. Era pronto para la rehabilitación, pero algunos masajes no le caerían mal y tampoco dar unos pocos pasos, aunque fuera con la ayuda de las muletas. Me puse el uniforme y subí a su piso. Llamé a la puerta y entré sin esperar permisos.

—Es hora de hacer un poco de ejercicio —dije entrando como si fuera una inspección. Víctor estaba en la cama, sentado con dos almohadas detrás de su espalda. Su rostro lucía relajado y tenía un brazo detrás de su cabeza. Me estaba esperando.

La vergüenza por lo que sentía hizo que me sonrojara. Intentando fingir desenvoltura, acerqué la silla de ruedas a su cama y él me sorprendió con un gesto repentino. Posó una mano sobre mi vientre.

—¿Cómo estás hoy?

—Me siento mejor —respondí llena de emoción. La voz me salió débil por la sorpresa. Mantuvo algunos instantes la mano sobre mí y luego la retiró, dejándome desconcertada. Se aferró a los reposabrazos de la silla de ruedas y, con la fuerza de sus brazos y un poco de mi ayuda, consiguió sentarse. Le acomodé la pierna operada lo mejor que pude. Para hacerlo debí arrodillarme. Forcejeé con la articulación vendada sin mirarlo, pero al final tuve que levantar la vista. Lo encontré mirándome y sentí un calor irradiar por mi cuello. Me enderecé inmediatamente.

—Te llevaré al gimnasio —dije para disimular la vergüenza. Empujé la silla de ruedas a través del pasillo y subimos al ascensor en silencio. Siempre sin hablar bajamos en el primer piso. Entramos en el gimnasio, que estaba extrañamente vacío. Era un ambiente grande y equipado con todo lo necesario para la rehabilitación de los pacientes.

—Pedí que hoy estuviera reservado —dijo, como si hablara de una habitación de hotel. Había leído mi mente.

¿Reservado?

Me mordí la lengua. Para él, por supuesto. Él podía todo.

Llevé la silla de ruedas hasta la camilla sin hacer comentarios sobre ese alarde de posibilidades. Por otra parte, no me disgustaba para nada el hecho de que estuviéramos a solas, debía admitirlo.

—Tenemos que empezar con un masaje en la pierna. Iré a buscar al fisioterapeuta.

Cuando me giré, vi por el rabillo del ojo una silueta detrás de la pequeña ventana cuadrada de vidrio insertada en la puerta vaivén basculante.

Me quedé sin aliento. El rostro de porcelana de Magdalena De Blasio giraba de derecha a izquierda mientras intentaba identificar por dónde entrar al gimnasio. Le di bruscamente la espalda, mi corazón latía enloquecido. ¿Cómo podía manejar esa situación? ¿Con qué derecho había venido? La primera opción en la que pensé fue echarla. Me lamí los labios. De repente, una idea flotó en mi cabeza. Tenía una oportunidad. Mi oportunidad.

Podía dejar las cosas claras con esa mujer de una vez por todas. A mi manera. Una manera incorrecta pero eficaz, una manera que nunca pensé poder usar, pero los celos debían haberme vuelto loca. Tomaría mi venganza, sólo tenía que encontrar el valor de ponerla en acto. La determinación no me faltaba, era el descaro de lo que carecía, pero me las apañaría.

Regresé sobre mis pasos, me acerqué a la cama y puse mi mano sobre el brazo de Víctor. Sentí que su músculo temblaba en respuesta. Vagué con la mirada desde el punto en el que nuestros cuerpos estaban unidos hasta su rostro. Sus ojos negros ardían. Miré fijamente su boca, entreabierta y sensual, enmarcada por el velo de barba de un día.

Era el momento en el que debía lanzarme. Tómalo o déjalo, lucha o ríndete. Lucharía. Por una vez en la vida no jugaría a la defensiva sino al ataque.

Tragué saliva perdiéndome en esa mirada y olvidando por el momento todo. Lo veía sólo a él, a su belleza y a lo que sentía.

Me incliné lentamente, tocando sus labios con los míos. Por un instante cruzó por mi mente la idea de que podía alejarme. ¿Qué haría si lo hiciera? La duda duró sólo pocos segundos porque la boca de Víctor se abrió y mi lengua encontró a la suya. Su sabor explotó en mi boca, familiar y al mismo tiempo nuevo. Su palma rodeó mi nunca y me atrajo hacia él. En ese momento lo olvidé todo, mi único pensamiento era él, nosotros.

—La puerta… —susurré en sus labios pensando que verdaderamente, si no Magdalena, cualquiera podría haber irrumpido sorprendiéndonos.

—Nadie vendrá —murmuró.

Sabía que alguien había venido ya y que nos estaba mirando. Pero conservé ese pensamiento para mí y me abandoné a lo que realmente quería. Bajé con mis manos a su cuello y a su torso. Víctor llevaba la camiseta y no era prudente desnudarlo por completo. Tenía poco tiempo para poner en práctica mi plan y debía concentrarme en la parte más importante. Cogí el elástico de sus pantalones cortos y los bajé, ayudada por el movimiento de su cadera. El pene de Víctor destacaba hinchado y largo casi hasta el ombligo. En ese instante olvidé cómo había comenzado todo, fui presa de una excitación intensa e imparable que me volvía audaz y

descarada. Lo agarré empuñándolo con mi mano y disfrutando de su respuesta: un suspiro sufriente. Acerqué mi cara y chupé la punta antes de tomarlo completamente en mi boca. Había echado muchísimo de menos su maravilloso sabor. Su grosor llenaba mi boca pero sentía que nunca tenía suficiente. Lo trabajé con mi mano y mis labios mientras escuchaba que su respiración se hacía más pesada y sus suspiros cada vez más cercanos. Lo apreté entre las piernas, en los testículos hinchados, y lo sentí correrse con un chorro caliente y abundante. Levanté la cara para mirarlo. Tal vez yo estaba tan turbada como él, no lo sabía. Víctor estaba guapísimo, con el rostro sonrojado y los ojos brillantes, los labios entreabiertos y la expresión de alguien que acababa de tener un orgasmo memorable.

—Iré a limpiarme —balbuceé alejándome y llena de vergüenza. Lo dejé acostado en la camilla sin darle tiempo a replicar y fui directo hacia el pequeño baño. Me eché un poco de agua en la cara y de repente recordé cómo había nacido aquella absurda iniciativa. Había alguien esperándome en la puerta y, si todo hubiera salido según lo previsto, debía haber recibido una buena paliza.

Capítulo 23

Gemma

—¿Puedo serte útil?

Dije esto echando mi cabello hacia atrás y alisándolo en la cola de caballo que había improvisado. Nunca había estado menos arreglada en mi vida, pero sentía una prepotente sensación de triunfo con la cual podría haber aplastado al mundo. Incluida ella.

Me encontré con la mirada de Magdalena y por primera vez vi desconcierto en sus ojos. Había salido del gimnasio, solo un momento, lo necesario para hundir el cuchillo en la herida de esa bruja que pensó que podía arruinarme la vida.

Estaba segura de que se había quedado observando todo y en ese momento no estaba para nada arrepentida de mi comportamiento. Por una vez en mi vida había aprovechado la oportunidad.

Magdalena no respondió. Parecía la estatua de una santa afligida, más pálida de lo habitual, con la boca curvada hacia abajo y una expresión que dejaba ver una aplastante decepción. Sentí una punzada de satisfacción.

—¿Son para Víctor? —agarré bruscamente las flores que colgaban de su mano. Ella ni siquiera opuso resistencia y dejó que yo las cogiera.

—Al final lo perdonaste —murmuró. No podía creerlo. Su plan para separarnos había fallado, a sus ojos, y no lo creía posible.

—Se llama amor, Magdalena, y suele vencer a todas las adversidades. Y a toda la gente que intenta destruirlo, como tú. Mi amor por Víctor es demasiado fuerte para permitir que el pasado se interponga entre nosotros. Si aún no lo has descubierto, seguirás desperdiciando tu tiempo al tratar de separarnos. Espero que lo que has visto haya sido suficiente para ti. —No le dije nada acerca del bebé que estábamos esperando. Era demasiado y no quería poner el dedo en una

herida que sería dolorosa para cualquier mujer.

Arrojé el ramo de flores en el cubo de la basura, le di la espalda dejándola atónita y regresé al gimnasio.

Apoyé mi espalda contra la puerta cerrada y me permití respirar profundamente.

Estaba segura de que esa mujer ahora podía considerarse fuera de mi vida para siempre.

Capítulo 24

Víctor

—¿Crees que eso es suficiente?

La voz de Víctor me hizo abrir los ojos de repente. Tenía la espalda contra la puerta y estaba intentando recuperarme del encuentro con Magdalena, él seguía acostado en la camilla. Me humedecí los labios.

—¿Qué? —Estaba algo aturdida.

—¿Crees que Magdalena ha visto lo suficiente de ti y de mí?

El calor subió a mis mejillas repentina e incontroladamente. Abrí la boca para responder pero la vergüenza había bloqueado mi voz. Víctor se había dado cuenta de todo. Había visto a Magdalena, se había dado cuenta de que yo había notado su presencia. Se había prestado al juego. Hubiera querido hundirme, aplastada por la vergüenza causada por mi indigno comportamiento.

—¿Por qué no me detuviste? —grazné humillada caminando hacia la camilla.

Casi no tenía el valor de mirarlo a los ojos debido al sentimiento que me embargaba. Me había dejado usarlo, deliberadamente, solo para que yo pudiera demostrar que él era mío. Me avergoncé de mi comportamiento irrespetuoso e inmoral. Había sido una aprovechadora sin escrúpulos.

Su mirada no vaciló.

—Porque quiero que tengas tu resarcimiento. Por lo que hice, por lo que soy. Y no pienses que sabía que vendría, porque desde ya te digo que no es cierto.

Sus palabras penetraron en mi carne y en mis huesos. Resarcimiento. En su mundo regía ese tipo de ley. De venganza y restauración. ¿Cómo podía explicarle que me sentía mal porque en el

mío, en cambio, regía aquella de la compasión? ¿Que el saber que me había aprovechado de él para mi triunfo personal me hacía sentir despreciable? ¿Cómo podía hacerle entender que me sentía fatal por haber hecho algo abyecto y, por añadidura, por haber sido descubierta?

—Cometí un error —dije con vergüenza en mis ojos. Si me había comportado mal, tenía el deber de ser valiente en ese momento. Se lo debía. Más allá de todo, por muy ofendida que pudiera sentirme, por muy herida, nunca debería haberme rebajado a tal nivel de inmoralidad. Cuando estuve cerca de él, Víctor se incorporó en sus codos, extendió un brazo y levantó mi rostro poniendo un dedo bajo mi barbilla.

—No digas eso. Nunca te equivocas cuando me deseas y, si quieres usarme, te dejaré hacerlo siempre. —Miré sus ojos y supe que lo que estaba diciendo era cierto.

Sus palabras estaban llenas de un sentimiento primitivo y crudo. Me sentí marcada a fuego por esa forma tan carnal de expresarse. La sangre hirvió en mis venas como nunca antes, desencadenando en mí un instinto prepotente que me derretía por dentro.

—Desde que entraste en mi vida soy un hombre diferente. Sólo contigo. Pero no puedo cambiar todo lo que hice y todo lo que fui antes de conocerte. No puedo cambiar el pasado. Puedo asegurarme de respetarte en el futuro y esto te lo juro por mi honor. Pero el pasado, tendrás que perdonármelo, Gemma. Todo junto, aquí y ahora. Porque no puedo vivir con el miedo de que descubras algo que desapruebes o que te haga pensar que no soy digno de ti.

Sus palabras desgarraron algo dentro de mí. Me clavaron a mis responsabilidades y, sobre todo, a la elección que estaba llamada a hacer. Miré esos ojos negros y, mientras lo hacía, sentí su toque. Moví la mirada hacia abajo para ver el dorso de su mano, grande y fuerte, cubriendo la mía. Teníamos la posibilidad de comenzar de nuevo, desde cero.

Debía elegir, pronto.

Capítulo 25

Mya

Para luchar contra todo lo que estaba poniendo mi vida patas arriba, me había lanzado de lleno al trabajo. Había tomado en mis manos los libros de contabilidad de mi padre y mi hermano, revisando con minuciosidad las diferentes formas de actividad. Me había dedicado a estudiar a todos los que estaban en la nómina de mi familia, descubriendo información realmente interesante. Había procedido a podar varias “colaboraciones”, a pesar de que mis primos torcían la nariz ante la mayoría de mis decisiones. Seguían diciendo que mi padre y mi hermano habrían actuado de otro modo. Pero cuanto más lo decían, más me comportaba según lo que me sugería mi instinto.

Me sentía rabiosa y herida. Por lo que sabía, Kenneth consideraba que nuestro matrimonio había terminado. Quién sabe cuántas mujeres se habían metido en su cama en esos días, quién sabe cuántas veces se había emborrachado. El dolor me aturdía, la única manera que conocía para sobrevivir era cerrar los sentimientos bajo llave dentro de mí y trabajar. Solo trabajar.

Desde la noche en que Russel había declarado abiertamente sus intenciones hacia mí, había intentado evitarlo por todos los medios. No podría hacerlo eternamente, pero la próxima vez que lo enfrentara sería para poner en claro que entre nosotros nunca habría nada. Si esa revelación podía alejarlo de la familia Leone, lo desafiaría a hacerlo. Le había concedido la mina de Cortez, cediendo a las presiones de mis primos y dando una vez más la espalda a Kenneth y a los Caruso. Esperaba que pudiera ser una manera de demostrar mi voluntad para colaborar, pero al mismo tiempo esperaba también hacer mermar su evidente interés por mí. La mina siempre había estado entre sus miras y, el hecho de que hubiera cedido, tal vez podría haberlo satisfecho y aplacado por un tiempo. Los papeles ya estaban firmados y descansaban en la caja fuerte, listos para ser entregados.

Había tomado posesión de la habitación destinada a estudio de mi padre. Apropiarme de aquella estancia había sido un descubrimiento de realidades desconocidas, un trayecto doloroso que me condujo a conocer mejor al hombre que me había dado la vida y al mismo tiempo me la había arruinado. Llevaba más de una semana revisando documentos, registros, papeles. Quité las fotos familiares del escritorio, despejándolo por completo, cambié los pesados cortinajes de las paredes. Me deshice de las polvorosas y oscuras alfombras, dejando a la vista el espléndido parquet de varias tonalidades de madera natural.

Esa tarde mis primos se presentaron en la puerta del estudio de mi padre, ahora mío, sin tocar.

—Tenemos que hablar.

Les hice un gesto para que entraran y tomaran asiento, pero no levanté la mirada de los papeles que estaba examinando.

—Mya, tenemos que tomar una decisión.

Alcé la vista con impaciencia.

—¿Sobre qué?

Tenían esa manera de presionarme que me hacía sentir sobre mis hombros el peso de todas las situaciones que giraban a nuestro alrededor. Era la jefa, era cierto, me correspondía a mí decidir y tomar posición, pero tenía la clara impresión de que disfrutaban al presentarme las controversias más espinosas e intrincadas. Sólo para verme en dificultades.

—Los Espinoza están reclutando aliados en la ciudad.

Ese nombre hizo que se me pusiera la piel de gallina. Espinoza. Era el clan mexicano responsable del atentado a Víctor.

—Los Caruso no se quedarán de brazos cruzados para siempre, tenemos que decidir de qué lado estamos. —No tenía ninguna intención de alinearme contra los Caruso, en ese ni en ningún otro asunto.

Los miré a ambos a los ojos. Era una trampa, para mí obviamente. Pedirme que eligiera de nuevo entre Kenneth y su familia por un lado y el clan Leone por el otro era una dinámica que

empezaba a cansarme. Me consumía los nervios. Además de haber enviado al demonio a mi matrimonio y destruido mi felicidad.

—Tengo que pensarlo. —Bajé la cabeza de nuevo a los papeles, con la esperanza de que esa respuesta fuera suficiente para ellos.

—Hazlo, pero no dejes que tus sentimientos te influencien.

Levanté bruscamente la cara, asimilando el golpe bajo. —Me parece que he dado sobradas pruebas de ello hasta hoy. Kenneth firmó los papeles del divorcio, sólo falta formalizarlo.

—Necesitamos actuar rápidamente. Los De Blasio son nuestros aliados y su decisión dependerá de nosotros. Se alinearán de nuestro lado.

—Dije que lo pensaré. —No tenía intención de respaldar a los Espinoza, pero tampoco tenía interés en que mis primos lo supieran de inmediato.

—A propósito, Russel quiere verte.

Fruncí el ceño.

—Esta noche en el Luna Rossa, reservó una mesa. Dice que lo dejaste plantado en la última cita.

Una oleada de dolor me paralizó. Había abandonado la cita para ir tras Kenneth, después de haber visto que se marchaba con aquellas dos mujeres.

—No puedo ir, tengo mucho trabajo.

Mitch me miró con severidad. —Yo en cambio creo que deberías hacerlo, él tiene una propuesta que te ayudará a decidir.

Odiaba cuando hacían eso. Acorralarme y tomar decisiones por mí, obligándome siempre a hacer algo que no quería. Últimamente estaba sucediendo con demasiada frecuencia, ya no me sentía dueña de mis actos.

Las palabras salieron de mis labios como bocados envenenados.

—Está bien, iré.

***

Cuando llegué al Luna Rossa, Russel ya estaba sentado en una de las mesas. Tan pronto

como me vio, se puso de pie y examinó detenidamente mi figura de la cabeza a los pies mientras yo caminaba en dirección a él. Aún no había dicho una palabra, sin embargo sus ojos me habían dejado completamente desnuda e incómoda. No veía la hora de abandonar ese lugar y la velada todavía no había comenzado.

—¿De qué debemos hablar? —dije sin ningún tipo de preámbulo, al tiempo que apartaba la silla para sentarme.

—¿Así? ¿En frío? Es un placer para mí verte, Mya.

Suspiré, no quería ser grosera pero era importante que entendiera que nunca podría haber nada entre nosotros, porque mi corazón era de Kenneth y nadie más en esa vida podría ocupar jamás su lugar. Nunca. La línea que había decidido seguir preveía que no daría ninguna señal a sus intentos de acercamientos. Sinceramente quería olvidarme de ellos. De hecho, cultivaba la secreta esperanza de que, si continuaba sosteniendo ese comportamiento desapegado hacia él, Russel al final se cansaría. Y perdería interés.

—No son días fáciles, tengo poco tiempo, numerosas situaciones de las que necesito tomar nota y mucha responsabilidad. —No me disculparía por mi poca amabilidad.

—Como quieras, entonces hablaremos ahora mismo del asunto de los Espinoza.

¿Era ese el tema que quería abordar? El alivio fue intenso e inmediato. Nada relacionado con las ilusiones que cultivaba sobre nosotros dos. Tal vez había renunciado.

Russel se interrumpió por la llegada del camarero. Ordenamos entrantes y champagne y, cuando volvimos a quedarnos solos, continuó hablando.

—Los Caruso están apunto de hacer su movida y estoy seguro de que se tratará sólo del comienzo. Tenemos que tomar posición de manera inteligente y ventajosa.

—Estoy segura de que ya tienes algunas ideas. —Bebí un sorbo. Estaba convencida de que cualquier cosa que dijera sería un intento de distanciarme aún más de la familia de Kenneth.

—Nuestras familias juntas son una potencia, Mya. No necesitamos a los Caruso para gobernar Henderson. Podríamos dar un golpe de estado, aliarnos con los Espinoza, que son sus enemigos mortales, y tomar la delantera. Podríamos gobernar la ciudad. Si tomamos las

decisiones correctas. —Sus ojos brillaron con codicia. Podía intuir cuáles eran las que él definía como decisiones correctas.

—Habrá repercusiones —dije bebiendo un sorbo de champagne para disimular el desconcierto que me provocaban sus afirmaciones. Y por repercusiones me refería principalmente a muertes. La idea de hacerle la guerra a Kenneth me causaba escalofríos. Era algo que no había previsto cuando empezó toda esa aventura. Y era algo a lo que no quería llegar. Pero al mismo tiempo no tenía intención de descubrir mis cartas con Russel. Hacerle creer que estaba evaluando la propuesta podía ser una manera de ganar tiempo.

—Ciertamente. Pero es el momento de tomar una decisión valiente. No olvides que en medio también está Cananea.

Por supuesto, la mina de Cananea en México era un bocado apetecible para todos. Si nos hubiéramos aliado con los Espinoza, tal vez podríamos haber aspirado a una tajada de ese tesoro.

—Cananea es una realidad demasiado grande para nosotros.

—No si nos presentamos unidos. —Su mirada se fijó en mi mano. ¿Qué estaba observando? Lo seguí. Ah, por supuesto, había notado que ya no llevaba mi anillo de boda. Hice desaparecer la mano de su vista, retirándola debajo de la mesa.

—Tengo que pensarlo, ponderar —dije. Pero sobre todo debía ganar tiempo.

—No tardes demasiado, algunos trenes no esperan. —Me dijo esto con una extraña luz en sus ojos y comencé a dudar de que no se estuviera refiriendo sólo a los Espinoza y a la mina. Continuamos la cena hablando de negocios pero siempre tenía la impresión de que Russel quería algo más y, a medida que pasaban los minutos, estaba cada vez más segura de ello. Era una sensación fastidiosa, como una asquerosa sustancia pegajosa en la piel.

Cuando salimos del club insistió en acompañarme hasta el auto, aunque yo seguía diciéndole que no era necesario. En parte para no ser demasiado grosera y en parte porque no quería darle la idea de que tenía miedo de quedarme a solas con él, finalmente cedí. No había estacionado en la calle principal sino en una callecita lateral bastante oscura. En ese momento, recorrerla con Russel me hacía sentir más aprensión que hacerlo sola. Desactivé la alarma de mi

auto desde lejos.

—Aquí está, ya llegué —dije para despacharlo. Pero tenía una sensación trepando por mi piel: dudaba de que él hubiera llegado tan lejos sólo para luego dejarme ir. Me di vuelta frente a la puerta y lo enfrenté.

—Buenas noches —dije a modo de cierre definitivo. Sin embargo, algo sucedió. Russel se abalanzó sobre mi boca a gran velocidad. Literalmente se estrelló contra mis labios tomándome por sorpresa y con una rapidez que nunca hubiera esperado de un hombre de su tamaño. Coloqué mis palmas contra su pecho en un intento por alejarlo. Mis manos se hundieron casi en la carne, pero yo lo empujé con más fuerza.

Russel me metió su lengua en la boca a pesar de que yo intentaba zafarme. Logré separarme con dificultad.

—Suéltame, ¿en qué estás pensando? ¿Cómo se te ocurre?

—Estoy pensando que la nuestra sería una sociedad perfecta, Mya.

Sus ojos estaban resplandecientes. Sentí que tiraba de mi cabello hacia abajo haciéndome retroceder, mientras con la otra mano me sostenía por la cintura empujándome contra su cuerpo. Percibí la que me pareció una erección y me estremecí intentando alejarme. Pero era imposible, me mantenía inmovilizada.

Levanté una rodilla para darle un golpe entre las piernas, pero Russel intuyó lo que quería hacer y me interceptó.

—¿Te gusta algo rudo? Tranquila, puedo complacerte. —Una sonrisa se ensanchó en su rostro. Estaba atrapada entre su cuerpo y sus manos. No tenía idea de cómo salir de esa situación. Podría haber gritado, pero la callecita estaba desierta y Russel rápidamente me habría tapado la boca con sus manos. No tenía ninguna posibilidad. Ninguna.

La expresión de Russel se extravió por un momento. ¿Lo vi mirando por encima de mis hombros? ¿A quién estaba mirando? ¿Habría llegado alguien para perturbar sus planes? Esa débil esperanza me mantuvo viva durante los siguientes segundos.

—Déjala ir —escuché que tronaban. El alivio me invadió, repentino e inmediato como un

rayo. Las dos palabras fueron acompañadas por un fuerte chasquido. Kenneth, apareciendo de la nada misma, me arrancó del agarre de Russel haciéndome retroceder y ocultarme detrás de él. Lo que presencié a continuación fue la cosa más inquietante que jamás hubiera visto.

Kenneth puso una mano sobre el hombro de Russel y lo obligó a arrodillarse solamente con la fuerza de esa presión. Parecía que ponerlo de rodillas no le costaba ningún esfuerzo. Estaba impresionada por ese ejercicio de poder y brutalidad.

El rostro de Russel se puso morado mientras intentaba resistirse, pero tuvo que claudicar ante la fuerza de Kenneth y arrodillarse frente a él.

—Intenta ponerle las manos encima una vez más y haré que cuando te encuentren ni siquiera tu padre te reconozca.

—Tranquilo, ella ya no te pertenece… —tuvo el valor de responder mi atacante y ese fue el momento en que temí por su vida. Esas palabras podían tener un precio altísimo.

—Ahí es donde te equivocas, ella siempre me pertenecerá.

Russel intentó levantarse pero Kenneth le dio un puñetazo en la barbilla, haciendo que se tambaleara y cayera hacia atrás inconsciente. Mi marido se giró lentamente hacia mí. Con calma extendió el brazo con la mano abierta y yo la cogí.

No había necesidad de que dijera nada, a pesar de todo, hubiera ido a cualquier parte con él.

Capítulo 26

Mya

Apenas habíamos conseguido cerrar tras nosotros la puerta de Villa Caruso. Luego Kenneth me sometió con un beso feroz y exigente. Se cernía sobre mí con su altura y tenía que torcer mi cuello hacia atrás para encontrar su boca y su lengua, pero le habría dado libre acceso a cualquier parte de mí que deseara y de cualquier manera.

—No fui —murmuró en mi boca mientras me besaba.

—¿A dónde? —pregunté confundida.

—Con aquellas dos chicas, esa noche, no fui con ellas.

Me detuve por un momento mirándolo a los ojos.

—Los pantalones y la camisa…

—Cuando vi tu auto y me di cuenta de que estabas en casa, me aseguré de que así lo pensaras.

Una sensación de alivio inundó mi pecho y rápidamente admití mi verdad.

—Yo tampoco con él, con Russel quiero decir, nunca hubo nada…

Kenneth me miró con fuego ardiendo en esos ojos magníficos y de hielo que yo adoraba. Flexionó las rodillas y lo encontré en cuclillas a mis pies.

Levantó mi vestido con ambas manos y con un gesto brusco bajó mis braguitas, luego con igual ardor y fuerza metió su lengua entre mis pliegues. Había olvidado lo dura que sabía ponerla cuando la usaba en mí. Utilizó sus dedos para penetrarme, no tenía idea de cuántos pero no me importaba, mientras me acariciaba implacablemente con su lengua. La prolongada abstinencia y su habilidad me empujaron rápidamente hacia un orgasmo que me hizo gritar. Pero no tuve tiempo de recuperarme. Kenneth se puso de pie mientras yo apoyaba mis hombros inertes contra

la puerta principal. Se bajó los pantalones y la ropa interior y pude disfrutar de la vista de su miembro listo para mí.

—Te quiero aquí arriba —fueron sus palabras antes de que me tomara en sus brazos y me elevara en el aire. Me hizo bajar con fuerza sobre su pelvis y mi cuerpo acogió dentro de sí esa parte de él tan arrogante y dispuesta. Lo sentí llenarme completamente, tenía la sensación de que me estaba atravesando de parte a parte. Grité por el placer y la sorpresa.

—Arriba —dijo mientras colocaba sus manos en mis nalgas para sostenerme y mantenerme firmemente unida a él. Y luego, experimenté la abrumadora sensación de ser follada al ritmo con el que Kenneth subía los numerosos escalones que llevaban al primer piso, a nuestra habitación.

***

Nos habíamos acostado uno junto al otro y Kenneth se había quedado dormido en un momento.

Convencerlo de que me dejara regresar sola a Paradise había sido una empresa imposible. Él no quería dejarme ir y yo no quería separarme de él. Después de lo ocurrido con Russel, los escenarios podían ser de los más dispares. Todavía podría estar desvanecido allí donde lo habíamos dejado. Podría haber vuelto en sí y haber pedido ayuda. En Villa Leone podría haber encontrado un grupo de hombres listos para atacarme.

Kenneth me había hecho comprender en términos muy claros que, si quería volver allí, tendría que hacerlo con él. O no volver.

Entendí que no era el momento correcto para negociar. Había disfrutado del abrazo en la cama después del sexo abrumador, con la certeza de que a pesar de lo que había hecho, Kenneth nunca había dejado de amarme y era sólo mío.

Era más de la una y mi esposo dormía relajado a mi lado. Su respiración era regular, señal de que estaba profundamente dormido. Me sentía una ingrata por hacer lo que estaba a punto de hacer, pero tenía una conciencia a la que rendirle cuentas y no podía evitar actuar como ella me ordenaba. Si hubiera tirado la toalla justo en ese momento de la empresa, todos los sacrificios hechos no habrían tenido ningún significado. Si me hubiera dado por vencida, nuestra separación

y el dolor devastador que había provocado hasta ese momento no habrían tenido ningún sentido o justificación. Simplemente no podía retirarme en ese punto. Tenía que seguir adelante y terminar la gesta.

Con un movimiento lento y medido bajé de la cama y, en camisón, abandoné la habitación. Era demasiado imprudente tratar de vestirme ahí adentro, al menor ruido Kenneth se habría despertado y mi plan se habría arruinado.

Me escabullí fuera del dormitorio y recorrí el pasillo hasta encontrar la habitación de Gemma y Víctor. Ella se había marchado de la casa y él estaba en la clínica por la herida en la rodilla. Entré y abrí el armario en busca de algo práctico que me sirviera. Lo hice lo más rápido que pude y, a los pocos minutos, estaba afuera de la puerta de la Villa, en el corazón de la noche, intentando localizar un auto que me llevara a Paradise. Sabía que todos tenían rastreadores, excepto los dos pequeños utilitarios que usaba el servicio para hacer las compras. Las llaves estaban puestas, como en casi todos los autos. Encendí el motor esperando que Kenneth no tuviera el sueño demasiado ligero.

Llegué a Paradise en veinte minutos, las calles por la noche estaban desiertas. No entraría por el portón, irrumpiría en mi casa como una ladrona, para estar segura de que nadie me estuviera dando caza. Tenía que tener certezas respecto a lo que encontraría. Dejé el auto en la calle, en la parte trasera de la propiedad. Antes de bajar, saqué la pequeña Sig Sauer que Kenneth me había regalado poco después de nuestra boda. Sólo había practicado en simulaciones pero en caso de necesidad sabía cómo usarla.

Me acerqué al muro perimetral y trepé. Los perros no ladraron al reconocer mi olor y di gracias al cielo por los momentos que había pasado con ellos, no habían sido en vano. La puerta trasera, que conducía directamente a la despensa frente a la cocina, estaba cerrada, pero yo tenía un juego de llaves. Entré sin hacer ruido.

Estaba todo oscuro, por fortuna conocía la casa como la palma de mi mano. Mil veces siendo niña me había ocultado en la despensa para escapar de las burlas de mi hermano o para comer a escondidas, cuando mi padre decidía que tenía que irme a la cama sin cenar.

Me di cuenta de inmediato que mi plan se estaba atascando por alguna razón que aún no podía identificar. Estaba segura de que encontraría un concejo reunido en la Villa después del ataque sufrido por Russel. Habría sido la consecuencia más predecible. Yo estaba allí para desbaratar cualquier sospecha e imponer mi versión de los hechos. Sin embargo, había demasiada tranquilidad. Tal vez, su emboscada aún no se había descubierto. O Kenneth le había advertido secretamente a Chris que se encargara de ello…

¿Qué haría?

Tenía que llegar a mi estudio y apoderarme de los documentos que había regresado a buscar. Ese era el primer paso, el resto vendría solo.

Tan pronto como puse un pie en la cocina escuché el inconfundible sonido del seguro de una pistola al ser desactivado y el frío del arma presionando en mi sien.

—Quieta o te vuelo los sesos.

Capítulo 27

Víctor

Simon había venido a buscarme para ir a fisioterapia. Probablemente no se imaginaba que yo ya había hecho mi tipo de ejercicio favorito dos días antes, en el gimnasio, con Gemma. El recuerdo de ella tomándome en su boca era un estímulo maravilloso, me había ayudado a darme placer en aquella noche que acababa de transcurrir, solo. No tenía ningún prejuicio sobre el hecho de que lo hubiera iniciado porque Magdalena nos estaba espiando. Era un hombre sin escrúpulos y explotar las situaciones para mi beneficio exclusivo era una parte de mí.

Regresé con mi mente a ese momento, saboreando el recuerdo como un postre exquisito en mi boca. Me había dado cuenta del cambio de expresión en el rostro de Gemma. Ella era como un libro abierto para mí. Tan pronto como bajó la cabeza mordiéndose el labio, dividida entre lo que tenía y lo que quería hacer, vislumbré el reflejo de Magdalena en uno de los espejos del gimnasio. En ese momento creí por una vez en el destino. Yo, que siempre había pensado que el azar no existía, que la suerte estaba enteramente en las manos de cada quien, comprendí que a veces no era así. Como en ese momento. Y había dejado que las cosas siguieran su curso. Había dejado que Gemma me usara para demostrarle a esa mujer que yo era suyo. ¿Qué más podría desear? Después de todo era verdad. Y no podría haberlo dejado más claro de otra manera.

Excepto que, después de aquella sesión, Gemma se había encerrado en sí misma. Tal vez avergonzándose de lo que había hecho. ¿No había comprendido todavía que tenía delante a un hombre capaz de todo, de acciones mucho peores y que haría cualquier cosa para recuperarla? No me echaría atrás, se lo demostraría.

Estaba sentado en la silla de ruedas y las puertas del ascensor se abrieron para dejarnos entrar a Simon y a mí.

—¿Dónde está Gemma? —pregunté.

—No tengo idea, señor Caruso.

—¿Está en la clínica? —lo presioné.

—Creo que ha llegado, sí.

Me contuve para no atacarlo, aunque sólo fuera con palabras. Había pedido expresamente que fuera ella quien se ocupara de mí, incluidos los traslados. ¿Por qué entonces no estaba ahí, empujando mi silla hasta el gimnasio? Estaba a punto de preguntar pero me detuve a pensar por un momento. A Gemma le agradaba ese hombre, no habría apreciado que se convirtiera en el blanco de mi ira.

Exhalé con resignación mientras salíamos del ascensor. Recorrimos el pasillo encontrándonos en nuestro camino con algunos pacientes y también con parte del personal. Luego, en cierto momento, Simon se detuvo.

—Por qué te detuviste, este no es el gimnasio —ladré. La paciencia nunca había sido mi punto fuerte. Las que tenía delante eran las puertas batientes de la capilla de la clínica. Una vez había entrado allí, precisamente para poner a Gemma en sobre aviso: sin importar qué hubiera ido a decirle Magdalena, ella siempre debía tener presente que yo la amaba. Una advertencia que no había servido absolutamente para nada, si las cosas habían llegado a ese punto.

Sin decir nada empujó la silla de ruedas hasta hacer que se abrieran las puertas vaivén. Mi cabreo estaba alcanzando niveles inesperados, no había pedido una parada en la capilla. ¿Quién coño le daba derecho a ese enfermero a hacer una pausa para la oración que no había solicitado? El aire quedó atrapado en mis pulmones cuando vi lo que tenía delante.

La capilla estaba iluminada por la luz natural que se filtraba a través de las coloridas ventanas. Frente al pequeño y sencillo altar se encontraba Gemma. Mi corazón se saltó un latido o tal vez dos. Con uniforme de enfermera, el cabello recogido y una sonrisa llena de miedo pero maravillosa, estaba mi Gemma. Llevé la mirada a las manos que tenía entrelazadas frente a ella. Sostenían un pequeño bouquet de pimpollos blancos.

Gemma estaba allí para casarse conmigo. Yo estaba allí para casarme con ella.

Tragué un nudo de aprensión y sorpresa. ¿Realmente estaba sucediendo? ¿De verdad

todavía existía algo que pudiera tomarme por sorpresa?

Por primera vez en mi vida sentí que mis ojos se ponían brillantes y tuve la certeza de que eso nunca volvería a suceder. Porque nada me hubiera sorprendido más que lo que estaba pasando. Nunca había llorado, ni siquiera por la muerte de mis padres, por la muerte de Riko, cuando todavía creía que era casi un familiar. Me habían ocurrido infinidad de vicisitudes y aventuras, muchas de ellas traumáticas y dolorosas, pero siempre había mantenido la sangre fría y la compostura. Eran mis marcas distintivas. Pero no aquella vez.

—No sabía si estabas de acuerdo —murmuró con un tono que me sonaba como una melodía.

Su voz era estrangulada mientras me hablaba, y su sonrisa insegura, como si casarme con ella no fuera en realidad lo que más deseaba en el mundo. No me conocía lo suficiente, si no estaba absolutamente segura de que me casaría con ella en cualquier circunstancia. Y estar allí, sentado en la silla de ruedas, convaleciente de una herida de arma de fuego en la rodilla, en ese momento me pareció lo más hermoso que la vida me podía deparar. Más hermoso que cuando adquirí la mina de Goldstrike, más que cuando me convertí en la cabeza de mi familia. Más.

—Me casaría contigo mil veces, así que sí —respondí sin la menor duda.

Nunca las tenía, pero esa vez ninguna rozó siquiera mi cabeza.

Un sacerdote salió por una puerta lateral y se aclaró la garganta. De repente me di cuenta de que no estábamos allí solos. Junto a Gemma se encontraba la joven enfermera que la había acompañado en los primeros días de hospitalización. Kara, aquella chica reservada con el cabello corto, casi rapado, a quien había tratado con inmerecida dureza.

—Kara y Simon serán nuestros testigos —aclaró como para justificar su presencia. Podrían haber sido cualquiera, no me hubiera importado.

El sacerdote empezó a hablar pero yo estaba perdido en los ojos oscuros de Gemma, en su sonrisa, su tez ambarina. Su belleza me encantaba. La miraba desde abajo, desde mi silla de ruedas, y era justo así. Ella siempre sería mi estrella, a la que admiraría con el rostro vuelto hacia arriba.

Había llegado el momento de las promesas.

Tenía la garganta seca y agradecí que no fuera mi turno de empezar a hablar.

—No tengo nada preparado pero no creo que lo necesite. Víctor, quiero vivir mi vida contigo, cada momento a partir de ahora. Prometo serte siempre fiel y comprender tu forma de vida. O al menos intentarlo.

—Durante todos los días de mi vida —añadió inmediatamente a continuación, con una nota de emoción.

Fueron los votos matrimoniales más improvisados que jamás hubiera escuchado. Pero a mis oídos sonaban como los más dulces, aquellos en los que mis recuerdos se detendrían mientras viviera. Estaba seguro.

El sacerdote se aclaró la voz. Era mi turno.

Era absurdo lo fuerte que me sentía, incluso estando sentado en una silla de ruedas, aunque tuviera que doblar el cuello para mirar a los ojos a la persona a la que tenía que dirigirme. No tenía ningún discurso preparado pero no importaba porque de todos modos sentía que tenía mucho para decir.

—Yo, Víctor, prometo serte fiel, protegerte, hacerte partícipe de mi vida. Prometo ser siempre sincero y siempre leal. Y que cualquier cosa que haga, la haré por tu bien, porque eres lo más preciado que tengo.

Era todo lo que había en mi corazón. Pocas palabras y claras. En ese momento Gemma deslizó la mano en su bolsillo y sacó dos simples bandas de plata. Eran los anillos más simples que alguna vez hubiera visto, sin embargo eran los únicos que quería.

—En nombre de Dios, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

En ese punto hubiese querido ponerme de pie y tomar a Gemma en mis brazos, pero no era posible. Admiré su cuerpo inclinarse y su rostro aproximarse cada vez más a medida que se acercaba a mis labios. Su toque fue ligero y suave.

Mientras me besaba, solo había una cosa en la que podía pensar.

Estábamos casados.

Capítulo 28

Kenneth

Estiré un brazo hacia Mya. Quería abrazarla a mí, sentir su cuerpo entre mis brazos y su olor que me volvía loco. Mi mano palpó el vacío. Me senté de sopetón y encendí la luz de la mesa de noche. Mya no estaba, su lado de la cama estaba vacío y frío. ¿Dónde demonios había ido?

Pasé una mano por mi rostro tratando de recuperar la lucidez rápidamente.

No era tan difícil de imaginar, pero esperaba estar equivocado. Me levanté de prisa poniéndome los pantalones con gestos frenéticos. ¿Qué planeaba hacer? ¿Por qué no me había involucrado, cualquiera fuera la iniciativa que hubiera tomado? Me debatía entre el deseo de protegerla y el de darle un buen regaño por cómo se estaba comportando. Bajé rápidamente, volando casi sobre los peldaños de la escalera. Literalmente salté al Lamborghini. Estaba en Paradise, no tenía dudas. Pero yo no era tan estúpido como para ir allí sin estar preparado. Marqué el número de Chris. No sabía dónde estaba, si en la dependencia de servicio o en la casa de Penélope o quién sabe dónde. Sólo esperaba que me respondiera.

—Kenneth —dijo una voz somnolienta.

—Ven a Paradise, a Villa Leone. Mya fue sola, no sé qué podría ocurrirle. Estoy yendo por ella y necesito refuerzos.

—Voy en camino —respondió con la voz repentinamente alerta. Presioné el pie en el acelerador. No podía perderla por su terquedad, no podía permitírmelo.

Antes de llegar a la propiedad de los Leone, vi un auto estacionado a un lado de la carretera. Era uno de los utilitarios pequeños que usaba nuestro servicio para hacer las compras. Mya debía haberlo cogido y seguramente lo había dejado allí para evitar hacer una entrada anunciada. La casa estaba silenciosa, como inmersa en el descanso nocturno. Pero Mya estaba allí dentro. Y yo

debía ir a buscarla. Incluso a costa de perder la vida.

Salté el muro que rodeaba a la propiedad. Dos perros se acercaron a mí pero me reconocieron como una presencia amiga y comenzaron a ladrar y menear la cola. Avancé inclinado hacia delante tratando de orientarme únicamente con la luz de la luna. Me encontraba en la parte trasera de la casa, del lado de la despensa que conducía a la cocina. La puerta estaba abierta. Una débil luz provenía del interior. Avancé lentamente con el arma en la mano, siempre agachado y cauteloso. Se oían voces amortiguadas. Hombres. Luego escuché claramente la voz de Mya y algo rugió en mi pecho.

Avancé más, hasta que conseguí asomarme apenas desde la esquina de la pared. La escena que se presentó ante mis ojos hizo que mis oídos zumbaran por el flujo impetuoso de la sangre que bullía y se agolpaba en mi cabeza. Mya estaba en el centro de la cocina. Atada. Manos maniatadas en su espalda y tobillos atados a las patas de la silla. Su mirada estaba furiosa pero también atemorizada, para mí que sabía leer más allá de las apariencias. El hombre que la tenía en la mira era ese cara de rata de Mitch.

—Ahora te bajaremos un poco los humos.

Observé mejor, al menos tanto como la luz y mi posición apartada me lo permitieron. Vi avanzar a un hombre de espaldas y no tuve dudas de que era su otro primo, John.

—Nos llamó Franck De Blasio, parece que Russel no está muy bien. Aparentemente, la golpiza que le ha dado tu ex marido lo dejará en recuperación durante más de un mes. Sólo porque pretendiste hacerte la difícil. ¿Quién te enseñó a hacerte la difícil, Mya?

—Que te den.

Mitch negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua. —¿De verdad pensaste que íbamos a dejarte dirigir el juego para siempre? No entiendes nada sobre cómo funcionan los negocios de la familia.

—Soy la legítima heredera por voluntad de mi padre.

—Eres una estúpida, eso es lo que eres. El tío, en cambio, sí que era listo. Estaba seguro de que nunca dejarías a ese sanguinario de tu marido y que el liderazgo de la familia recaería en

nosotros. Y, en el caso de que hubieras decidido hacerlo, también habría sido una victoria para él, incluso después de muerto. Una satisfacción. Pero él nunca te hubiera querido a ti al mando. Como mucho, podrías haber sido la señora, casada con un De Blasio para ampliar nuestro círculo. Tienes que atrapar a Russel. Por supuesto, no tienes otra opción. De hecho, tienes una opción. Esta misma noche podrías terminar en el lecho del río o en pedazos en el mar, tú decides.

Temblé de rabia.

—Y, en mi opinión, por la forma en la que actuaste como una perra con Russel, tal vez incluso lo merecerías. Pero no lo creerás, él te quiere todavía. Quizás, para hacerte pagar un poco por ello… Sin embargo, primero creemos que será justo ablandarte, para inculcarte un poco de la educación que tu *difunto* padre no te ha dado. Aquí hay algo duro para ti, para chupar hasta el final.

Apretó su polla en sus pantalones. Luego se bajó la bragueta y la sacó. Se la habría cortado y hecho tragar. Ese imbécil de su hermano estaba allí mirando mientras babeaba.

—Ahora te la meteré en la boca y luego lo hará también Mitch y te beberás la lefa de ambos, maldita puta. Y después te entregaremos a Russel y le harás los mismos servicios a él. Y luego volveremos a hablar, pero ya no estarás a cargo. Él nos conducirá.

—Si mi padre estuviera vivo, te dispararía a la cabeza. —La voz de Mya estaba rabiosa, pero nada era comparable con el magma que ardía en mi pecho

—A tu padre y a tu hermano les importabas un pimiento, de lo contrario no te habrían utilizado para su guerra personal con los Caruso.

—Cuando Kenneth lo sepa, os destruirá.

En ese momento me di cuenta de que algo había cambiado, una chispa de locura lúcida se había encendido dentro de mí. No podía siquiera tolerar la idea de aquello que esos dos habían prospectado. Era algo que mi cerebro se negaba a registrar y aceptar. No podría haber aguantado otro segundo más allí escondido.

Salí de mi escondite rápidamente, sin pensar en las posibles consecuencias de lo que estaba haciendo. La mira ya estaba puesta en Mitch, no me restó más que abrir fuego. En el instante

siguiente, lleno de sorpresa y consternación, apunté con el arma a John sin darle tiempo para sacar la suya y le di justo entre los ojos.

Capítulo 29

Kenneth

—¿Limpiaste?

—Llevé los cuerpos a Goldstrike y los descargaremos esta noche en Truckee, después de haberlos acondicionado.

—Hazme saber cuando todo esté en orden.

—Ok, jefe.

Acondicionado significaba prepararlos para una desaparición discreta. Es decir, hacerlos pedazos. No sentía ninguna lástima, de hecho me pareció que incluso había esperado demasiado.

Después de mi fría y rápida incursión, había desatado las ataduras de Mya y ella se había aferrado inmediatamente a mi cuello, rodeando mis caderas con sus piernas. Estaba aturdida, en un estado casi confusional. La había envuelto con mis brazos y ella se había quedado pegada a mí, con su rostro enterrado en el hueco entre mi cuello y mi hombro, inmóvil y en silencio. Lo único que pude hacer fue abrazarla a mí.

Un ruido me había alertado pero era solo Chris saliendo de las sombras. Había acomodado a Mya en el auto para luego ayudarlo a transportar los cadáveres al furgón con el que había llegado. Esa noche la guardia en Villa Leone era reducida, probablemente sus primos tenían intención de perpetrar el crimen con el menor número de testigos posible. Y no creían que Mya pudiera representar un verdadero peligro. Sólo querían darle una lección. Estaba seguro de que no pretendían matarla. Querían humillarla, aniquilar su personalidad, hacerle pagar todos esos momentos en los que ella los había puesto a raya y mangoneado. Y obviamente hacer justicia por De Blasio, que tendría una recuperación bastante larga. Pero habían hecho mal las cuentas. Las habían hecho sin incluir a su marido.

Mya yacía en el centro de nuestra cama, acurrucada bajo las sábanas. Había accedido a tomar unas gotas calmantes que la habían sumido en un sueño profundo que parecía más bien un desmayo. Antes de colapsar, se había enredado en mí, no había querido separarse de mí. Yo la había abrazado, sin hablar, sin que nos dijéramos una palabra. No había necesidad. Había matado por ella y habría vuelto a hacerlo, si hubiera sido necesario. Reconstruir los restos de lo que había pasado, esa sería la parte más complicada.

Cuando estuve seguro de que Mya estaba profundamente dormida, me solté suavemente de su abrazo. Me senté en el sillón frente a la cama. Quería verla dormir y pensar. Tenía que asegurarme de que ese absurdo asunto había terminado. Toda esa historia me había derribado, literalmente. Sentía como si un pesado camión hubiera pasado sobre mí y luego hubiera dado marcha atrás para terminar con el trabajo.

El teléfono vibró en mi mano.

—Víctor —respondí en voz baja. Miré a Mya, inmóvil, el tranquilizante le habría impedido despertar.

—¿Qué carajo has hecho, Kenneth?

—Las noticias corren, ¿fue Chris?

No respondió. Daba igual. —Inicié una guerra, hermano. Y volvería a hacerlo mil veces. Si no hubiéramos llegado a tiempo esos dos pedazos de mierda habrían…

No pude completar la oración. Era absurdo que fuera capaz de hacer muchas cosas, la mayoría de ellas terribles, que horrorizarían a la gente sensata, pero que no fuera capaz de hacer salir la voz de mi boca para decir aquello que le habría sucedido a Mya, si no hubiera llegado a tiempo.

—Lo manejaremos, ya tengo algo en mente —lo cortó en seco Víctor.

Pasé una mano por mi cara. Me preocupaba más lidiar con la mujer que yacía dormida en mi cama, que una guerra con los Leone y los De Blasio juntos. O al menos lo que quedaba de los Leone.

—¿Dónde estás?

—Luna de miel en la clínica.

—Eres un maldito bastardo —susurré burlándome. Era la primera cosa positiva de esa larga noche. Al final, ese granuja de mi hermano había vencido por sobre el buen juicio de Gemma y había logrado casarse. En un contexto diferente, seguramente, al esperado. Pero estaba igualmente seguro de que a él le hubiera parecido bien incluso una boda en un trastero. Con tal de que fuera con ella.

—Me darán el alta en pocos días más, necesitamos poner a punto un plan para afrontar la situación.

Sabía perfectamente que lo que nos esperaba era una tormenta y tendríamos que estar juntos, unidos a la cabeza de nuestra familia, para enfrentarla mejor.

—¿Mya está contigo?

—En mi cama —respondí mirándola.

—No hagas ninguna tontería hasta que yo regrese.

Colgué. No, no habría hecho ninguna tontería. Tenía demasiadas cosas preciosas que salvaguardar como para poner en riesgo aquella paz recién conquistada.

Capítulo 30

Mya

Abrí los ojos lentamente, como si hacerlo fuera agotador y efectivamente lo era. Pegado a mi espalda había un calor sólido y persistente. Un brazo musculoso me sostuvo apretada a un cuerpo cálido. Kenneth. Disfruté de su presencia por unos momentos más, inmóvil. Dormía, respiraba con regularidad, su corazón latía fuerte y constante. Hogar. Mi verdadero hogar.

Me giré en sus brazos, de modo que mi rostro estuviera en su pecho. El vello me hizo cosquillas y un delicioso olor se coló en mi nariz haciéndome pensar en el sexo. En nosotros. Mi movimiento lo había despertado.

Cuando abrió los ojos, tan claros que eran transparentes, me quedé sin aliento. Lo había visto infinidad de veces antes de esa mañana, pero siempre era un espectáculo admirar ese azul tan límpido rodeado de maravillosas pestañas.

—¿Por qué fuiste a Paradise anoche?

Esas fueron sus primeras palabras. Sabía que me lo preguntaría. Kenneth era como un mastín, no dejaría ir lo sucedido hasta saberlo todo.

—Quería recuperar la concesión de la mina de Cortez.

—¿Qué?

—Sí, en la caja fuerte de mi padre. Y no sólo eso.

—¿Y qué más?

—También los papeles del divorcio —confesé mientras mis ojos se inundaban en lágrimas, pensando en lo estúpida e impulsiva que había sido. Había puesto en peligro mi vida por una tontería.

—¿Los papeles del divorcio? —Kenneth no podía creerlo. Su rostro era la viva expresión de la incredulidad.

—Me parecía importante recuperarlos. Era importante para mí. Pensé que sería algo sencillo. Fui una estúpida.

—Sí, lo fuiste. —Típico de Kenneth. Sólo porque me amaba, no me ocultaría lo que realmente pensaba.

—Fallé —dije. Fue lo primero que pasó por mi cabeza. Era cierto. Tenía una misión, me había fijado una meta y, aunque había puesto todo el esfuerzo del mundo, no lo había logrado. Había intentado recuperar lo que consideraba que era mi familia y, en cambio, sólo había logrado destruir la única, verdadera familia que alguna vez había tenido. No pude sostener la firmeza de su mirada y bajé la mía al tatuaje que adornaba su cuello.

—Tenías que sobrevivir.

No quería indulgencia, necesitaba experimentar de primera mano el dolor que sólo la verdad podía infligirme.

—Tenía que demostrar que sabía manejar a mi familia. No pude hacerlo.

—Te tendieron trampas, hicieron todo lo posible para que cometieras errores.

—Puse en peligro a nuestra familia. Tú y yo.

Había sido lo peor. Lo mejor fue que Kenneth no dijo que no era verdad. No podía. Pero me había perdonado, estaba segura. Lo sentía en su abrazo.

—¿Qué sucederá ahora?

Kenneth apoyó su espalda en el colchón y me arrastró sobre él.

—Russel se las apañará con unos quince días de recuperación pero con toda probabilidad los De Blasio harán público lo ocurrido, nos quitarán, como mínimo, su apoyo. En la peor de las hipótesis se alinearán con los Espinoza contra nosotros.

Una perspectiva catastrófica.

—Tendremos que recuperar a Cortez.

—La recuperaremos.

También deberíamos cuidarnos las espaldas en casa, en Henderson. Sólo podía reconducir esa amenaza a mi sed de poder. Allí fue donde se había originado todo.

—Perdí el mando del clan Leone, de mi clan —me murmuré a mí misma. Esas palabras tenían el sabor de una amarga derrota. Había jugado el juego de mi padre y había perdido. La codicia me había cegado, volviéndome vulnerable.

Kenneth no dijo nada que pudiera consolarme. Sabía que de él siempre obtendría contundente realismo y nunca mentiras piadosas.

—Nadie vengará a tus primos, por el simple hecho de que ahora nadie se atreverá a ir contra ti.

—Seré desheredada.

—Perderás los negocios de tu padre pero no tu nombre ni a tu gente. Quien sienta que quiera ser parte de la familia Leone te seguirá y te reconocerá como líder. Las personas que te den la espalda deberán hacerlo para siempre, porque ya no habrá lugar para ellos. Te librarás de los chantajes de tu padre y tu hermano y ahora tendrás la oportunidad de demostrar quién eres sólo con tus propias fuerzas.

Miré a Kenneth, que estaba dando una lectura completamente nueva a mi fracaso. Me estaba diciendo que podía construir algo sobre los escombros de mi derrota.

Desde el inicio, una verdadera jefa esta vez, no la *hija de*. Podía construir algo que sería sólo mío. Tal vez lo que había enfrentado podría ser un trampolín para algo mucho más grande. Por primera vez, después de varias semanas, tuve la sensación que yo también podría haber hecho algo bueno.

Capítulo 31

Gemma

—¿Noche de bodas en el hospital?

Empujé la silla de ruedas de Víctor hasta el centro de la habitación y luego giré la llave en la puerta.

—Eres la encarnación del deseo de todo hombre. Una enfermera sexy que te quita todo el dolor. Soy un hombre afortunado. —Su sonrisa me hechizó. A pesar del dolor, Víctor era de una belleza brutal y peligrosa. Sus rasgos cincelados no podían engañar. Su belleza iba a la par de su letalidad.

—¿Quieres decir que te gusto incluso vestida así?

Hice una pirueta como si, en lugar de tener el uniforme de enfermera, tuviera un vestidito ligero y seductor.

—*Mi fai sangue* —respondió.

—¿Qué?

Sonrió de una manera muy especial. —Es un viejo dicho italiano. Quiere decir que me vuelves loco.

—Me gusta, es tan… intenso… —susurré. Fui recompensada por el brillo travieso de sus ojos negros.

Me humedecí los labios antes de seguir hablando.

—Tengo una pequeña sorpresa para ti, digamos que un pequeño incentivo. Dicen que el matrimonio es la tumba del amor y definitivamente tengo que asegurarme de que nuestro amor comience con el pie derecho.

Me quité los zapatos del trabajo. Me dio vergüenza pero mejor descalza que con esos zuecos blancos. Me bajé los pantalones del uniforme. Debajo llevaba un tanga de encaje blanco,

escogido especialmente para la ocasión. Me levanté disfrutando de su expresión. Víctor arqueó las cejas y luego sonrió perezosamente cuando empecé a desabrochar los botones de la camisa, revelando el corset blanco. Dejé caer también la parte superior de mi uniforme y me acerqué lentamente.

Mi vientre lucía una pequeña protuberancia que ya lo representaba todo.

—Eres tan malditamente sexy… —susurró besando mi barriga.

—Repítelo…

—Es solo que…

—¿Qué?

—Estoy dividido.

—¿A qué te refieres?

—Entre venerarte por lo que llevas dentro de ti y follarte hasta el cansancio.

Levantó la vista hacia mí. Era de una belleza abrumadora y aterradora y lo que decía tenía el poder de encender un fuego entre mis piernas.

—Te revelaré un secreto, Víctor. La mujer que lleva en su interior a nuestra pequeña criatura, tiene unas ganas locas de ser enérgicamente follada. Hasta el cansancio. Así que, pobre de ti si te atreves a perderte de nuevo en un dilema como ese.

—Entonces, estamos en la misma página.

Me puse a horcajadas sobre él.

—Excepto que seré yo la que te folla a ti, probablemente, considerando que estás inválido y a mi merced.

Froté el pequeño triángulo de tela contra sus suaves pantalones. Víctor ya estaba duro como una roca allí abajo.

—Te he echado de menos y él también te ha echado de menos. Pero primero quiero comenzar por aquí…

Con sus manos bajó mi corpiño, dejando mis pechos expuestos.

—Son… distintos… —De no haber sido por la voz ronca, no hubiera podido decir si ese

distintos significaba mejor o peor. Pero por el brillo en sus ojos habría dicho que estaba satisfecho con el cambio.

—Me gustan —añadió acercando su boca a un pezón. Contuve la respiración al ver sus labios acercándose a mi tierna piel y luego la sensación vehemente de la succión. Una, dos, tres veces. Me había vuelto increíblemente sensible y reactiva.

—Había olvidado lo bonito que era.

Cabalgué su erección sin restricciones. Los dedos de Víctor se colaron debajo de mi tanguita, encontrándome casi escandalosamente mojada.

—¿Qué tenemos aquí?

—Algo de lo que tendrás que encargarte —susurré.

Su toque delicado pero implacable me recorrió como una sacudida. Me tocaba haciendo que me retorciera de deseo y necesidad. Cuando estaba hecha un manojo de nervios, busqué a ciegas, desesperadamente, lo que tenía entre sus piernas.

—Me encanta cuando la coges —siseó tan pronto como la tuve en mi mano.

Estaba dura como la piedra cuando la puse recta para luego bajar sobre ella. Busqué sus ojos y los encontré, ardiendo de lujuria y pasión, pero también llenos de amor.

—Te amo, Gemma, tómame dentro de ti.

—Siempre —respondí mientras bajaba dejándome llenar.

—Quiero esto, Víctor, entre nosotros, cada día de nuestras vidas.

—Lo tendrás y tendrás mucho más. Tendrás todo de mí.

Y con esa promesa en el corazón y entre las piernas, disfruté de la noche de bodas con mi marido.

Capítulo 32

Víctor

La recepción había sido dispuesta en el jardín. La organización había sido puesta a punto rápidamente, pero teníamos los medios para poder exigir lo mejor en el menor tiempo posible. La tarde entera había sido un continuo ir y venir frenético de flores, camareros, decoraciones y cintas. Todo en tonos de blanco y rosa pálido. Gemma y yo no habíamos elegido prácticamente nada, el experto equipo de planeación de bodas contratado para la ocasión lo había hecho todo. Quería una fiesta, algo que le gritara al mundo entero que Gemma era mía. Mi esposa. Para toda la vida.

Gemma probablemente hubiera prescindido de ello, estaba seguro que su deseo era únicamente complacerme y yo la amaba incluso más sólo por eso.

Nos habíamos saltado la ceremonia religiosa, aquella que habíamos celebrado ella y yo en la capilla de la clínica seguiría siendo la única, indeleble en mi mente y en mi corazón. Pero una fiesta, eso sí lo tendríamos, y sería por todo lo alto, llena de invitados.

Esperaba a mi esposa en el jardín. Estaba más elegante que de costumbre, completamente a gusto a pesar de la muleta que me sostenía. Una semana más y ya no la necesitaría. Kenneth estaba a mi lado con Mya. Parecían felices, a pesar de todo. Él le rodeaba la cintura con el brazo y no la perdía de vista ni por un momento. El divorcio había sido evitado y juntos estaban intentando recomponer lo que quedaba de los negocios de la familia de Mya. La nuestra no sería una vida fácil. La guerra contra los De Blasio estaba a las puertas y era de suponer que los Espinoza no habrían recibido el golpe que les habían asestado sin reaccionar. Pero me sentía listo. Estábamos preparados para afrontar cualquier adversidad. Con mi familia unida y compacta, nada podía asustarme.

Cuando Gemma apareció en la puerta, perdí de vista a los invitados. Me detuve a mirarla con la boca abierta. Era un sueño con un vestido blanco. Bajó las escaleras del brazo de Penélope. Pero yo tenía ojos sólo para ella. En el último escalón, entre los dos leones de piedra, se paró para hacer algunas fotos y yo seguí admirándola No era el único, porque justo en ese momento estalló una ola de aplausos espontáneos y ensordecedores.

Gemma sonrió y todo mi mundo se iluminó. Sonreía en dirección a mí, me sonreía a mí. Me pareció que en el cielo nublado que era mi vida se había abierto una brecha. De azul. Y era ella.

Tal vez yo también estaba sonriendo, y eso también era extraño. Todos los presentes probablemente me habían visto hacerlo como máximo una sola vez en mi vida. Pero ese día mi corazón era todo para ella, para mi esposa.

Penélope la dejó al pie de las escaleras y Gemma avanzó hacia mí. No pude resistirme y fui a su encuentro. Cuando estuvimos cerca su sonrisa se hizo aún más grande y luminosa.

—Señora Caruso, eres algo maravilloso. Y eres toda mía.

—Para siempre —respondió mirándome a los ojos. No tuve ninguna duda. Debía sellar esa declaración con nuestros labios. Los míos sobre los de ella, como estaríamos más tarde, yo sobre ella. Y ella sobre mí.

Me incliné hacia delante mientras los aplausos estallaban. Todo lo que necesitaba para vivir estaba allí. Entre mis brazos.

Nos separamos en medio de la ovación de nuestros invitados y fuimos asaltados por sus felicitaciones. Sostuve con fuerza mi mano en la suya. Sus pequeños dedos firmemente anclados en los míos. Fue el único toque del que fui consciente en medio de tantos abrazos, besos, apretones de manos y palmadas en la espalda.

Por momentos, el agarre de Gemma se hizo más fuerte.

Tranquila amor, estoy aquí, siempre estaré ahí para ti, nunca iré a ninguna parte.

Era eso lo que quería comunicarle con mi toque, siempre.

Avanzamos hacia el buffet.

Las mesas estaban llenas de refinada comida y el personal del catering listo para servir. No

tenía ganas de comer, pero sí de beber. Cogí dos copas de champagne y le entregué una Gemma. La sonrisa con la que me correspondió me hizo temblar. Bebí mirando al sol que pronto desaparecería detrás de la colina.

No quería nada más, nada más en el mundo que estar allí en ese momento, donde estaba.

Vi a Eric y Bárbara acercarse para felicitarnos. Bárbara me abrazó y luego pasó a Gemma que estaba a mi lado. Eric me estrechó la mano con fuerza y sonrió apenas. Ahora estaba seguro de su fidelidad. Incluso si en el pasado no había sido leal conmigo, lo había sido con Rachel, por lo tanto con la familia. Ya lo había perdonado. No sabía si él algún día podría perdonarme a mí, pero estaba seguro de que siempre sería leal. Independientemente de sus sentimientos.

—No se puede decir que los Caruso no organizan fiestas excepcionales. Felicitaciones y mis mejores deseos para los novios. —Levantó su copa. Me hubiera gustado que fuera menos formal, pero no podía controlar también ese aspecto. Debía conformarme.

—Gracias —respondí.

—Hoy no deberíamos hablar de negocios pero… —bebió un sorbo para darme la oportunidad de responder.

—...pero de todas formas hablaremos de ello, ¿qué sucede?

—Buenas noticias. Mientras nosotros celebramos tu boda, los Espinoza lloran la muerte de Enrique, uno de los jóvenes vástagos de la familia, destinado a liderar la próxima generación. Su guardaespaldas también perdió la vida.

Una sensación de triunfo brotó en mi pecho. Eso era lo que estaba esperando, aplastar la cabeza de esos malditos bastardos como la de una serpiente de cascabel bajo mi talón. Se arrepentirían de haberse metido conmigo.

—Gracias, Eric, es el mejor regalo que podías hacerme.

Él alzó su copa en un brindis silencioso. Nos miramos a los ojos y entablamos un silencioso intercambio que ningún discurso podría haber reemplazado jamás.

Las cosas poco a poco estaban acomodándose en su lugar. Mya se había liberado del opresivo yugo del legado de su padre y estaba comenzando desde cero con los Leone que querían

ser parte de su clan. Los De Blasio ya eran nuestros enemigos declarados. Después del comportamiento de Magdalena y después de que Kenneth enviara a Russel al hospital durante quince días, sólo podía haber una guerra abierta entre nosotros. Deberíamos cuidarnos las espaldas de ellos también, a partir de entonces, y de cualquiera que no fuera parte del clan de Mya.

En ese momento Gemma, que estaba de espaldas a mí, se giró. Acababa de despedirse de Bárbara, sabía que me encontraría con Eric, pero verlo debió haberla perturbado de todos modos. A diferencia de mí, ella nunca podría haber pasado por alto lo sucedido. Al mirar a Eric a los ojos siempre pensaría en lo que él había hecho y en lo que nosotros le habíamos hecho. Ese aspecto de Gemma me preocupaba y me fascinaba al mismo tiempo. El hecho de que fuera tan diferente a mí, tan pura e inocente en sus sentimientos, era un incentivo para protegerla siempre de todo peligro.

—Eric…

—Eres una novia guapísima.

—Te lo agradezco. Espero que hoy mantengáis los negocios fuera de aquí.

Eric sonrió. —Solo buenas noticias hoy.

Y luego me miró.

Nuestra conversación fue interrumpida por un griterío que ahogaba la música.

¿Qué estaba pasando? Los invitados a nuestro alrededor se hicieron a un lado para que pudiéramos ver qué estaba causando ese curioso runrún. No me gustaban las sorpresas ni los imprevistos, a menos que fuera yo quien los organizara y lo que estaba pasando no era obra mía. Busqué a Chris con la mirada y él asintió débilmente, como diciendo que estaba listo para cubrir cualquier eventualidad. Probablemente no había nada de qué preocuparse, la propiedad estaba rodeada de guardias. Villa Caruso era una zona inaccesible ese día, más de lo habitual.

Kenneth miró primero en dirección a mí y luego a las escaleras, listo también él. Por la puerta principal de nuestra casa apareció la última persona que hubiera pensado ver. Y esperado ver.

Increíble, pero era ella.

Siempre creí que volvería a verla, pero nunca imaginé que ocurriría de esa manera y ese día.

Rachel.

Contuve la respiración. Me impuse no dar un solo paso. Y no sería difícil porque me sentía literalmente petrificado. Mi corazón pareció detenerse mientras intentaba concentrarme en la figura de mi abuela entrando triunfalmente al jardín de Villa Caruso.

Ella fue quien dejó a la familia, por lo tanto era ella quien tenía que venir a mí. Vi por el rabillo del ojo que Kenneth se acercaba a mí, asombrado también él.

—No puedo creerlo, ha vuelto.

—¿Sabías algo?

—¿Bromeas? ¡Creo que pronto me dará un infarto!

Rachel avanzó ignorando a todos y apuntando directamente hacia mi hermano y hacia mí. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de nosotros, nos rodeó a ambos con sus brazos. El abrazo fue vigoroso, incluso si sus extremidades no podían abarcarnos a ambos. Mis manos tocaron su espalda huesuda más allá de la chaqueta del tailleur. Sea lo que fuera que hubiera hecho dando vueltas por el mundo, la había hecho adelgazar.

—Nunca me perdería tu boda, Víctor.

Miró la muleta que me sostenía.

—¿Qué te pasó?

—Es una larga historia.

Su mirada estaba brillante y, cuando le guiñó un ojo a Kenneth, una lágrima estuvo a punto de derramarse. Pero fue solo un momento. Al siguiente, se había recuperado y volvía a ser de nuevo ella. Con el rostro más delgado, aunque siempre mantenido como una diva. Las arrugas en torno a sus ojos estaban apenas algo más acentuadas pero llevaba, como no podía ser de otro modo, el rímel y el labial impecables.

Mi abuela venía de quién sabe dónde y no podría haber estado más elegante en mi boda. Era una mujer sorprendente, siempre lo había sido.

—Gemma —llamó a mi esposa que se había mantenido a una distancia respetuosa pero con los ojos fijos en nosotros.

—Ven, querida —le indicó con el brazo que se acercara.

—Harás de Víctor un mejor hombre. —En pocas palabras, Rachel, acababa de llegar y había resumido lo que yo también creía firmemente.

—Veo que no habéis perdido el tiempo. --Observó el vientre de Gemma, apenas visible.

Sentía fuertemente la emoción de ese momento pero también tenía la certeza de que algo estaba a punto de pasar. Si Rachel había regresado debía haber una razón, un motivo más que válido.

—Y ahora, un regalo de bodas, que es también un regalo para ti, Kenneth.

Mi abuela nos dio la espalda y se alejó, volviendo a entrar en nuestra casa. Iba a buscar su regalo. Su motivo…

—No estoy seguro de querer este regalo —murmuró Kenneth a mi lado.

La fiesta volvió a su cauce y fluyó. Rachel hubiera tenido mucho trabajo saludando a todos. Pero nadie se atrevió a detenerla mientras caminaba con paso decidido hacia la escalinata de piedra que conducía a la entrada de la casa.

—Nunca haría nada demasiado grave en un día como este —dijo Gemma. Pero ella no conocía a Rachel como mi hermano y como yo. El concepto de *grave* podía asumir matices muy distintos. Me volví un instante hacia él y leí en sus ojos la misma aprensión que albergaba en ese momento en mi corazón.

Mya se acercó a nosotros.

—¿Es Rachel? ¡Ha vuelto!

—Parece que sí, fue a buscar su regalo de bodas. Pero dijo que también es un regalo para Kenneth.

Mi afirmación dejó a todos sin palabras. Los cuatro mirábamos con aprensión la gran puerta principal cuya doble hoja había sido abierta de par en par para la fiesta. Estaba a punto de ocurrir algo importante. Lo sabía, estaba seguro de ello. Y Kenneth también lo sabía. Tal vez Mya había

intuido algo, Gemma, en cambio, estaba totalmente a ciegas.

Cuando Rachel apareció de nuevo por un momento me quedé helado. Había alguien con ella.

Un hombre.

Jóven.

La tierra tembló bajo mis pies. Todos los presentes se volvieron en dirección a él pero no veía sus caras, ni siquiera una. Estaba totalmente concentrado en quien estaba frente a mí.

La voz de Rachel llegó estridente a mis oídos. Me parecía que sólo la oía a ella.

—Me costó mucho trabajo, pero finalmente lo conseguí, traje a Anthony de regreso a casa.

Pude percibir que toda la sangre de mi cuerpo fluía desde mi cabeza hacia mis pies. Sentí que me desmayaría. Cabeza rasurada, alto como yo, barba tan larga como su cabello, ojos negros como los míos, como la tinta. La última vez que lo vi era un niño, el que tenía frente a mí, en cambio, era un hombre.

Abrí los brazos para recibirlo y él entró en mi abrazo.

—Bienvenido de regreso a casa, hermano.

Agradecimientos

Gracias como siempre por llegar hasta el final de la novela. Espero que estos personajes hayan entrado en vuestros corazones, así como han entrado en el mío, prepotentemente. Me gustaría hacerles sentir, a todas vosotras, lo profundamente agradecida que estoy por vuestro afecto y vuestra presencia. No tengo otra forma de decir *gracias*, si no a través de estas pocas líneas, y espero que podáis advertir la más pura sinceridad de mis sentimientos.

El último capítulo de la saga de la familia Caruso estará dedicado a Anthony, que viene desde muy lejos y que encontrará -también él- un espacio en la historia.

Si quereis, nos leeremos pronto y, siempre si queréis, podéis contactar conmigo en mis redes sociales:

Mi página de Facebook

Mi perfil de Facebook

Mi Instagram

Mi web

Mi Tik Tok

Mi e-mail

Un gracias de corazón a todas vosotros.

Gwendolen Hope

Lee el primer capítulo de “La famiglia”
El cuarto y último libro de la serie La historia de la familia Caruso

Capítulo 1

—¿Sabes quién es ese?

El chico hizo una seña con su barbilla al tiempo que formulaba la pregunta a Tom, el viejo dueño del gimnasio. Tom enganchó los dedos en ambos extremos de la toalla que llevaba colgada del cuello y, entrecerrando los ojos, miró en dirección a uno de los sacos. Suspiró.

—¿Te refieres a ese tipo con la cabeza casi rapada, fuerte como un toro, que si ese saco fuera un hombre ya lo habría hecho papilla?

—Exactamente —respondió el chico, pensando que el viejo Tom había dado una descripción perfecta. Ese era el típico sujeto que en caso de una pelea cualquiera querría de su lado. Podría haber acabado con un oponente, sólo a base de puñetazos lanzados así, uno detrás del otro, con la misma fuerza con la que él estaba masacrando al saco en ese momento. Serían suficientes dos o como máximo tres golpes bien dados.

Y parecía también un tipo sin remordimientos. Tenía el aire de ser perfectamente capaz de dejar a su víctima tendida en el suelo y alejarse, con la misma indiferencia con que usaba para golpear al enemigo monigote a quien estaba aporreando en ese momento.

—¿Alguna vez has oído hablar de los Caruso? —La voz de Tom fue un susurro ronco, aunque el boxeador no podría haberlos escuchado desde esa distancia.

—¿Los de la villa en la cima de la colina?

—Precisamente ellos.

—¿Y quién no los conoce? Son los jefes de Las Vegas. ¿Pero qué tiene que ver él con eso? Nunca lo he visto. Conozco al que tiene el cuello tatuado y los ojos transparentes como el hielo, el mayor, que tiene el aire de alguien que sería capaz de comerte el corazón. Y luego está el otro, el segundo, con el cabello negro y los ojos aún más negros, frío como el Polo Norte. Sería capaz

de ordenar una matanza sentado detrás de su escritorio y luego ir a almorzar como si nada hubiera pasado.

Tom apartó la mirada del hombre del que estaban hablando y se inclinó para coger un balde.

—Él se llama Anthony y es el menor de los tres.

—Nunca se ha dejado ver por aquí, ¿de dónde ha salido?

—Parece que regresó hace unos meses. Llevaba bastante tiempo fuera, desde que sus padres murieron. Debieron ser más o menos quince años. Conoces su historia, ¿verdad? Robert y Ana Caruso murieron en un accidente y dejaron a los tres chicos con su abuela. Rachel, una gran mujer. Y también una médica muy capaz. Los primeros dos eran hombres adultos, pero el tercero, Anthony, era joven en aquel entonces.

El chico volvió a mirar al boxeador. —Quién sabe por qué, después de quince años fuera, alguien debería volver aquí. Cabreado así, además…

El viejo Tom dejó el balde y cogió una fregona de esas industriales, sujetando firmemente su mango.

—Puede haber muchas razones, en primer lugar negocios. Los Caruso están involucrados en la extracción del oro aquí en Nevada, pero también más allá de los límites de este estado. Además, ahora que han iniciado una guerra contra los De Blasio, necesitarán tantas fuerzas aliadas como sea posible. Tal vez, por eso volvió, para echar una mano a sus hermanos.

El chico se apoyó en las cuerdas del ring.

—Deja de mirarlo —le ordenó Tom.

El joven desvió inmediatamente la vista, frunciendo el ceño.

—No lo estaba mirando —gruñó disgustado.

—Sí, lo hacías. No es un tipo amigable.

—¿Lo conoces? Quiero decir, ¿contigo habla?

—Paga puntualmente pero por lo demás no dice una palabra. No quiere entrenar con nadie y siempre está solo. Yo lo respeto y te aconsejo que hagas lo mismo.

El viejo Tom se alejó con la espalda encorvada y la fregona en su mano.

El chico se dirigió al vestuario para ducharse, todavía pensando en Anthony Caruso y en su corpulencia. ¡Tal vez, él también podía ser así un día!

El vestuario estaba limpio, pero siempre quedaba un típico olor a humedad y moho de fondo. El chico fue a su casillero y lo abrió para coger la toalla y el gel de ducha. Mientras rebuscaba en su enorme bolso sintió una vibración. Fuerte. Era un teléfono y definitivamente estaba sonando en el casillero junto al suyo.

Precisamente en ese instante oyó pasos a sus espaldas. Un presentimiento lo golpeó, mientras un escalofrío recorría su columna vertebral. La maciza mole del propietario del teléfono que sonaba se materializó a su lado haciéndole sombra.

Anthony Caruso, sudoroso y acalorado, se acercó a él para abrir su casillero. Era realmente grande y robusto. El chico espió con el rabillo del ojo el momento exacto en que sacó su teléfono, miró la pantalla y luego rechazó la llamada, ignorando a quien fuera que lo estuviera buscando, en vano, en ese momento.